

Santiago Pajares

La lluvia de Ionah



DESTINO

La lluvia de Ionah

Santiago Pajares

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
www.edestino.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-233-4987-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Victor Igual, S.L.
www.victorigual.com

A mi primo Miguel

1

—

Arena. Arena hasta donde alcanza la vista. Arena en todas direcciones. Y en medio de esa nada que es toda arena un pequeño pozo, dos palmeras, un escueto huerto y un cobertizo. Y yo en el tejado, tratando de imaginar la lluvia.

Miro las pequeñas gotas en las lajas de piedra e intento evocarlas cayendo del cielo por miles, por millones, empapando la eterna arena hasta tal punto que ya no puede absorber más, creando charcos, haciendo que el verde crezca por sí solo sin la ayuda del hombre con su cubo y su polea, empapando mi pelo y mi piel, escurriéndose entre mis dedos sin que me importe.

Eso es lo que hago. Imagino lluvia.

Madre sí que vio lluvia muchas, muchas veces. Me decía que para ella era algo normal, que no le daba mayor importancia. Yo no podía imaginarme cómo podía ser así, cómo ver caer agua del cielo podía resultar corriente a nadie. Quiero decir… ¡agua del cielo! Es hermoso pensarlo. Duele pensarlo.

Pero eso era antes de que todo cambiara. Eso dijo madre.

Ahora no desperdiciamos agua. Nunca. Ahora no lloramos.

Me mantengo bajo el sol hasta que siento que la grasa bajo mi piel va a comenzar a hervir. Un instante antes de que eso ocurra, salto del tejadillo y me tumbo en la sombra. Aún me sorprende cómo se mantiene fría la arena cuando no le da el sol. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Así todos los días, uno tras otro. Mes tras mes y año tras año. Viendo el sol salir y ponerse tras las dunas.

Pensé que siempre sería así. Ahora sé que me equivocaba.

2

Desierto, me dijo madre que lo llamaban. Es una palabra extraña. La repito en voz alta una y otra vez como hago cuando hablo conmigo mismo. Para no olvidar el sonido de mi propia voz que suena tan distinta dentro de mi cabeza recalentada... Desierto.

Porque ponerle un nombre implica acotarlo. Como si hubiese otras cosas que no fueran desierto. Trato de imaginar otros lugares, pero no puedo. Algunas palabras de madre carecen de sentido para mí, pero no por eso dejan de ser importantes. Ahora que ya no está, sólo me quedan sus palabras.

Desierto es una de ellas. Ella lo odiaba, porque había conocido otras cosas, como la lluvia. Creo que las echaba de menos, como yo la echo de menos a ella. Sólo puedes echar de menos aquello que has conocido. Yo no puedo odiar el desierto. No he conocido nada más.

3

☰

Madre sabía que aún no estaba preparado para aprender a pelear, pero no le importó. Me dijo:

—El desierto no va a esperar a que estés preparado.

Lanzó un golpe. No muy rápido, no muy lento. Lo esquivé.

—No sé por qué tengo que aprender a pelear. No hay nadie aquí aparte de ti y de mí.

—Por ahora.

Lanzó otro golpe. Rápido. Rozando mi mejilla.

—Un día vendrá alguien y te obligará a pelear.

—¿Por qué tenemos que pelear?

—Está en nuestra naturaleza.

Di dos pasos hacia atrás.

—No quiero pelear contigo.

—No importa lo que tú quieras.

Adelantó otros dos pasos y lanzó otro golpe. Lo vi venir y lo esquivé.

—Nunca querré luchar contigo, madre.

—Entonces siempre llevarás las de perder.

Se movió rápido. Tan rápido que su puño fue sólo un destello al sol del mediodía cuando impactó en mi cara. Caí al suelo y comencé a llorar. Ella se mantuvo de pie a mi lado, pero no me ayudó a levantarme.

—Nosotros no lloramos. Arriba.

Pero yo no podía dejar de llorar. El dolor picaba más que el sol sobre mi nuca. Madre me lanzó un puñetazo en el hombro y repitió:

—Nosotros no lloramos. Arriba.

Me levanté. Mis ojos anegados en lágrimas no me dejaban ver bien.

—Levanta los brazos. Protege tu cara con los puños y tu pecho con los codos. Así. —Yo imité sus gestos y me tragué las lágrimas.

Mejor dentro que fuera—. ¿Entiendes ahora cómo no importa lo que tú quieras?

Lanzó otro golpe que impactó en mis antebrazos. Dolió, pero menos que en la cara.

Aquella noche la vi salir del cobertizo y hundir la cara en la arena. No comprendí por qué lloraba. No había conseguido siquiera acertarle un golpe.

Me enseñó a levantar los brazos, a mover los pies, a esperar mi momento, a no cansarme. Y a no tener piedad. En un mundo de arena, me mostró cómo mantener mi corazón de piedra.

Me hacía mover los pies y cambiar de sitio constantemente. Me decía que a veces es mejor saber mover los pies que saber lanzar los puños. Me hacía buscar sus puntos flacos y proteger los míos. Me enseñó a luchar hasta ganar o caer. No me dejó ganar nunca.

El primer golpe que logré conectar impactó en su nariz. La sangre comenzó a manar y ella cayó al suelo. Me situé a su lado, pero no la ayudé a levantarse. Por alguna razón, sentí que a ella no le habría gustado.

Aquella noche me escabullí del cobertizo y hundí mis gritos en la arena. Cuando regresé, ella estaba de pie, sonriendo.

4

四

Mi nombre es Ionah. Significa «paloma». La paloma era una pequeña ave grisácea que se utilizaba para enviar mensajes de un lugar a otro. Mucha gente creía que las palomas eran animales inteligentes capaces de comprender un destino y dirigirse a él. Pero madre me explicó que el método consistía en adaptarla a un palomar al que siempre regresaría, no importaba dónde estuviera. Una paloma podía recorrer ochocientos kilómetros en una jornada, guiándose de forma misteriosa para regresar al lugar de partida.

Madre me llamó Ionah en recuerdo de ese animal cuya única obsesión era volver a casa. ¿Pero cómo voy a saber lo que es una paloma si jamás he visto una? ¿Cómo voy a poder volver a casa si este cobertizo en medio de la tierra vacía es lo único que he conocido? ¿Y si éste es el lugar al que siempre he de regresar?

5

五

Madre me enseñó que el pozo era lo más importante, incluso más que ella misma. Sin aquella agua parduzca moriríamos sin remedio. Era el agua que hidrataba nuestros cuerpos y alimentaba el escaso huerto. Las palmeras datileras viven con la cabeza en el fuego y los pies en el agua. Sus raíces, hundidas en la arena, tan profundas que el desierto no puede arrancarlas, extrayendo su jugo. Eso fue lo que impulsó a madre a excavar un pozo junto a ellas. Yo era demasiado pequeño para recordar cómo lo construyó, pero me lo explicó muchas veces, para que conociera bien el proceso. Muchas más de lo que yo se lo pedí.

—Al ver una palmera sabes que hay una veta de agua, pues si no la palmera no podría sobrevivir. Pero esta veta es profunda, el desierto no cede su jugo fácilmente. Es por eso que los arbustos y los árboles frutales no pueden llegar a él. Para llegar hasta una de esas vetas de agua en el desierto, hay que merecerlo. Las palmeras lo merecieron y nosotros también.

La boca del pozo tendría dos metros de diámetro. Para que la eterna arena no lo anegara era necesario contener las paredes con lajas de piedra plana, unas encima de otras alrededor del agujero. Según se iba sacando tierra era necesario poner una laja debajo que sujetara toda la columna.

—Si una de estas lajas se desprende en el proceso, corres el riesgo de que toda una columna de piedra caiga sobre ti. Y si es así, mejor será que te mate porque, si no lo hace, detrás vendrá la arena.

Había que sacar la tierra del fondo con un cubo y una polea. Un niño pequeño como yo lo era entonces no podía ser de mucha ayuda. Incluso levantar una de aquellas lajas suponía tensar todos mis músculos. Fueron los brazos de madre los que tuvieron que subir aquella cantidad de arena a pulso para dejarla caer fuera una

vez llegado arriba.

—En un buen día de trabajo puedes ganar sesenta centímetros al desierto. Aunque nunca sabes si eres tú quien gana o es el desierto quien te permite cavar tu propia tumba.

»Cuanto más abajo llegas, menos oxígeno hay para respirar y más opresiva es la sensación. A partir de diez metros, rezas para que la siguiente palada te muestre algo de humedad. Rezas para que todo acabe pronto de una forma u otra.

»Catorce metros más abajo está el agua. Sólo las palmeras y los locos están dispuestos a llegar tan lejos. Sólo las palmeras y los locos sobreviven.

»Debes verificar las lajas, una a una, de más arriba a más abajo. Debes tocarlas con cuidado y percibir si se mueven. Si es así, debes golpearlas con el martillo con cuidado para volver a encajarlas. Hay que apoyar los dedos en los bordes y sentir el movimiento. Mejor dos golpes suaves que uno brusco. Cuando notes que ya no se incrusta más, detente. Siempre de arriba abajo. Si una de las piedras por encima de ti se desprende y te golpea, será tu fin. Y el mío. Lo único que quedará serán las palmeras.

Hay que comprobarlas todos los meses, sin excepción. Una a una. Madre me enseñó el método y la importancia de hacerlo correctamente. Porque si una de las lajas se aflojara y se desprendiese, la arena manaría por el hueco y absorbería el agua del fondo del pozo. Y si eso ocurriera, más nos valdría tumbarnos en la arena y esperar a los buitres.

6

六

En el desierto no abunda la comida. Nuestro pequeño huerto nos provee de algunos vegetales, pero el cuerpo humano necesita proteínas. Madre me lo explicó. Si no comes lo suficiente, el cuerpo comienza a gastar la energía almacenada en forma de grasa. Cuando esta grasa se acaba, comienza a consumir los músculos. Después, mueres. Debes evitar que eso ocurra comiendo proteínas.

Madre me dijo que era reacia al principio, pero que cuando el hambre aprieta como el sol al mediodía, cuando la sensación de vacío en tu estómago hace que los mareos sean algo tan doloroso como placentero, en ese punto, estás dispuesto a comer cualquier cosa.

Los lagartos tienen muchas proteínas.

Me enseñó a preparar trampas. Decía que los animales del desierto estaban mejor adaptados que nosotros, así que era complicado cazarlos a la luz del día. Debíamos usar nuestro cerebro.

—¿Cómo sobreviven los lagartos sin beber?

—Lamen el rocío de las piedras. Las escamas de su cuerpo les sirven para captar la humedad.

—Están bien hechos.

—Sólo han sobrevivido los más fuertes.

Ideó trampas para cazarlos y luego los asábamos en el fuego. Ella decía que su carne era gelatinosa, pero yo nunca había probado eso que ella llamaba gelatina. Para mí era sólo carne.

Al principio me daban pena los lagartos, con sus cabezas aplastadas en las trampas. A veces su lengua sobresalía por un lado dándoles un aspecto lastimero. Madre me dijo que podían sentir dolor, pero no tenían sentimientos.

—¿Eso nos hace superiores?

—Exacto. Eso es lo que distingue a los animales de las personas.

—¿Por qué comemos lagartos?
—Por las proteínas.
—Pero ellos también necesitan proteínas.
—Ellos comen insectos para obtenerlas.
—Y nosotros lagartos.
—Sí.

Me explicó la jerarquía del mundo animal, lo que ella llamaba «cadena alimentaria». Me pareció lógico, pero injusto. Los lagartos no nos habían hecho nunca nada.

—Si los lagartos comen insectos y nosotros lagartos… ¿quién nos come a nosotros?

Madre calló y se quedó mirando las lejanas dunas, como siempre hacía cuando le preguntaba algo sobre cómo eran las cosas antes de que todo cambiara. No siempre contestaba, pero esa vez sí. Apenas un murmullo.

—Nos devoramos unos a otros.

7

七

Las tormentas de arena son la forma que tiene el desierto de gritar. Nos recuerda que siempre ha estado ahí, que es mucho más que arena y sol. El desierto nos habla, pero como todo aquel que habla, también grita. Es cuestión de tiempo. Madre lo comprendía y estaba empeñada en que yo también lo hiciera, porque esa comprensión era la que me permitiría sobrevivir. Sabía leer las corrientes de aire y el lenguaje de las dunas. Sabía cuándo permanecer en pie y cuándo refugiarse en el cobertizo y bajar la cabeza.

Cuando se acercaba una tormenta corríamos a asegurar la entrada del pozo y cubríamos el pequeño huerto con plásticos raídos que no siempre soportaban el azote del viento. Atrancábamos la puerta y la ventana del cobertizo y cubríamos las junturas con paños, apretando fuerte para encajarlos. Después nos tumbábamos en el pequeño colchón y suplicábamos para que una vez acabada la tormenta los daños fueran mínimos. Que el pozo aguantara. Que el huerto aguantara. Que nuestras mentes aguantaran.

Rendíamos pleitesía al desierto, que nos toleraba como sus parásitos.

Cuando la tormenta terminaba salíamos del cobertizo. Veíamos los cambios en las dunas, cuyas crestas de arena habían corrido empujadas por el viento. Las rocas que antes conocíamos quedaban sepultadas y descubríamos otras nuevas. Madre maldecía porque eso significaba que tendría que construir trampas nuevas. Yo me alegraba. Cuando estás anclado a un lugar, sólo puedes desear que todo cambie a tu alrededor.

A veces veía nubes en el cielo, lejanas como las dunas más apartadas. Madre me dijo que si eran blancas, pasarían de largo. Cuando eran grises, es que venían cargadas de lluvia. Casi nunca había nubes, pero nunca habían sido grises.

—¿Por qué ya no llueve, madre?

—Porque la lluvia indicaría que el desierto ha perdido, y el desierto nunca pierde.

—Entonces, ¿nunca lloverá?

—Sí lo hará.

—¿Cuándo?

—Cuando las cosas vuelvan a cambiar.

—¿Es el desierto el que no quiere que llueva?

—Exacto.

—¿Crees que el desierto nos mandará lluvia alguna vez?

—Sí.

—¿Cuándo?

Madre me miró. Ella nunca me miraba cuando hablábamos.

—Cuando tu valor, tu esfuerzo y tu sacrificio le conmuevan lo suficiente para llorar sobre ti.

8

八

Madre renegaba de nuestro cobertizo. Siempre deseó haber tenido más materiales para haber construido algo mejor. Era por eso que se negaba a llamarlo «casa». Siempre usó la palabra «cobertizo» y las pocas veces que dijo casa fue para corregirlo un instante después. Me explicó la diferencia entre casa, cabaña, cobertizo y hogar, pero para mí eran la misma cosa. Aquellas cuatro paredes cochambrosas construidas con materiales de desecho eran las que nos protegían del sol y las tormentas de arena. Las que evitaban la entrada de animales.

Nuestros únicos enseres eran un colchón relleno de arena, dos sillas, unos odres, una mesa y una balda donde guardábamos nuestros pocos tarros de cristal. Todo había sido construido con materiales que madre había traído de muy lejos. Cada una de las maderas y de los metales eran distintos, y yo me entretenía pensando a qué podían haber pertenecido.

Algunos de aquellos materiales tenían siglas grabadas. Yo no las conocía y le pregunté a madre por su significado, pero me dijo que ya no eran nada, sólo números y puntos sin sentido. Retazos de antes de que todo cambiara.

Algunas veces, cuando madre tenía un día malo y caminaba por el cobertizo en círculos, gritaba: «¡Cómo me gustaría tener un retrete!». Tanto pregunté que al final terminó por explicármelo, pero no me lo creí. ¡Cagar en el agua! Iba en contra de todo lo que ella me había enseñado, así que supuse que era una broma. Si el excremento entraba en contacto con el agua, ésta se corrompía. El agua era para beber o para regar los huertos. Esto lo sabía yo desde que tenía uso de razón.

Nosotros defecábamos y nos limpiábamos con arena. Ésta deseca el excremento y hace que no huela. Una vez seco lo desmenuzábamos sobre el huerto para que sirviera de abono a las

plantas. Las plantas daban frutos que nosotros comíamos. Tenía un sentido muy claro. Lo que a nosotros nos sobraba alimentaba a las plantas que a su vez nos alimentaban a nosotros. Madre lo llamaba el pequeño ciclo de la vida. Yo lo llamaba el pequeño ciclo de la mierda. Ella reía cuando me lo oía decir, así que yo trataba de decirlo a menudo.

9

九

Creo que la primera vez que pregunté a madre debía de tener siete u ocho años. Quería saber cómo era todo antes de cambiar, cómo era el mundo en el que ella vivió, tan alejado del eterno desierto que nos rodeaba. Cómo era mirar a tu alrededor y ver otras cosas que no fueran arena.

Ella no quería responderme, pero yo seguía insistiendo.

—No podrías entenderlo. No desde este lugar.

—Me esforzaré.

—No es cuestión de esfuerzo. Si te contara lo que conocí, te haría desear cosas que no podrías tener. El deseo puede volverte loco en un lugar así.

—Aun así, me gustaría que me lo contaras.

—No.

—Lo merezco.

Madre se giró hacia mí y me levantó en vilo, golpeando mi espalda con la pared del cobertizo.

—¿Qué has hecho para merecerlo?

Yo me oriné en mis ajados pantalones, pero conseguí retener las lágrimas. Contesté entre hipidos:

—Sobrevivir.

Madre me dejó en el suelo y se dio la vuelta, mirando las lejanas dunas. Yo era demasiado pequeño para saber si se había enfadado conmigo o por fin había dicho algo que la afectara. Madre era seca y dura como el desierto.

Se dio la vuelta y me habló con lo más parecido que tenía a la ternura.

—¿Recuerdas la primera vez que te hablé de la lluvia? Eras muy pequeño.

—Sí, madre, lo recuerdo.

—¿Recuerdas cómo no podías imaginarla?

—Sí.

—¿Puedes imaginar la lluvia ahora?

Mantuve silencio unos segundos, pensando si debía decirle la verdad.

—No puedo.

—¿Y quieres que te cuente todo lo demás si no puedes siquiera imaginar la lluvia? Créeme, no podrías soportarlo y entonces desearías no saberlo. Yo desearía no saberlo.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que es la nostalgia?

—No.

—Eso es porque nunca has perdido nada.

Nos mantuvimos en silencio hasta que las sombras de las dunas desaparecieron.

—Ionah...

—¿Sí?

—Te lo contaré algún día, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¿Podrás esperar?

—Esperaré.

Y esperé. Tardó años. Fue lo último que hizo. A partir de entonces comprendí lo que era la nostalgia.

10



Madre encontró aquellas piedras en una de nuestras habituales salidas para poner trampas. Buscábamos grupos de rocas con hendiduras profundas y colocábamos la trampa en la parte interior, lejos de las miradas de los ávidos buitres. Los lagartos caían en las trampas y nosotros los íbamos a buscar al día siguiente. Al principio volvíamos con pocos o ninguno, pero la experiencia nos dijo qué lugares eran más adecuados y repetíamos una y otra vez.

Fue en una de esas excursiones cuando algo atrajo su atención. Introdujo el brazo por la hendidura y sus dedos rebuscaron en el fondo. No me hizo caso cuando dije que no me parecía una buena idea. Sacó una pequeña piedra que sostuvo en la palma de la mano. Era dorada y no muy dura. Arrancaba destellos a la luz del sol.

Pareció olvidarse de las trampas y rebuscó en las hendiduras y alrededor de las rocas. Escarbaba en la arena con las manos, tratando de asir algo sólido. Parecía nerviosa, ella que nunca perdía la calma.

Terminamos de colocar las trampas y volvimos a casa con un pequeño puñado de piedras. Madre las puso encima de la mesa y las miraba una y otra vez. Yo las estuve tocando y no me pareció que merecieran tanta atención. Cuando las apretaba una contra otra se deformaban, lo que me demostraba que incluso como piedras no eran muy buenas. Ni siquiera hubieran servido para el pozo de haberlas encontrado más grandes.

Le pregunté el nombre de la piedra, pero la palabra que me respondió no me dijo nada. Pareció interesarse por ellas un par de días, y al final sacudió la cabeza y las dejó en la estantería.

—Madre, sólo son piedras...

—Eso es lo peor de todo, que sólo son piedras.

—No comprendo.

—Ésta es una de las cosas que hizo que el mundo cambiase.

—¿Estas piedras?
—No, la avaricia.
—Pero ¿sirven para algo?
—No. Ya no.
—Entonces, ¿por qué las guardas? ¿Por qué no las tiras?
Madre no respondió.

11

+−

A veces soñaba que venía alguien. Veía una silueta oscura entre las dunas, acercándose. Verla me producía una sensación extraña y desconocida. No sabía si era temor o ansia. Siempre me despertaba antes de que la silueta llegara a nuestro cobertizo. Incluso algunas veces al despertar buscaba sus huellas en la arena, pero nunca encontraba otras que no fueran las reconocibles pisadas de madre o mías.

Sabía que madre no quería que viniera nadie hasta donde estábamos. Nunca me lo dijo, pero sé que nunca hicimos nada por contactar con alguien. Yo tampoco hubiera sabido qué hacer si lo hubiéramos intentado.

—Madre, ¿has soñado alguna vez que viene alguien?

—Sí.

—¿Y qué hacías en el sueño?

—Nada.

—¿Por qué?

—Sabía que era un sueño.

—¿Sabías que era un sueño mientras estabas soñando?

—Exacto.

—¿Y podías hacer lo que querías?

—Sí.

—¿Y no hiciste nada?

—No hice nada.

—¿No tenías curiosidad?

—No.

Me quedé en silencio. No sabía qué más decir. Sabía que nada podría arrancar a madre algo que no quisiera decir.

Entonces ella me preguntó.

—¿Tú lo has soñado alguna vez?

—Sí. Muchas veces.

—En tu sueño, ¿querías que viniera?

—Creo que sí. No estoy seguro.

—¿Porque no sabías si venía a ayudarnos o a hacernos daño?

—Por eso, sí.

—¿Y entiendes que no podemos saberlo y por eso yo prefiero que no vengan?

—Sí, lo entiendo.

—Gracias, hijo.

Aquella noche volví a soñar con la silueta entre las dunas. Abrí los ojos y madre aún dormía. Le toqué el hombro.

—Madre...

—¿Sí?

—A veces creo que me gustaría que viniera alguien aunque fuera a hacernos daño.

12

十二

Madre me enseñó a escribir sobre la arena. Con una vara larga y afilada fue perfilando todas las letras una y otra vez, primero la mayúscula y al lado la minúscula. Me obligó a escribirlas hasta que le parecieron correctas. Primero fueron las letras, luego las palabras, luego las frases. Así era. Así es como debía ser.

A veces yo jugaba con las palabras, buscando combinaciones hermosas. Pero cuando me levantaba a la mañana siguiente, el viento las había borrado. Madre dijo: «Escribe en la arena las faltas de tu amigo». Lo había dicho un hombre sabio mucho antes de que todo cambiara, pero si madre lo conocía tantos años después, es seguro que no lo habían escrito en la arena.

Cogí el palo afilado y escribí en la arena: «Yo no tengo amigos». Cuando madre lo vio rasó mis palabras y las hizo desaparecer, y entonces me di cuenta de que el viento no era lo único que podía hacer desaparecer las palabras.

Me hubiera gustado escribir alguna frase en un papel, para no olvidarla y poder verla años después, pero los pocos que madre tenía estaban impresos por ambas caras y tenían los márgenes llenos de garabatos. Me pregunto qué habría sentido al leer de nuevo esa frase. Tal vez la habría ya olvidado y pensaría que la había escrito otra persona. A veces afilaba un tallo de palmera y hacía como que escribía en uno de esos papeles. Me gustaba imaginarme escribiendo en papel esas palabras que tanto me costó aprender. Las pensaría mucho antes de hacerlo y sólo escribiría las importantes, aquellas combinaciones verdaderamente hermosas. Para que quedaran grabadas para siempre y alguien pudiera leerlas años después, como hizo aquel hombre sabio de antes de que todo cambiara.

Madre me explicó que las palabras servían para recordar aquellas cosas que no queríamos olvidar, aquello que pasó y que fue

importante para nosotros. Así podíamos conocer lo que ocurrió antes de que naciéramos e imaginar lo que sucedería después de muertos. Era mucho más que buscar combinaciones hermosas. La memoria es un libro muy pequeño.

Pero las palabras también conllevaban un enorme peligro. Podían formar mentiras y detallar acontecimientos que no sucedieron tal como se contaban. Y eso podía llevar a disputas que podían acabar en guerras. Madre me obligó a jurar que nunca escribiría nada que fuese mentira a no ser que lo indicara de forma clara. Yo se lo prometí , aunque sabía bien que sólo tenía la arena para escribir, y el viento siempre acababa llevándose las palabras en la arena. Me pregunto a dónde.

13

十三

Observaba a madre reparar las trampas de lagartos. Cuando no caía ninguno en ellas, las modificaba. Esas nuevas trampas nos aseguraban la ración necesaria de proteínas para sobrevivir.

Madre era más lista que yo. No hablo sólo de conocimientos, pues ella había visto centenares de cosas que yo no podría ver jamás, como la lluvia. Madre era más lista porque sabía crear aquello que antes no existía para garantizar nuestra supervivencia. Yo trataba de imitarla, pero me faltaba ese punto de inventiva que dan la experiencia y el hambre. Vivir a la sombra de madre podía ser humillante en cierto modo, pero era cómodo. Yo aún no conocía que cuando la sombra desaparece, sólo queda el ardiente sol.

—Madre, ¿crees que soy listo?

—Claro que eres listo.

—¿En comparación con quién?

—¿Cómo?

—No soy más listo que tú.

—Eres un niño y yo un adulto. No se puede comparar.

—Pero siempre dices que al desierto eso le da igual.

—Y es cierto. El desierto es cruel.

—¿Los adultos son más inteligentes que los niños?

—No, pero creen serlo.

—¿Soy más listo que otros niños que conociste antes de que todo cambiara?

—Sí, lo eres.

—¿Por qué lo crees?

—Sobrevives en un entorno hostil. El desierto nos tolera por nuestra resistencia y sobre todo por nuestra inteligencia. Le divertimos.

—¿El desierto cree que soy listo?

—El desierto sabe que eres listo, pues continuamente te pone

trampas en las que no caes.

—¿Como las trampas que nosotros ponemos a los lagartos?

—Exacto.

—¿Somos más inteligentes que ellos?

—Claro. Si no fuera así, ellos nos tenderían trampas a nosotros.

Me quedé rumiando aquellas palabras un rato. Me hubiera gustado poderlas escribir para después analizarlas. Todos parecían ser inteligentes o fuertes en comparación con alguien.

—Madre, ¿tú eras más inteligente que otros hombres?

—Huí a tiempo, lo que no sé si me hace más inteligente o sólo más cobarde que ellos.

—Si no hubieras huido, ¿habríamos muerto?

—Sí.

—Entonces fuiste inteligente.

—No, porque en ese momento yo no lo sabía.

14

十四

Mis trampas no funcionaban. Yo imitaba las de madre y trataba de fabricarlas de igual forma, pero por alguna razón los lagartos no caían en ellas. En todas nuestras salidas las encontrábamos como las habíamos dejado en las quebradas de las grandes rocas. Junto a ellas, las de mi madre, con un lagarto en cada una.

—No lo entiendo. Son iguales que las tuyas.

—No. Las mías funcionan.

— Están hechas igual.

—Entonces el problema no son las trampas.

—¿Qué es, entonces?

—Tú. Te dan lástima los lagartos.

No dije nada, porque era cierto, y no decir nada es una forma menos dolorosa de asentir.

—Estás saboteando tus propias trampas.

—¿Cómo?

—No lo sé, no son mis trampas.

—Pero llevo toda la vida comiendo lagartos. ¿Cómo me van a dar pena?

—Llevas toda la vida comiendo los lagartos que yo cazo. Delegas en mí la responsabilidad. No puedes tener lástima de los animales que cazas.

—No puedo evitarlo. No es culpa suya que nosotros necesitemos proteínas.

—Los lagartos no tienen lástima de los insectos. La lástima es algo que no nos podemos permitir.

—Por eso no lloramos.

—Por eso no lloramos.

—No sé qué hacer para que funcionen.

—Te lo voy a poner más fácil.

Cogió mis trampas y las estrelló contra las rocas. Las pisoteó

hasta que sólo fueron un montón de madera, piedras y cuerdas. Después recogió todo y me lo puso en los brazos.

—A partir de hoy, tú cazarás los lagartos.

No respondí. Caminé hasta el cobertizo en silencio y dejé el montón al lado del colchón. Aquella noche cenamos algunas frutas acompañadas por dátiles de nuestra palmera.

Al día siguiente reconstruí las trampas y las volví a llevar a las grandes rocas. Cuando oscureció fui a recogerlas. Las llevé al cobertizo, las desmonté y las volví a montar. No sabía qué era lo que las hacía diferentes de las de madre. Aquella noche volvimos a cenar frutas con dátiles.

Así pasó una semana. Todos los días las volvía a construir, fijándome en las de madre y comparando su estructura y su resistencia. Estuve tentado de llevarme una de las suyas para comprobar si los lagartos sabían distinguirlas.

Cuando volví de vacío otra vez, madre no levantó la vista.

—¿Qué ocurrirá si no cazo nunca un lagarto?

—Primero nuestro cuerpo quemará las grasas. Luego los músculos. Luego moriremos.

Busqué una forma honrosa de rendirme, como cuando ella tenía razón y yo no contestaba.

—Madre, tengo hambre.

—Yo también.

Salió del cobertizo y recolectó dátiles de la palmera para la cena de esa noche.

Los días pasaban y yo me sentía más débil. Me mareaba en las horas más calurosas y me refugiaba bajo la sombra de la palmera, pensando qué hacer, cómo engañar a esos odiosos animales. Veía las mejillas de madre más hundidas, pero ella no se quejaba. No necesitaba preguntarme si sería capaz de llegar hasta el final. Sabía que si no aprendía a cazar lagartos, sería mejor morir ahora que más adelante.

Un día llevé las trampas a las rocas y me quedé esperando el anochecer. Cuando oscureció y la luna perfilaba los contornos de las piedras, la temperatura comenzó a descender, pero yo me mantuve en el sitio. No me importaba el frío. El frío era más soportable que la idea de dejar morir a madre por mi incompetencia. Si no podía cazar un lagarto, no merecía ser hijo suyo.

Me concentré y traté de hacer que un lagarto cayera en la trampa sólo por mi pensamiento, pero no funcionó. Me pregunté en qué momento de la noche las piedras se llenarían de rocío y los lagartos saldrían a lamerlas. Entonces metí los dedos en mi odre

hasta que sentí el agua del pozo. Con los dedos mojados recorrí las trampas, dejando surcos de humedad hasta su centro.

Poco después los lagartos lamieron las trampas y quedaron atrapados.

Aterido de frío, llegué al cobertizo y dejé las trampas sobre la mesa. Madre las miró y sonrió.

—Ha salido bien.

No sabía si se refería a la idea de mojar las trampas o si se lo decía a sí misma.

Aquella noche cenamos lagarto de nuevo y ya no volví a sentir pena por ellos.

15

十五

Madre me enseñó a tocarme. Una mañana me vio duro ahí abajo y me hizo entrar en el cobertizo, aunque no hubiera nadie más que pudiera vernos. Allí me dijo que era algo normal, que era mi cuerpo diciéndome que ya había dejado de ser un niño. Yo en ese momento no supe si eso era algo bueno o algo malo, pero la dejé explicarse. Me mostró cómo frotarlo con fuerza hasta que llegado un momento parecía que me iba a romper, pero nunca me rompí. Era algo natural, me dijo, como el hambre o el sueño.

—Entonces, ¿soy ya un hombre?

—No, eso lleva más tiempo.

—¿Cuánto más?

—Mucho más. Algunos no llegan a serlo nunca.

—¿Cómo sabré cuándo me he hecho un hombre?

—No puedes sobrevivir en el desierto siendo un niño, Ionah. En cierta forma eres ya más hombre que muchos de los que he conocido.

Me hubiera gustado entonces haber conocido a algún hombre para compararme, pero no conocía a ninguno. Siempre fuimos madre y yo.

—¿Tú también te tocas, madre?

Madre esperó un momento antes de contestar.

—A veces, sí.

—Nunca te he visto hacerlo.

Madre me explicó que era algo privado, como cuando depositábamos los excrementos en la arena. Nunca llegué a entenderlo del todo, pero no siempre entendía todo lo que me decía. Quizá era la forma en la que se hacían las cosas antes de que todo cambiara.

También me dijo que, mientras que yo me ponía duro durante mucho tiempo, a ella sólo le pasaba muy de vez en cuando.

—¿Es porque tú eres una mujer?

—No, es porque soy mayor que tú.

—¿Cambia según creces?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más tiempo transcurre tú eres más fuerte y yo más débil.

—¿Y qué ocurre cuando te quedas sin fuerza, madre?

—Mueres.

Casi lo escupió. Era su forma de hablar cuando quería decir las cosas claras, cuando quería asegurarse de que no me equivocara. En aquel momento supe que llegaría el día en que ella se quedaría sin fuerzas y yo aún continuaría aquí. Pero no podía saber cuándo sería eso.

—¿Quiere decir que si estoy duro aún estoy fuerte?

—Quiere decir que aún te quedan razones para estar vivo.

Madre salió del cobertizo a recoger las trampas para lagartos.

A partir de aquel día, cada vez que me tocaba, cada vez que sentía que me iba a romper y no me rompía, me sentía más vivo que nunca.

16

十六

La noche en que madre tosió sangre por primera vez, comenzó a contarme cómo era todo antes de cambiar. Yo tenía doce años y, como ella supuso, no estaba preparado para oírlo. Ahora, muchos años después, lo sé, pero sigo sin estar preparado.

Me relató cómo eran las ciudades, esos laberintos con edificios mucho más altos que la más alta de las palmeras, a veces más altos que el vuelo de los buitres. Me dijo que los hombres no se ayudaban unos a otros y que todos guardaban para sí. Me explicó que había unos papeles llamados billetes que podías canjear por cualquier cosa: alimentos, agua, sexo, armas o incluso por más billetes si sabías a quién cambiárselos. Me dijo que todo el mundo vivía con miedo de que viniera un ataque y los destruyera.

—¿Como una tormenta de arena?

—Piensa en la tormenta de arena más furiosa y caliente que puedas imaginar. Piensa en una tormenta de arena que vuele el tejado de tu cobertizo y cuyos granos pudieran arrancar la piel de tus huesos. Piensa en un calor que derritiera tus ojos mientras aún estuvieras vivo. Piensa que tú y yo pudiéramos lanzar esa tormenta con sólo apretar un botón. Cómo viviríamos con miedo.

—Pero nadie puede lanzar una tormenta de arena. Las tormentas de arena es la forma que tiene el desierto de gritar.

—Esta tormenta de la que te hablo es la forma que tiene la humanidad de gritar.

—¿Y qué gritaban?

—Gritaban que tenían miedo de morir primero.

Muchos días la cabeza me daba vueltas con todo lo que me contaba. Era demasiada información, mi cabeza no podía imaginar tantas cosas. A veces pensaba que si lograba imaginar una, ésta me ayudaría a imaginar la siguiente, pero las cosas no funcionaban así. No había tiempo para eso. Tampoco hubo tiempo antes de que todo

cambiara.

—¿Y murieron todos los que conocías?

—Todos. Y mucha gente que no conocía también murió.

—¿Sentiste pena por ellos?

—Sí. Lloré por todos ellos.

—¿Aunque no los conocieras?

—Precisamente porque ya no podría conocerlos nunca.

—¿Padre también murió en la tormenta?

—No. Tu padre murió antes, tratando de evitarla.

—Pero no lo consiguió.

—Nadie pudo conseguirlo. La gente vivía con demasiado miedo.

—¿Querrías que padre aún viviera?

—Sí.

—¿Para no estar sola?

—No estoy sola, Ionah. Estoy contigo. Eso es suficiente.

—Pero puedes desear tener más que lo suficiente.

—Claro. Así comenzaron los problemas. Todos querían más y nadie estaba satisfecho.

—¿Crees que queda más gente?

—Creo que sí. En alguna parte.

—¿Qué pasaría si no quedara nadie más?

—Que cuando yo muriese tú serías el último.

—Yo no quiero que mueras.

—Todos morimos. Ya hemos hablado de esto.

También me habló de cosas buenas. Me dijo que había instrumentos con los que podías crear músicas, tan hermosas que podían trasladarte a otros lugares sin moverte del sitio. Que había gente que escribía en papeles historias que no habían ocurrido más que dentro de su cabeza, y que ésa era la forma de compartirlas con los demás. Me habló de océanos y construcciones de madera y metal que los navegaban mecidos por las dunas de agua. De aparatos que podían surcar el cielo, mucho más alto que los edificios y que los vuelos de cualquier pájaro, tan alto que el eterno desierto se veía como algo pequeño. Me habló tanto y tan seguido que a veces quería gritar que se callara, porque era tan hermoso que no podía soportarlo.

17

十七

Madre me dijo que antes de que todo cambiara existían formas de curar su enfermedad o al menos, de ralentizar su avance. Me habló de antibióticos y medicinas, cosas tan pequeñas que no podían verse sin una lente de aumento. En comparación, un grano de arena era una montaña. Yo no podía entenderlo, pero sí deseaba tener alguno de esos antibióticos para curarla. Ella me detalló lo que la medicina podía hacer, cómo se podía incluso poner un órgano de alguien ya muerto en otra persona.

Me hubiera gustado darle mis pulmones, pero no sabía cómo. Madre tampoco sabía, pero me dijo que aunque supiera, no lo habría hecho.

Siempre tosía en un trapo y me pedía que no me acercase. Yo no podía obedecerla, era la única persona que conocía, la única que había conocido. Ella gritaba furiosa cuando me acercaba, pero no me importaba contagiarme de su mal. Quizá fuera una buena forma de acabar con todo.

Trataba de que madre comiera en abundancia, pero cada día estaba más delgada. Además, creo que sus esfuerzos por contarme todo lo que había callado durante tantos años la estaban agotando. Hacía caldos con las pocas verduras de la huerta y se los obligaba a beber, ejerciendo yo su papel, cuidando de ella. Pero no sabía hacerlo y ambos sabíamos cómo iba a acabar todo. Yo trataba de ser su antibiótico, de retrasar el avance de su enfermedad, de darle tiempo a contarme todo, aunque todo no siempre es suficiente.

A veces, con la fiebre, hablaba sin ningún sentido. Saltaba de un tema a otro sin ningún puente, como si tuviera demasiadas palabras en la cabeza y le costara articular las frases para sacarlas fuera de sí.

—Y los sótanos, con sus escaleras crujientes. Tapiados con madera por los que apenas entraba la luz del sol, todos apiñados

allí, viviendo con miedo. En cualquier momento podían venir por nosotros y nos preguntábamos si tendríamos la valentía suficiente para hacerles frente.

—Madre, no te entiendo. Deberías callar un poco y descansar.

—Todos llevaban armas y estaban alterados, con miedo de que les robaran la comida y el agua. Preferían morir defendiendo sus bienes que arriesgarse a vivir con incertidumbre. Porque nadie sabía si habría mañana.

—Siempre hay mañana.

—Y los acantilados, con su viento salino de frente.

A veces creo que a madre le hubiese gustado tener a alguien con quien hablar de todos esos temas, alguien que también los hubiera vivido. Yo era un mal conversador para ella, pues necesitaba de aclaraciones a cada momento, que me explicara todas aquellas palabras nuevas y extrañas. Es duro saber que nunca podrás devolver todo lo que has recibido.

—Cómo desearía estar en casa.

Para mí, que no había conocido más lugar que este cobertizo, mi casa era el lugar donde mi madre se moría.

18

十八

El tiempo pasaba y los ataques de madre fueron a más. Ella trataba de sonreírme con sus dientes teñidos de rojo, pero yo sabía de sus dolores y su dificultad para respirar. La miraba y trataba a su vez de sonreír, pero me sentía morir con ella.

Comenzó a escupir en la arena trozos de pulmón. Cuando yo los recogía con mis dedos, estaban secos, porque el desierto se alimentaba de nuestra sangre como nosotros de su agua, en un trato tan justo como brutal. No sabía bien qué hacer, así que los enterré en la sombra de nuestra palmera, todo lo profundo que me permitieron excavar mis manos.

Aun sin pulmones parecía que todavía le quedaban palabras para mí.

—Ionah, escúchame. Aquí estarás seguro. Nadie va a venir a hacerte daño. Pero si alguna vez te sientes tan solo que no puedes soportarlo, si sientes el deseo de tirarte al pozo y acabar con todo y prefieres la idea de morir a quedarte aquí, no te culpes. Yo no te culparé. Si quieres arriesgarte a encontrar algo más, sigue el camino hacia el oeste. Continúa más allá de las grandes rocas, dejando la salida del sol a tu espalda. Recuérdalo. Recuérdalo porque es tu única oportunidad.

—Pero madre, tú siempre has dicho…

—Sé lo que siempre he dicho… pero no quiero que me hagas caso. Quiero que hagas lo que sientas que debes hacer. No temas al fracaso ni a la muerte, porque ninguno de ellos vale lo que los latidos de tu corazón. Tu padre murió haciendo lo que tenía que hacer, y yo te he traído aquí, lejos de todo, y no es justo. Nadie debe tomar tus decisiones.

En ese momento empezó a escupir sangre otra vez, en arcadas tan salvajes que pensé que la quebrarían por la mitad. Se mantuvo en silencio unos minutos. Yo sentía ganas de llorar, pero me forcé a

no hacerlo, como siempre hice. Madre levantó la mano y me acarició la mejilla, en el gesto más cariñoso que puedo recordar de ella.

—Llora, Ionah. Llora hoy, porque tu madre se muere.

—No lloraré, madre. Nosotros no lloramos.

—Hoy tienes mi permiso. Llora cuanto quieras. Llora hasta que te duermas, pero sólo hoy. Hoy puedes llorar por mí, pero no mañana, porque mañana es otro día y no puedes llorar por ti. No te permito tener pena de ti mismo.

Gruesas lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas sin que yo me diera cuenta. Madre sonrió.

—Siento haber sido tan dura, pero no había otra forma. Tenía que prepararte. Entiérrame detrás de las rocas altas, pero no pongas nada que me recuerde, porque no estaré allí mucho tiempo. Las corrientes subterráneas del desierto llevarán mi cuerpo más allá de las dunas, tan lejos y tanto tiempo como dure el propio desierto. Es el trato que he hecho por dejar aquí a mi hijo, a mi Ionah.

Madre comenzó a llorar también.

—Debes seguir hablando, aunque yo no esté. Hemos pasado juntos toda la vida, así que sabes lo que te diría. Quiero que hables en voz alta. Necesitas oír alguna voz, aunque sea la tuya. No hay nada peor que el silencio. Dime algo, Ionah, para que pueda llevarme tu voz conmigo.

Yo no sabía qué decir. Mis labios se movieron antes de poder pensar en nada.

—Me hubiera gustado ver la lluvia.

—Y la verás, Ionah. Y cuando la veas, sabrás que las cosas vuelven a cambiar de nuevo. Te lo prometo.

Y yo la creí, porque madre nunca me había prometido nada, y no podía creer que la única cosa que jamás me prometiese no se fuera a cumplir.

—Cuando aterrizamos en el desierto sólo pedí vivir lo suficiente para poder verte nacer y que me sobrevivieras. Y el desierto me lo concedió. Me ha dado el tiempo suficiente para ver a mi bebé convertirse en un niño y a mi niño en un hombre. No es justo pedir más. Está bien. Ya es suficiente.

Madre no dijo más. Murió aquella noche. En nuestro cobertizo. En el eterno desierto.

La enterré al amanecer detrás de las altas rocas, como ella me dijo. No puse nada que pudiera recordarla. No me hacía falta. Volví al cobertizo y me tumbé en el colchón, boca abajo. Y lloré. Lloré todo lo que no había llorado en todos esos años y por lo que no

podría llorar en los venideros.

19

十九

Madre ha muerto. Se llamaba Aashta. Significa «fe». Cuando le pregunté por el significado de su nombre me dijo: «Fe es aquello que te queda cuando no te queda nada más».

20

二十

Veo venir la tormenta a lo lejos. Es el desierto queriendo ganarle metros al cielo. Por eso lanza su arena hacia arriba en torbellinos, con toda su fuerza. Pero el cielo es tan eterno como el desierto y sabe que sólo tiene que aguardar a que se canse y los granos de arena vuelvan a caer.

Tapo la entrada del pozo y cubro nuestro escaso huerto con plásticos, fijando sus extremos con pesadas rocas. En vez de entrar en casa y cubrir el pie de la puerta con trapos, me subo de nuevo al tejadillo y la miro avanzar. Pienso en qué ocurrirá si me quedo arriba y no entro en el cobertizo como me enseñó madre. Si tal como hace el cielo es sólo cuestión de aguantar y esperar que pase.

—Entra en el cobertizo, Ionah.

—No, madre.

—Si te quedas, morirás.

—Eso no lo sabemos.

Siento el viento arremeter contra mí. Me imagino aguantando como aguantan las palmeras y las grandes rocas. Mostrando al desierto que estoy aquí y que he aguantado todo hasta ahora.

—¡Estoy aquí, ¿entiendes?! ¡Puede que sea pequeño, pero estoy vivo!

Abro la boca para gritar y se me cuelan pequeños granos de arena. Los escupo, pero el viento los devuelve contra mi ropa. Mis ojos son dos rendijas. La cara me escuece. Abro los brazos y los muevo contra el viento.

—Entra en el cobertizo, Ionah.

—¡No!

—¡Entra ahora!

—¡No!

Apenas puedo mantenerme de pie. La tormenta está casi encima. Sólo quedan jirones del cielo y una inmensa sombra de arena parece

cubrirlo todo.

—¡Ionah!

—No grites, madre. No te hace falta. Al fin y al cabo, hablas desde dentro de mi cabeza.

—¿Recuerdas lo que siempre te he dicho del desierto?

Madre siempre decía que el desierto nos tolera como a parásitos, pero que podía eliminarnos cuando quisiera. Sólo le hacía falta un golpe de arena. Pues bien, aquí estoy yo, delante de una tormenta. Esperando el golpe.

Ya no puedo tener los ojos abiertos. Cuando los abro se me clavan mil agujas. Siento mis pies desnudos en la superficie del tejadillo. El desierto me empuja hacia atrás sin que yo pueda resistirme. Me dice que si yo estoy vivo, es porque él quiere. Caigo hacia atrás y siento el vacío. Aterrizo en la arena e intento abrir los ojos, pero no puedo ver nada. Palpo con las manos e intento orientarme, pero no tengo la seguridad de estar arrastrándome en la dirección correcta. En ese momento el pánico me invade y alargo los brazos tratando de tocar algo que me permita saber dónde estoy. Cada centímetro de mi piel expuesta arde por los miles de granos de arena que la golpean.

—¿Lo entiendes ahora, Ionah?

Grito a madre que se calle, pero la arena anega mi boca. No logro escupirla. Siento mi cuerpo arrastrado por la arena, hasta que uno de mis pies toca algo. Lo reconozco. Es una de las piedras que sujeta los plásticos que protegen el huerto. Ahora sé en qué dirección está el cobertizo. Me pregunto si el desierto me dejará llegar hasta él. Durante unos eternos segundos el tiempo se detiene. Siento la arena contra mi abdomen pero no sé si soy yo o ella la que se mueve. Mis oídos se llenan con los gritos del desierto. Las palabras de madre pueden gritar incluso más.

—¡Vamos, Ionah!

Me sigo arrastrando hasta que mis dedos tocan la superficie de la puerta. Me agarro al tirador y me levanto. Trato de atraer la puerta hacia mí, pero no puedo. El vacío del interior me lo impide.

De pronto se produce una pausa y el viento cesa un instante. Una tregua que aprovecho para abrir la puerta y cerrarla a mis espaldas. Aún con los ojos cerrados cojo los trapos y los introduzco debajo de la puerta para que no entre más arena. Abro los ojos y comienzo a reír. Río porque no sé si estoy agradecido o decepcionado. Río porque quizá hubiera sido mejor acabar así de una vez.

Río hasta que me duermo en el colchón del suelo. Río en sueños.

—Ríe siempre que puedas, Ionah.

Dice madre.

—Ríe mientras puedas.

Dice el desierto.

La mañana llega con todo el azul del cielo. Miro hacia arriba y me sacudo el pelo con la mano. Abro el pozo cuidando de que no le entre arena, y riego el huerto. Recojo dátiles de la palmera y guardo los plásticos. No sé cómo sentirme. Estoy solo.

Me llamo Ionah. Tengo veintiún años y desde los doce no hablo con nadie más que conmigo mismo.

21

二十一

Siempre llega un momento en el que un paso más significa «muerte» o «victoria», que si continúas avanzando, tu destino estará sellado, de una forma u otra.

Lo he intentado seis veces y en todas he acabado volviendo atrás. He caminado durante muchas jornadas hasta que cada duna parece igual que la anterior e igual que la siguiente. Llega un momento en que el calor y la deshidratación no te dejan estar seguro de nada y temes no poder regresar.

No me da miedo la muerte. Morir no es nada. Todos moriremos. Madre murió y yo lo haré después de ella. Me dan miedo los buitres. Sé que cuando caiga desmayado al suelo por el calor y mi cuerpo descanse en la arena, se posarán a mi lado y harán lo que siempre han hecho, sin piedad.

Si recorriese este trayecto acompañado de alguien, tan sólo querría caer yo primero para que él me enterrara en la arena. Como yo la enterré a ella para que formara parte de ese desierto que tanto odiaba y los buitres no pudieran profanarla.

Cuando a cada paso comienzo a pensar en los buitres hasta que en mi cabeza ya no cabe nada más, me doy la vuelta. Los veo sobre mí, esperándome, con sus vuelos circulares. Cuando estoy en casa, no los veo. Eso me dice que en casa estoy seguro y en el desierto no. Me lo dicen los buitres con sus vuelos. Es la forma que tiene el desierto de hablar conmigo. Será mejor que escuche.

Ojalá tuviera aquello que mi madre llamaba pistola para pegarme un tiro con mis últimas fuerzas antes de caer.

22

二十二

Tengo miedo a olvidar las palabras de madre. Ahora que no está y su voz se ha perdido más allá de las grandes dunas, sus palabras son lo único que me queda. Todos los días recito para mí sus viejas historias, en voz alta, como ella me las enseñó. Para no olvidarlas. Para no olvidarla.

A veces, cuando el sol golpea duro mi nuca y estoy cansado, cuando tengo sueño o hambre, titubeo y tengo que dejar lo que estoy haciendo y concentrarme en sus palabras para que no se alejen. Son para mí tan importantes como el agua del pozo o los dátiles de las palmeras. Si perdiera las palabras de madre, mejor sería tumbarme en la arena y esperar a los buitres.

Cuando esto me pasa, escribo las palabras en la arena y veo cómo el viento las borra de un día para otro. Y me pregunto si el desierto está haciendo lo mismo con lo que queda dentro de mi cabeza. Y siento mucha pena al pensar que el desierto se pueda llevar eso como también se llevó a madre. Tengo ganas de llorar cuando lo pienso, pero nosotros no lloramos. Yo no lloro.

Las palabras bailan en mi cabeza y trato de decirlas en el orden correcto. El orden es importante. Madre lo decía: «El lunes quema a Millay, el miércoles a Whitman, el viernes a Faulkner. Conviértelos en ceniza y luego quema las cenizas. Ése es nuestro lema».

Si tuviera papel para poder escribir sus palabras antes de que se me olvidaran desaparecería esta opresión en mi pecho. Las recito todos los días de la noche a la mañana, pero son demasiadas, casi como los granos de arena del desierto. Si tuviera papel, escribiría las palabras de madre con mi sangre.

23

二十三

Conozco los sonidos del desierto. Sé cómo suenan las hojas de palmera mecidas por el viento y el correr de las dunas. Conozco el arrastrar de una serpiente por la arena y el cubo golpeando las duras lajas de piedra del pozo. Estos sonidos son para mí parte del eterno desierto y me acompañan en los largos días y largas noches sin fin.

Pero este nuevo sonido me hace abrir los ojos en mitad de la noche y quedarme a la espera, en completo estado de alerta. Es algo sutil, tan efímero que por un momento pienso que lo he soñado. Abro la puerta del cobertizo y me subo al tejadillo. La luna ilumina la cresta de las dunas y el rocío que lamen los lagartos en las grandes rocas. Con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en los muslos me concentro en ese nuevo y maravilloso sonido.

No sé cómo describirlo porque nunca he escuchado nada igual y me da miedo no volver a escucharlo. Es un rumor sordo y lejano, extraño. Suena como me gustaría que sonaran los aviones de los que me habló madre. Quizá sea el sonido de los altos edificios mecidos por el viento o el mugir de las vacas que nunca he conocido. Vuelve a desaparecer y yo me quedo a la espera, aterido de frío en el tejadillo. Espero hasta que escucho el suave rumor de la arena calentándose por el sol. Madre me habló del sonido de las balas, de las explosiones, de las prensas mecánicas, de la música que acompañaba a las voces al cantar. Trato de fijar ese nuevo y maravilloso sonido dentro de mi cabeza como hice con las palabras de madre.

—¿Tú también lo has oído, madre?

—Sí, Ionah.

—Me alegro. Por un momento, creí que me había vuelto loco.

24

二十四

Desde el fondo del pozo el cielo se resume en un círculo azul. Es tan pequeño y tan lejano que en esos momentos no parece posible que pueda abarcar todo el desierto. Hace frío aquí abajo, con el agua a mis pies y las lajas de piedra a mi alrededor. Hay poco aire y me cuesta respirar. Tan estrecho que no sé si sentir miedo o alegría. Pero pienso que es así como debió de ser estar en las entrañas de madre antes de nacer.

Reviso las lajas de piedra, tal como me enseñó madre hace ya muchos años. Las golpeo suavemente y compruebo que están firmes y encajadas unas sobre otras. De arriba abajo, una a una, sin dejarme ninguna.

Poco a poco comienzo a marearme y las lajas se desenfocan ante mis ojos. Siento unos enormes deseos de golpear una de ellas con el martillo hasta hacerla añicos para ver la arena anegar el fondo del pozo. Veo la arena caer en una fina cascada, lanzando pequeños destellos antes de desaparecer bajo mis pies y caer en la superficie turbia del agua. Me sobresalto y suelto el martillo, que cae con un ruido hueco que me despierta. Durante un momento no sé si ha sido una visión o ha ocurrido realmente. Giro sobre mí mismo buscando una laja sustituida por una cascada de arena. Pero no, todo parece estar bien. Las gotas de sudor resbalan de mi frente y caen al agua.

Las oigo y entiendo que ese sonido es real. Así debe de sonar la lluvia.

Salgo del pozo y comienzo a correr por la ardiente arena del mediodía hasta que mis pulmones parecen a punto de explotar y las piernas no me sostienen. Me tumbo en la arena y los buitres comienzan a volar sobre mí en círculo, esperando a que deje de moverme. Grito con todas mis fuerzas y desaparecen. Entienden que aún quedan jirones de alma dentro de este cuerpo moreno y reseco.

Paso la noche en el colchón sin dormir. Trato de engañarme y

me digo que me he salvado por muy poco, pero incluso ahora una parte de mí sigue deseando que el desprendimiento de la laja hubiese ocurrido de verdad y el pozo se hubiera echado a perder. La parte de mí que dejó caer el martillo.

25

二十五

Engraso todos los odres y los relleno con agua. Compruebo que no hay fisuras recorriendo las juntas con mis dedos en busca de rastros de humedad. Tiro de las correas con fuerza para ver si ceden.

Guardo en la mochila la carne de lagarto secada al sol, tal como me enseñó madre. Ato las largas varas con el toldillo enrollado a un lateral. Recolecto los dátiles de la palmera por última vez.

Mientras, recito las palabras para no olvidarlas.

Paso otra noche sentado en el colchón sin poder dormir. Abrumado por una pesadez en el pecho, abro la puerta del cobertizo y miro tras las palmeras, al este. Aún está oscuro, pero cuando aparezca el más mínimo atisbo de luz, habrá llegado el momento de partir.

Pienso en aquello que dejo atrás. Un cobertizo, un colchón, un cubo, un pozo. Pero sobre todo pienso en todo lo que he vivido alrededor de esta palmera y este huerto, en las conversaciones con madre y en cómo ella y el desierto me han modelado para sobrevivir. Que ahora tome el riesgo de enfrentarme a un camino con uno u otro fin, me hace dudar si no estaré traicionando su memoria y faltándole al respeto a un desierto que no me acepta pero me tolera. Pienso en los buitres, sus aliados, mis enemigos.

Me acerco a las grandes rocas, donde enterré el cuerpo de madre. Sé que ya no está ahí, que el desierto ya se la habrá llevado. Es el trato que hizo por dejarme aquí. Me pregunto si ella me acompañará en este viaje, si me marcará el camino.

—Tengo que marcharme, madre.

—Lo sé, Ionah.

—Todavía recuerdo tus palabras.

—Sabía que no me fallarías, Ionah.

—Quizá no lo consiga.

—Ya te dije que el fracaso no importa, Ionah, sino hacer lo que sientes que debes hacer.

—Lo sé, pero quería oírtelo decir una vez más.

Me giro y veo los primeros rayos del alba. Con un carboncillo de la hoguera me acerco a la puerta del cobertizo y escribo con la mejor letra que la emoción me permite: «Ionah vivió aquí».

Comienzo a caminar hacia el oeste, dejando el amanecer a mi espalda, cargado con la mochila y los odres de agua. La arena aún está fría bajo mis pies. Sé que no continuará así por mucho tiempo.

26

二十六

Madre me habló de las estaciones. Primavera, verano, otoño, invierno. Me explicó cómo se sucedían unas a otras, cómo las hojas resecas de los árboles alfombraban el suelo y se pudrían sobre las aceras de las grandes ciudades. Me habló de cómo en el invierno hacía tanto frío que la lluvia se congelaba antes de tocar tierra y se convertía en minúsculos cristales tan blandos que no podían cortar nada.

La primavera hacía brotar hojas verdes en los árboles, las mismas que tiempo después quebraría el otoño tras un verano de calor. Cada una de estas estaciones duraba meses y la gente tenía tiempo de prepararse para afrontarlas.

En el desierto las estaciones se suceden rápidamente. Hay diez horas de invierno y diez de verano, con apenas cuatro de otoño y unos pocos minutos de primavera. Hay que aprovechar para caminar desde la salida del sol, cuando el frío es aún tan intenso que paraliza tus músculos. Poco a poco la arena comienza a calentarse y vuelves a sentir los dedos de los pies. Debes continuar hasta que el sol caiga a plomo sobre tus hombros y ya apenas puedas razonar. Entonces es momento de montar el toldillo y recogerse en esa exigua sombra hasta que el calor descienda.

No puedo dejar de imaginar cómo será el sonido de las hojas bajo la suela de unas botas, tan distinto de mis pies envueltos en piel sobre la arena caliente por el sol. Es una buena forma de pasar el tiempo en las largas horas de espera. Un intento de no enloquecer.

Cuando el sol comienza a descender debes caminar hacia él, siempre recto. El sol marca el camino cada día, primero a tu espalda y después de frente. Hasta que sus rayos desaparecen y la temperatura comienza a bajar, y tus pies agrietados sienten la tibieza de la arena, esa misma arena que horas después quemará tus

plantas y resecará tus labios. Debes aferrarte a esas sensaciones, a esos momentos de otoño y primavera, y atesorarlos dentro de ti mucho después de que hayan desaparecido, como las palabras de madre.

Cuando tus miembros flaqueen por el frío, debes enterrarte en la arena hasta el alba. Y olvidar las serpientes, los lagartos y los buitres. Debes dormir.

Así un día tras otro, sol tras sol. Invierno tras verano.

27

二十七

No dejo de pensar en el pozo. Cuando estás ahí abajo la sensación de angustia es tan grande que sientes cómo las paredes de lajas de piedra se ciernen sobre ti, cómo aprisionan tus ganas de seguir vivo. Mientras camino por el desierto, tengo la misma sensación, ahora que extiendo mis manos y no puedo tocar nada. Cuando mis pies se hunden en la arena, creo que el desierto trata de tragarme poco a poco, sin que me dé cuenta. Levanto los pies con fuerza y los granos salen despedidos de mis empeines.

Cada paso que doy es un paso que me aleja del pozo. No se me va de la cabeza.

Veo una bandada de buitres a lo lejos, en una de las dunas. Revolotean sobre la arena unos sobre otros en una masa de plumas y cuellos arrugados. Sus picos están teñidos de rojo. Cuando me ven venir se alejan recelosos, pero no levantan el vuelo. Me acerco y veo en el suelo a un buitre destripado. Aún se mueve. Me mira con sus cuencas vacías, no sé si para darme las gracias o para recriminarme el retraso de su final. Trato de convencerme de que es un buitre viejo que ya no puede retomar el vuelo, que forma parte de la cadena alimentaria que me explicó madre, su último aporte al bien del grupo.

Uno de los buitres se acerca hasta mí. Se yergue. Nos miramos fijamente bajo el sol. Me alejo caminando hacia atrás. El buitre no separa la vista hasta que llego a la siguiente duna. Cuando continúa con su trabajo, los demás buitres se le suman.

No dejo de pensar en el pozo, para tirarme dentro.

28

二十八

De lejos parece una roca. Una única roca en medio de las dunas sin fin. Baja, como una laja de piedra en mitad de absolutamente nada. Pienso que el calor trata de confundirme, que el desierto quiere hacerme desviar mi rumbo para que compruebe qué es aquella especie de roca en mitad de la nada. Para que pierda mis fuerzas en el empeño, unas fuerzas que luego me serán necesarias.

Nada sobrevive solo en el desierto, ni siquiera las piedras. Maldigo por lo bajo y desvío mi ruta. No se mueve. Me da miedo tocarlo. No sé si está vivo o muerto pero sé lo que es, aunque no haya visto nunca a ninguno. Es un hombre.

Pongo la mano en su frente. Está caliente. Está vivo. Sus ojos están deformados por el calor y son sólo dos rendijas cerradas, dos tajos en la carne febril. Le abro la boca y consigo deslizar algo de agua de mi odre garganta abajo. Monto las varas con el toldillo y lo acuesto encima de mí. No hay sombra suficiente para nuestros dos cuerpos. Mueve los labios ligeramente, pero no despierta. Me pregunto si está más allá del límite y debería sacrificarlo como hacen los buitres, pero sé que no lo haré.

—Ten cuidado, Ionah.

—¿Qué quieres decir?

—No debes sacrificar tu supervivencia por la suya.

—Lo sé.

—Y sabiéndolo, le das tu agua.

—Si no, morirá.

—Quizá muera igualmente.

—Quizá, pero nosotros no somos buitres.

—Los buitres sobreviven.

—Hay cosas peores que la muerte.

—¿El qué?

—La soledad.

Esa noche no duermo. Entierro su cuerpo en la arena junto al mío y trazo mis planes. Calculo mis provisiones y mis fuerzas. Pienso en los buitres comiéndose a su compañero y me pregunto si tal vez por eso no se hayan fijado en el cuerpo tirado en la arena. No sé si será justo para este hombre o injusto para el buitre.

Cuando el sol comienza a atisbarse por el horizonte ato el toldillo a las varas y coloco el cuerpo encima. Empuño las varas con mis manos callosas y comienzo a arrastrarlo. Hacia el este. Hacia el sol.

De vuelta al cobertizo.

29

二十九

Madre no deja de hablarme en el camino de vuelta.

—No le conoces, Ionah.

—No conozco a nadie.

—Podría ser peligroso.

—Quizá lo sea.

—¿Qué harás entonces?

—Pelearé.

—¿Y si él es más fuerte?

—Perderé.

Camino por las dunas dejando un rastro tras de mí. El viaje es mucho más pesado y necesito detenerme cada poco tiempo para descansar. A veces el toldillo se queda encajado y tengo que desenterrar las varas. Tiro tan fuerte que la espalda cruje al volver a levantarme. Mido mis fuerzas y me pregunto si serán suficientes para volver.

—¿Estás dispuesto a morir con él, Ionah?

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Espero que no tengas que lamentarlo.

—Yo también.

Tengo los dedos ateridos y me sangran las palmas de las manos. El dolor no me importa, pero me preocupa que llegue un momento en que no pueda seguir tirando de las varas. Sé que cuando eso ocurra deberé abandonar el cuerpo y volver solo al cobertizo. Pero antes le cortaré la garganta y dejaré que la arena absorba su sangre. Enterraré su cuerpo. No dejaré que los buitres lo profanen.

Es lo que me gustaría que hicieran conmigo.

Cada paso estoy más cerca, pero también más cansado. Reparto el agua que me queda entre los dos y trituro con mis dientes la carne antes de dársela a comer mezclada con agua. La empujo con los dedos garganta abajo. Sé por los sonidos que emite de vez en

cuando que sigue vivo. Trato de imaginar su nombre.

Lo llamo Telémaco. Significa el que está preparado para combatir.

Quedan dos días hasta el cobertizo. Si estuviera solo llegaría en un día. Ya no emite ningún sonido. Abro sus párpados hinchados y miro sus ojos grisáceos. Aún respira, pero su pecho apenas se levanta. Su piel arde, pero no como la mía. La suya lo hace desde dentro, desde su sol interior.

No sé si aguantará.

Los buitres comienzan a volar en círculos sobre nuestras cabezas. Tengo la sensación de que uno de ellos es aquel con el que me encaré, pero no puedo estar seguro. ¿Quién puede distinguir un buitre de otro buitre?

La última noche no tengo fuerzas para enterrarnos en la arena. Apenas puedo mover los dedos y tengo que usar los antebrazos para hacernos un lecho. Le tumbo junto a mí y le abrazo. Siento su cuerpo arder sobre la fría arena de la noche. No hablo con él porque no responde. Hablo conmigo.

—Resiste, Telémaco. Mañana llegaremos al cobertizo y podremos descansar.

Es madre la que responde.

—No debes fiarte de él, Ionah.

—Tendré cuidado.

—Él no es como tú.

—Eso no lo sabes.

—Nadie es como tú.

Veo las palmeras a lo lejos y debajo de ellas el pozo. El cobertizo parece pequeño y endeble en mitad del desierto. Mis dedos casi no pueden sostener las varas, pero sé que llegaré. Los buitres también lo saben y se alejan volando.

Abro la puerta y dejo caer el cuerpo sobre el colchón. Destapo el pozo y saco agua con el cubo. Está fresca y deliciosa. Mojo mis manos y estiro mis dedos apoyándome en los antebrazos. Los dedos crujen y tengo que apretar los dientes, pero mejoran. Con el cubo en la mano abro la boca de Telémaco y deslizo el agua por su garganta, que al principio se atraganta, y después se deja hacer.

Cierro la puerta y me tumbo a su lado. Me quedo dormido casi al instante. La voz de madre es lo último que recuerdo.

—Espero que seas tú el que despierte primero, Ionah.

30

三十

Telémaco no despierta. Sé que continúa vivo porque veo bajar y subir su pecho y porque consigo hacerle tragar agua y comer algo de carne y dátiles triturados. La fiebre remite poco a poco, pero sus ojos continúan hinchados. El sol del desierto no es bueno para los ojos. Unto la piel de su cara requemada con grasa de lagarto y eso parece calmarle.

No sé hacer más de lo que estoy haciendo. Espero que sea suficiente.

Le estudio en silencio. Madre no me habla en su presencia. Empiezo a pensar que está de verdad enfadada conmigo por haberle recogido.

Telémaco tiene una mochila. La mochila pasa los días en un rincón del cobertizo, pero no la abro. Es mucho mejor que la mía. Tiene un agarradero de plástico duro en la parte superior y cremalleras a los lados. Madre me habló de las cremalleras y por eso las he reconocido, pero es la primera vez que veo una. Siento unas enormes ganas de tirar de ella para ver cómo se abre y se vuelve a cerrar. Pero sé que aunque no mirara dentro sería como hacer trampas, y yo no soy ningún tramposo.

No pierdo la paciencia. Recojo agua del pozo y trato de recuperar el marchito huerto. Pongo las trampas de los lagartos en las grandes rocas. Recito las palabras de madre para no olvidarlas. El desierto sabe esperar y yo también.

—¿Qué harás cuando despierte, Ionah?

—Hablaré con él.

—¿Quieres ver lo que lleva en la mochila?

—Sí.

—¿Y si él no quiere que lo veas?

—Trataré de convencerle.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé.

—Pues será mejor que lo vayas pensando.

—No es problema. Tiempo es lo único que me sobra.

Pero no me hace falta, porque una mañana, cuando me levanto, el lecho de Telémaco está vacío. Sé que no ha ido lejos, porque su mochila sigue apoyada en la pared. Salgo del cobertizo y le busco en los alrededores del pozo. No es difícil. Sus huellas no han sido borradas aún por la arena. Las recorro y le encuentro detrás de la palmera, de pie. Da un salto al verme. No digo nada. Él tampoco. Creo que no sabe cómo ha llegado hasta aquí ni quién soy yo.

—Cuidado, Ionah.

Telémaco se abalanza sobre mí con los puños por delante. Mis pies se mueven rápido y le esquivo. Aún está débil y no necesito más de un golpe para derribarle. Cae al suelo inconsciente y arrastro su cuerpo de nuevo hasta el lecho.

—Lo has hecho bien, Ionah.

—Desde luego, no ha sido un buen comienzo.

31

三十一

No dejo que vuelva a ocurrir. Espero sentado hasta que despierta. Cuando abre los ojos me encuentra mirándole. No dice nada. Parece que se está preparando para atacar, pero sé que no es así. Los dos conocemos el final de ese camino.

Comienza a emitir sonidos que no comprendo. Me mira y hace una pausa. Vuelve a emitir sonidos. No digo nada. No hay nada que decir. Tras otra pausa, dice:

—Gracias.

—De nada.

—Siento haberte atacado.

—No te preocupes.

—Estaba desorientado.

—Lo sé.

Mira en derredor. Se mira las manos y después el cuerpo. Parece querer comprobar que sigue entero.

—¿Dónde estamos?

—En el cobertizo.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—¿Solo?

—Solo.

Mira detrás de mí. Yo sé lo que busca. Su mochila. Giro la cabeza y la miro un momento. Luego vuelvo a mirarle a él.

—¿La has abierto?

—No.

—Júralo.

—¿Confiarías en mí si jurara?

—No.

—Entonces no juraré.

—¿Cómo logras sobrevivir aquí?

—Tengo la palmera, el pozo, el huerto y los lagartos.
—¿Lagartos?
—Sí.
—¿Es la carne que me has estado dando a comer?
—Sí.
—Es gelatinosa.
—Eso decía madre.
—¿Tu madre?
—Sí.
—¿Dónde está?
—No lo sé. En algún lugar del desierto.
—¿Has vivido toda tu vida aquí?
—Sí.
—¿Por qué me recogiste?
—Para que no te comieran los buitres.
—Podrías haberme matado y haberme robado la mochila.
—No sé qué contiene. ¿Para qué te la iba a robar?
Mantiene silencio unos momentos. Sacude la cabeza.
—¿Siempre hablas así?
Me quedo pensando. No sé qué decir. Tras unos segundos me decido.
—Sí.
—¿Cuánto hacía que no hablabas con alguien?
—¿Vivo?
—Claro que sí, vivo.
—Nueve años.
—Eso es mucho tiempo.
—Habría sido mucho más si no te hubiera recogido en el desierto.
—¿Cómo te llamas?
—Ionah.
—¿No quieres saber cómo me llamo yo?
—Lo quiero saber todo de ti.
—Me gustaría beber agua antes.
Salimos del cobertizo. Saco agua del pozo y le doy a beber del cubo. Pide beber otra vez. Mira hacia las dunas. Luego mira la palmera. Luego me mira a mí.
—Hace mucho calor. Incluso a la sombra.
No contesto.
—¿Siempre hace tanto calor?
—Luego será peor.
—¿Cómo haces para no volverte loco aquí?

—No hago nada.

Sonríe. Me tiende una mano. Recuerdo las palabras de madre. Sé que es algo que la gente hacía antes de que todo cambiara. Pongo mi palma en la suya. La aprieto y sacudo arriba y abajo. Entonces comprendo por qué lo hacían. Es agradable.

—Gracias por salvarme la vida, Ionah.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Ríe, aunque yo no he hecho ningún chiste. Le pregunto:

—¿Cómo te llamas?

Lo piensa un instante, como si no recordara su propio nombre.

—Me llamo Shui.

—¿Qué significa?

—Significa «agua».

Agua. Él se llama agua. He encontrado agua en el desierto.

32

三十二

Poso mi mano en su frente. Ya no tiene fiebre. Toco su piel en busca de quemaduras, pero ya se le han curado. Sin embargo, sus ojos siguen hinchados.

—¿Qué miras, Ionah?

—Tus ojos.

—¿Qué les ocurre?

—Continúan hinchados.

Shui se palpa los ojos con los dedos por un buen rato.

—Los noto bien.

—Creí que se deshincharían, pero no ha sido así.

Shui parece preocupado. Al fin y al cabo, no puede verse. Se palpa otra vez los ojos con los dedos, buscando algo anormal. Al final, sonríe.

—Mis ojos están bien, Ionah.

—No, no lo están.

—¿Habías visto alguna vez unos ojos como los míos?

—Sólo cuando las tormentas nos metían granos de arena en los ojos a madre y a mí.

Shui mantiene silencio unos segundos, tratando de buscar las palabras adecuadas. Por un momento se parece a mí, que me trabo después de tantos años sin hablar con nadie.

—Ionah, ¿tú de dónde eres?

—Del desierto.

—Por eso tu piel es morena y tu cuerpo seco y fibroso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes qué es China?

—No.

—China es de donde yo vengo. Por eso mis ojos son así.

—¿China está lejos?

—Sí.

—¿A cuántos días?

—Demasiados.

—¿Semanas?

—Probablemente meses.

—¿En China todos tienen los ojos así?

—Sí.

—Pero ¿ves bien?

—Sí, Ionah.

—Entonces no me preocuparé más.

Eso parece dejarle pensativo. Pasa el resto del día con la cabeza baja, caminando por la sombra y mirando sus pisadas en la arena. Por la noche, cuando el frío comienza a hacer tiritar sus huesos, se dirige a mí de nuevo:

—¿Qué es lo que te preocupa a ti, Ionah?

Trato de pensar en lo que hago, lo que es importante.

—El pozo. Las trampas de los lagartos. Las tormentas de arena. El huerto. Las palabras de madre.

—¿Nada más?

—Creo que no.

—Eres afortunado, Ionah. Puede que no lo creas, pero eres afortunado.

Eso no me hace sentir bien. Entonces soy yo quien comienza a mirar mis pisadas en la arena. Antes de acostarme, le hablo:

—No sé en qué soy afortunado.

—Ya no te queda nada que perder.

33

三十三

Aún no ha amanecido. Me encuentro a Shui en el tejadillo. Está sentado, igual que yo tantas veces, con las piernas cruzadas y las palmas apoyadas en los muslos. Tiene frío. Tiembla, pero aun así no se mueve. Mira a lo lejos. Subo y me siento a su lado. Me pregunto si el tejadillo aguantará el peso de los dos.

No digo nada. Él tampoco.

La claridad comienza a atisbarse a lo lejos. La noche cede terreno. Los primeros rayos se reflejan en la cresta de las dunas, que nos lanzan destellos como guiños consentidos. Un halo de luz comienza a extenderse por la arena.

—¿Siempre es así?

—Siempre.

—Es hermoso. Nunca en mi vida había visto algo tan hermoso. Creo que si todo el mundo hubiera podido contemplar este amanecer, nadie se hubiera atrevido a hacer lo que hicieron. No hubieran corrido el riesgo de perder algo así.

Continúo sin decir nada. No sé qué decir. Es el amanecer, el mismo que he visto cientos de veces desde niño. Recuerdo la última vez que lo miré, antes de partir. Recuerdo lo que sentí. Me pregunto si es parecido a lo que siente Shui ahora.

—¿Es por esto que soy afortunado?

—Sí, Ionah.

Se le quiebra la voz. Le miro. Está llorando. Limpio las lágrimas de sus mejillas.

—Nosotros no lloramos.

—¿Por qué?

—No nos lo podemos permitir.

—¿Tu madre te lo dijo?

—Sí.

—Y ahora tú me lo dices a mí.

—Sí.
—Y dime, Ionah, ¿a quién se lo diré yo?

34

三十四

Shui no habla de él. Madre tampoco lo hizo, hasta el final. No entiendo a qué viene acumular preguntas. No se puede hacer nada con ellas.

—No puedo hablarte más de mí, Ionah.

—Es una pena. Eres la única persona que conozco.

—Es peligroso.

—No lo entiendo. Hablar nunca ha sido peligroso. Hacer sí.

Shui no dice nada. Camina hasta las grandes rocas a pesar del calor del mediodía. Por un momento pienso que va a recoger las trampas de lagartos, aunque sé que aún están vacías. Saco agua del pozo y riego el huerto. Miro los dátiles en lo alto de la palmera.

Shui se me acerca por la espalda. Escucho sus pasos en la arena.

—Ionah.

No me vuelvo.

—No te puedo hablar de mí porque soy un correo.

—¿Qué es un correo?

—Alguien que lleva cosas de un sitio a otro.

—¿Cosas importantes?

—Sí.

Me doy la vuelta. Shui me mira a los ojos.

—¿Te refieres a lo que hay en la mochila?

—Exacto. ¿Cuánto te contó tu madre antes de morir?

—Me contó mucho.

—Pero no te lo contó todo.

—No tuvo tiempo.

—¿Te habló del incidente de Tianjín?

—No.

—¿No te contó nada de eso?

—No que yo recuerde. Y yo recuerdo todo. ¿Qué pasó?

—Es difícil de explicar. Allí empezó todo.

—¿Crees que saberlo me pondría en peligro?

—Sí.

—Pero aquí no hay nadie.

—Lo sé. No he dormido tan bien en años.

—¿De eso trata lo que llevas en la mochila? ¿Del incidente de Tianjín?

—Sí.

—¿Querrás contarme qué pasó?

Shui mira al suelo, se da la vuelta y no dice nada más. Me esfuerzo en comprender sus razones y, como siempre que trato de pensar, las palabras de madre acuden a mis labios. Para que no las olvide, para que recuerde que son importantes. Pero ahora las digo en silencio, porque hay alguien más que podría oírlas. Supongo que de eso tratan los secretos.

Por la noche, tumbados en el colchón del cobertizo, hablo.

—Has hecho mal en decírmelo.

—¿Por qué?

—Porque ahora más que nunca deseo saber qué hay en la mochila.

—Tuviste la oportunidad de abrirla cuando yo estaba inconsciente.

—Sí, pero entonces todo era distinto.

—¿En qué era distinto?

—Entonces no sabía que era algo tan importante como para que un hombre se arriesgase a morir por ello.

35

三十五

Veo las cicatrices en su espalda. Tan abundantes que se cruzan unas con otras. El sol comienza a tostar su piel y cada día parecen más claras. Me pregunto si se las ha hecho un qué o un quién. Me pregunto qué edad tenía cuando ocurrió.

Shui me sorprende mirándole las cicatrices. Las tapa rápido con su ropa.

—¿Duelen?

—Sí.

—¿Aún?

—Algunas cicatrices nunca se curan del todo.

—¿Qué te pasó?

—Prefiero no hablar de ello.

—Hace años me mordió un lagarto. Sus dientes se hincaron en mi carne y el veneno hizo que la mano y el antebrazo se me pusieran negros. Recuerdo sentir los latidos del corazón en esa mano. Y el dolor palpitante. Nunca me ha dolido nada igual. Sólo la muerte de madre.

—¿Te ha vuelto a morder un lagarto venenoso?

—No. A partir de aquel día tuve cuidado.

Se levanta la camisa y me deja verlas de cerca. Las recorro con el dedo. Son suaves y pronunciadas.

—¿Sabes por qué las heridas dejan cicatrices? ¿Por qué la piel no queda perfecta?

—No.

—Es para que no olvides.

36

三十六

—No debes fiarte, Ionah.

—¿Por qué no, madre?

—No sabes nada de él.

—Tampoco sabía mucho de ti.

—No sabes qué lleva en esa mochila. Podría ser peligroso.

Si es peligroso, quizá sea mejor que no lo vea.

—Hay algo que no estás considerando, Ionah.

—¿El qué?

—Si es un correo, como ha dicho, si lleva cosas de un sitio a otro, significa que hay dos bandos. Unos que llevan cosas y otros que los persiguen.

—Sí.

—¿Cómo sabes entonces que Shui pertenece al bando de los buenos?

—Quizá no importe.

—¿Cómo no va a importar?

—Creo que en realidad, todo consiste en no preguntar.

—No comprendo.

—Porque madre, si les preguntas, todos te dirán que son de los buenos.

37

三十七

Puedo sentir las tormentas de arena desde muy lejos, mucho antes de que aparezcan en el horizonte. Puedo sentir vibrar los granos bajo mis pies. Es la consecuencia natural de un desierto que pasa muchos meses tranquilo, sin decir nada. Es la necesidad de gritar de vez en cuando para ver si alguien te está escuchando. Lo entiendo a la perfección.

Me acerco a Shui, que mira al horizonte sentado en la sombra de la palmera.

—Vamos dentro.

—¿Por qué?

—Porque pronto estará aquí.

Shui me mira sellar el pozo y me ayuda a tapar el huerto con el plástico y asegurarlo con pesadas rocas. Ya no recordaba lo fácil que era cuando lo hacían dos personas. Recogemos las trampas para lagartos y las metemos dentro.

—¿Qué es, Ionah?

Señalo a lo lejos. El desierto se levanta tratando de devorar el cielo.

—Dios mío...

Cierro la puerta del cobertizo y tapo el marco de la puerta con trapos para impedir que entre la arena. Nos sentamos en el colchón y no decimos nada, tan sólo esperamos a que llegue hasta nosotros. Las manos de Shui tiemblan. Aferra su mochila con los brazos, pero cuando comprueba que el cobertizo resiste y estamos a salvo, parece calmarse.

—Es el desierto gritando.

—Grita muy fuerte.

—Sí.

—¿Qué se hace hasta que acaba la tormenta?

—Esperar.

Escuchamos los golpes de los granos de arena contra las paredes del cobertizo. Esperamos que los plásticos del huerto aguanten. Esperamos que el sellado del pozo no se quiebre. Lo hacemos en silencio.

—¿Te contaba alguna vez cuentos tu madre, Ionah?

—No.

—¿Nunca?

—Al final me contó las historias de cómo era todo antes de cambiar, pero creo que eso no eran cuentos.

—Cuando yo era pequeño mi madre me contaba cuentos antes de dormir. Murió hace muchos años, cuando yo aún tenía edad de escuchar cuentos. Pero había uno que era mi preferido, ¿y sabes por qué?

—No puedo saberlo.

—Porque era un cuento que te leían siendo niño pero que sólo entendías siendo adulto.

—¿De qué iba?

—Era la historia de un niño que bajaba de su estrella hasta nuestro planeta y aterrizaba en el desierto. Ese niño vivía en un planeta tan pequeño que se podían perseguir los amaneceres. Su posesión más preciada era un rosa de cuatro espinas. ¿Sabes lo que es una rosa?

—Madre me dijo que era la más hermosa de todas las flores.

—Y tenía razón.

—¿Qué ocurría después?

—Bueno, muchas cosas. Se hacía amigo de un zorro y hablaba con él de las cosas que le preocupaban.

—Pero los zorros no hablan, ¿verdad?

—Es un cuento, Ionah. Por eso el zorro podía hablar. ¿Has visto alguna vez un zorro?

—No. Por eso preguntaba. Porque pensaba que a lo mejor los zorros podían hablar, como los loros. Madre dijo que los loros sí hablaban, aunque sólo podían repetir lo que les habías dicho. ¿Crees que los zorros podrían llegar a hablar algún día?

Shui se mantiene en silencio unos momentos.

—¿Por qué no? Quién sabe cómo serán las cosas a partir de ahora... Los monos acabaron hablando.

—¿Por qué me cuentas mentiras?

—No son mentiras, son cuentos.

—¿Cuál es la diferencia?

— Las mentiras se dicen para engañar a la gente. Los cuentos, para hacerla sentir bien.

—¿Qué le hacía el zorro al niño? ¿Le atacaba?

—No, le regalaba un secreto.

—¿Qué se puede hacer con un secreto?

—Puedes guardarlo o usarlo.

—¿Lo pierdes si lo usas?

—No. Sólo se pierde aquello que no se usa.

Esperamos hasta que cesan los gritos del desierto. Cuando salimos fuera, el cielo está azul y hay pequeños granos de arena flotando en el aire para que no olvidemos la tormenta. Entonces me giro hacia Shui y le pregunto:

—¿Eres tú el niño?

—¿El del cuento?

—Sí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú caíste en el desierto, igual que él.

—Sí, pero yo no caí de una estrella. Me lancé en paracaídas desde un avión.

—Así que caíste del cielo.

—Sí.

— Como la lluvia.

—Exacto. Como la lluvia. Como mi nombre.

38

三十八

A veces caminamos. Cuando el sol y la temperatura comienzan a descender nos alejamos del cobertizo con pasos lentos y cansados. Shui dice que le ayuda a pensar. Paseo, lo llama. Caminamos hasta mucho más allá de las altas rocas, hasta que el frío nos pone la piel de gallina y Shui dice que es mejor que volvamos.

—¿Nunca te enfadas, Ionah?

—No tengo con quién.

—Puedes enfadarte conmigo.

—No has hecho nada para que me enfade contigo.

—Eso no importa. Puedes enfadarte con alguien sin razón alguna.

—¿Puedo?

—Claro que puedes.

—No lo comprendo.

—A veces te enfadas con alguien sólo para no hacerlo contigo mismo.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—Claro. Muchas veces.

—Dime una.

— Por ejemplo, me enfadé contigo.

—¿Cuándo?

—Cuando me recogiste en el desierto.

—¿Por qué?

—Porque si me hubieras dejado morir todo habría acabado para mí.

Me adelanto dos pasos y no digo nada. Tengo que pensar. Shui habla mucho y me confunde. No estoy acostumbrado a escuchar tantas palabras. No consigo pensar y hablar al mismo tiempo. Es demasiado cansado. Shui parece comprenderlo y permanece detrás de mí, pisando mi sombra.

Ralentizo el paso y me coloco a su altura. Tomo aire.
—Entonces, en realidad estabas enfadado contigo mismo.
—Eso es.
—¿Por qué?
—Por tomar un bando. Quizá hubiera debido dejar que todo siguiera su curso.
—¿Ya no estás enfadado conmigo?
Shui sonríe. Comienza a hacer frío, pero no dice nada.
—Nadie podría estar enfadado contigo mucho tiempo, Ionah.
—Madre a veces se enfadaba conmigo cuando no prestaba atención. Decía que ella no iba a estar ahí siempre y que debía aprender ciertas cosas para sobrevivir.
—Bueno, parece que las aprendiste.
—Creo que yo también estuve enfadado con ella un tiempo.
—¿Por qué?
—Por morirse y dejarme solo.
—Ahora ya no estás solo.
—Pero tú no te quedarás mucho tiempo.
Shui se detiene y me coge del brazo haciéndome volver. Siento el instinto de atacar, pero me contengo. Sé que no va a hacerme daño.
—¿Por qué dices eso?
—Eres un correo. Tienes algo que entregar.
—Pero no puedo salir de aquí.
—Encontrarás la forma.
—Tú llevas aquí toda tu vida y aún no la has encontrado.
—Porque tengo miedo.
—¿Y crees que yo no?
—Tienes algo más poderoso que el miedo.
—¿El qué?
—Gente que te espera.
Shui no dice nada. Se queda quieto y yo también. Se frota los brazos y comienza a caminar hacia el cobertizo. Yo le sigo un poco rezagado. Creo que está enfadado conmigo, lo que quiere decir que está enfadado consigo.

39

三十九

Repasamos las lajas del pozo. Shui se mantiene arriba, asegurando la cuerda que me sostiene. Ya no tengo martillo para asegurar las lajas, pero me basto con las manos para comprobar si se mueven. Shui me mira extrañado desde arriba. No parece comprender el procedimiento, a pesar de que se lo he explicado.

Abajo en el pozo la falta de aire me abruma. De alguna forma, me tranquiliza que Shui esté ahí afuera.

Cuando estoy subiendo, empapado en sudor y exhausto, Shui agita la cuerda. Miro hacia arriba.

—¿Qué ocurriría si yo cortara la cuerda ahora?

—Caería al fondo del pozo y moriría. Pero mi cuerpo contaminaría el agua, así que los dos moriríamos. La diferencia es que yo lo haría ahogado, como siempre he soñado y tú de sed, como siempre he temido.

40

四十

A veces Shui sufre pesadillas. Se levanta en mitad de la noche empapado en sudor y mira alrededor, tratando de cerciorarse de dónde está. Entonces se me queda mirando y siento que puede ocurrir cualquier cosa, porque no creo que en esos momentos esté seguro de quién soy ni de quién es él mismo.

Abre la puerta y deja que la noche enfríe su espalda cubierta de gruesas cicatrices. Pasa tanto tiempo así que no sé si esperar o volver a dormirme. Cuando comienza a hablar no estoy seguro de si sabe que estoy despierto.

—Nunca dejaban que perdieras la consciencia mientras te daban latigazos. A veces lo hacían durante tanto tiempo que huías de allí con la mente, tratabas de concentrarte en algo tan fuerte que pudieras dejar de sentir. A veces la mente simplemente vagaba. Me veía en un lugar extraño, luminoso, ajeno a todo lo que había visto. Allí no me dolían los golpes. Entonces creí que alucinaba, pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora creo que era este sitio.

No digo nada.

—¿Crees en el destino, Ionah?

—No sé qué es, así que supongo que no.

—Destino es creer que el camino que has de recorrer está ya marcado.

—¿Por quién?

—No se sabe. Es un sentimiento. Una sensación dentro de ti.

—¿Como el hambre?

—Sí, pero un hambre que no puedes saciar con comida.

Trato de ordenar las palabras que surgen en mi cabeza. Shui mira la luna reflejada en las crestas de las dunas.

—Me gustaría creer eso.

—¿Por qué?

—Porque así sabría que mis elecciones son siempre correctas. Me tranquilizaría.

—A mí en cambio me hace plantearme más preguntas.

—¿Preguntas?

—He visto lo que escribiste en la puerta del cobertizo, Ionah.

Señala la inscripción: «Ionah vivió aquí».

—Cuando el avión en el que viajaba se averió, salté en paracaídas en medio del desierto. Sin agua ni comida. Al mismo tiempo, tú te sentías tan solo que decidiste jugarte la vida para tratar de salir de aquí. Y me encontraste. Si hubieras permanecido aquí, en la seguridad de tu pozo y tu palmera, o si hubieras iniciado tu camino en la otra dirección, yo habría muerto y nunca nos habríamos conocido.

—Madre me dijo que caminara hacia el oeste, dejando el sol a mi espalda.

—Tu madre te lo dijo. ¿Entiendes ahora lo que es el destino? ¿La probabilidad que había de que me encontraras?

—No lo sé.

—Tú y yo nos hemos conocido por una razón, Ionah.

—¿Cuál?

—Quizá sea ésta.

Se mete en el cobertizo y saca su mochila. La abre y mete la mano dentro. Me deleito en el sonido de la cremallera. Suena tal como había imaginado. Me tiende un montón de papeles.

—¿Qué son?

—Los documentos que tengo que entregar.

Los cojo y los miro. No comprendo la lengua en la que están escritos, pero no es lo que me llama la atención.

Están escritos sólo por una cara. Miro a Shui.

—Quizá sí comprenda qué es el destino.

41

四十一

Son trece folios. Paso los dedos por el papel. Si acerco la vista lo suficiente puedo ver sus valles y depresiones, parecidas a las del desierto. Sus bordes son tan afilados que me sajan las yemas de los dedos, un corte tan fino que ni siquiera sangra.

Temo que mis palmas sudorosas puedan estropear el papel. Las seco en mis perneras, pero vuelven a sudar. Tiemblo como en el frío de la mañana.

—Tengo papel, madre.

—Eso parece, Ionah.

—Ahora podré escribir tus palabras.

—Si las recuerdas...

—Las recuerdo.

—Me alegro por ti, Ionah.

—Era lo que estaba dentro de la mochila.

—¿Te has preguntado qué hay escrito por el otro lado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya está escrito y no se puede cambiar.

—Pero esas palabras son importantes para Shui.

—Lo sé. Pero para mí las palabras más importantes son las que están por llegar.

—Debes tener cuidado con el papel, Ionah.

—Lo tendré. Es hermoso, madre.

—No es más que papel.

—No. Es una oportunidad para no olvidar. De que el desierto no se trague nuestras palabras.

—¿Y quién leerá esas palabras?

—No lo sé.

—¿Eso no lo hace un sinsentido? Escribir sin saber quién puede leerlo.

—No. Lo hace si cabe más hermoso.

42

四十二

Nada es infinito. Incluso el desierto, con sus millones de millones de granos de arena tiene un fin, una porción de tierra donde la arena se convierte en otra cosa, algo que no es desierto. Si pudiera caminar el tiempo suficiente por esa arena caliente, atravesando sus dunas, llegaría a ese lugar. Lo sé porque madre me lo contó.

No sé cuántas son las palabras de madre. No puedo sumar todas las historias que me contó y obtener un resultado. No lo recuerdo con esa claridad. Algunas sólo se mantienen en la cabeza como un concepto, como el calor o el viento, sin palabras exactas para explicarlo. Llevo años y años repitiéndolas para mí, para no olvidarlas. Son muchas, quizá demasiadas para trece folios de papel. Me pregunto si mis manos inexpertas serán capaces de escribir tan pequeño como yo deseo, como yo necesito. Es algo que nunca te planteas cuando escribes en la arena con un palo.

Shui se lamenta de no tener algo llamado bolígrafo. Es un palo con tinta dentro, que es lo que mancha el papel y forma las palabras. Dice que con un bolígrafo todo me resultaría más fácil. Yo le he dicho que en el desierto no dividimos las cosas entre fáciles o difíciles, sino entre posibles o imposibles.

Abro una herida en el dorso de mi mano con mi cuchillo y aprieto el puño para hacer brotar la sangre. Mojo un palo afilado y lo sitúo a escasos centímetros del papel. Me detengo.

Tantos años con las palabras en mis labios y ahora no sé por dónde empezar.

—¿Por dónde comienzo, madre?

—Por donde quieras, Ionah.

—¿Qué es lo más importante?

—Lo que sea más importante para ti.

—Pero son tus palabras.

—Y tuyas. Ahora te pertenecen.
—Tengo miedo de equivocarme.
—Está bien. Te las repetiré. Comienza a escribir.
Y comienzo a escribir.

43

四十三

—Nos engañábamos diciendo que todavía era evitable. Aunque había numerosos grupos de resistencia presionando, era obvio que la situación había escapado de nuestras manos. Atrás quedaba el punto de no retorno y todos lo sabíamos, pero nadie quería decirlo en voz alta.

»Tu padre menos que nadie. Pertenecía a uno de estos grupos de resistencia que aún exigían a gritos que alguien detuviese la maquinaria que tantos esfuerzos había costado poner en marcha. Demasiada gente poderosa se había ocupado de ello, y es de sobra conocido que los poderosos no tienen buen oído.

»Nos movíamos constantemente. Tu padre decía que era lo más seguro, que ya no se podía confiar en nadie. Le aterraba que alguien conociese nuestra ubicación y vinieran a buscarnos como les pasó a tantos otros. Algunas noches no teníamos siquiera un techo sobre nuestras cabezas y nos limitábamos a abrazarnos bajo las mantas. Nos alejábamos de las miradas suspicaces.

»Entonces yo ya estaba embarazada de ti, pero tenía pánico de decírselo a tu padre. No eran unos tiempos recomendables para tener un niño. Me bullían en la cabeza cientos de preguntas: ¿Dónde daría a luz? ¿Te separarían de mí si nos cogían? ¿Cómo te educaríamos? ¿Encontraríamos otros niños para que jugaras con ellos?

»La noche que se lo dije estaba aterrada, pero él se lo tomó con mucha calma. Me preguntó de cuánto estaba.

—De tres meses.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—No lo sé. Tenía miedo de que te enfadaras.

—¿Enfadarme? ¿Por qué?

—Por traer a un niño al mundo según están las cosas.

»Entonces él se inclinó y puso sus manos en mis mejillas.

Estaban ásperas y calientes. Sonrió con sus dientes cariados y me dijo:

—¿Para quién crees que tratamos de salvar el mundo?

44

四十四

—¿Lo tienes, Ionah?
—Lo tengo, madre.

45

四十五

Paso tanto tiempo escribiendo que Shui va a recoger las trampas para lagartos. No me dice nada, pero creo que tiene hambre. Me gusta Shui, es un hombre tranquilo. Creo que el desierto se le ha ido metiendo dentro poco a poco y ya no siente esa necesidad de luchar que tenía al principio. Comienza a comprender que el desierto siempre gana y sólo queda plegarse a él. Me gusta por eso, pero sobre todo porque me ha traído papel para escribir las palabras de madre.

Cuando no escribo, pienso en escribir.

Mis dedos morenos por el sol se ponen blancos de apretar el palo afilado que uso para escribir. El ambiente seco y caluroso cierra enseguida la herida de mi mano y la tengo que abrir una y otra vez para poder continuar. A veces una palabra se me traba y no consigo hacerla salir. Entonces dejo el palo en la mesa y sacudo la cabeza, como si pudiera conseguir que saliera por uno de mis oídos, aunque sé que es imposible.

Las palabras son extrañas. Parecen no existir hasta que las pongo sobre el papel. Las salvo. Las saco de mi cabeza, de allí donde podrían desaparecer si yo muriera por alguna razón, y las dejo escritas para que otras personas puedan leerlas y saber que alguien pensó alguna vez en ellas. Que son cosas que le sucedieron a madre y que ella me contó a mí.

Pero yo no las pierdo al escribirlas. Era algo que me dio miedo durante mucho tiempo, que una vez trasladadas al papel, el desierto las borrara de mi cabeza. Si hubiera tenido que elegir, no las habría escrito. Las palabras son lo único que me queda de madre. Sin ellas en la cabeza, me sentiría tan solo que comenzaría a caminar hasta caer rendido.

Por las noches, trato de concentrarme en la historia que escribiré al día siguiente. Madre me ayuda cuando no recuerdo bien. Al fin y

al cabo, nadie las recuerda mejor que ella. Shui me mira trabajar.

—¿No te interesa siquiera lo que hay escrito al otro lado?

—Me interesará cuando termine de escribir.

—¿Y si se te terminan antes las palabras que el papel?

—¿Cómo puede ser eso?

—Eso es lo que le pasó al mundo, Ionah. Demasiado papel y ya nada que escribir.

Me miro la herida de la mano. Se ha vuelto a cerrar, pero no tengo ganas de volverla a abrir.

46

四十六

Me levanto y voy a coger las trampas para lagartos, pero no las encuentro. Me pregunto si es posible que haya estado tan enfrascado en las palabras de madre que haya llegado a descuidar las trampas. Siento pánico por un momento, pero me obligo a pensar dónde estaba y qué hacía cuando las vi por última vez.

Shui me mira caminar de un sitio para otro, buscando.

—¿Qué buscas?

—Las trampas de lagartos.

—Ya las he puesto yo, Ionah.

Me doy la vuelta. Me siento confuso. No me gusta sentirme así. Miro a Shui y comienzo a caminar hacia las grandes rocas. Shui me sigue en silencio. No sé si ese silencio me gusta o me pone más nervioso.

Llegamos a las grandes rocas y saco las trampas. En dos de ellas hay un lagarto. Otra está vacía. Miro sus ojos negros y brillantes bajo el sol y sus lenguas colgando por un lado, con la punta partida en dos.

—¿Qué ocurre, Ionah?

—Las trampas. Están llenas.

—Bueno, ¿no se supone que es como deben estar?

Dejo las trampas en el suelo y le miro.

—Dime Shui, ¿no te dan pena los lagartos?

—¿Por qué deberían darme pena?

—No nos han hecho nada.

—Yo tampoco hice nada a nadie, pero igual me tendieron trampas. Pero no caí en ellas, fui más listo.

—No cazamos lagartos porque seamos más listos que ellos. Lo hacemos porque sin sus proteínas nuestros músculos se consumirían.

—¿Qué es lo que te molesta, Ionah? ¿Que yo haya puesto las

trampas? Siento si es así, no quería molestarte.

—No me molesta. Me sorprende que haya funcionado.

—¿Por qué?

—Madre me dijo que las trampas sólo funcionarían si no sentía pena por los lagartos.

Shui no dice nada, igual que hacía madre. Vuelvo a sentirme como un niño al que no le contestan las preguntas, pero ahora entiendo que es culpa mía, que no siempre sé hacer las preguntas adecuadas.

—¿Tú me atacarías, Shui?

—Claro que no, Ionah. Tú me salvaste.

—¿Me atacarías si creyeras que yo iba a atacarte?

—No.

—Pero tú eres uno de ellos. Ellos hacían eso. Madre me lo dijo.

—Y te dijo la verdad, Ionah. Pero yo soy libre, puedo elegir. Y yo elijo no atacar.

—¿Ni siquiera para defenderte?

Shui sacude la cabeza, igual que hago yo cuando se me atasca una palabra.

Quizá no todo sea tan fácil. Quizá no todas las preguntas adecuadas encuentren siempre respuestas adecuadas. Los dos permanecemos de pie, en silencio, bajo el sol. Shui levanta la cabeza y me mira. Por un momento vislumbro unos ojos de lagarto, porque me mira a los ojos pero siento que no me está mirando a mí, sino a algo que hay más allá, mucho más allá de las grandes dunas.

—Ionah, cuando ves una serpiente, sólo hay una forma de asegurarte de que no te va a atacar, y es atacar tú primero y matarla. Pero hay algo más, algo que nunca te cuentan. Y es que si la matas, nunca sabrás si ella te habría atacado o no.

No dice nada más. Se agacha y recoge las trampas para lagartos. Da la vuelta y comienza a caminar hacia el cobertizo. Yo le sigo un par de pasos por detrás.

47

四十七

Shui ya apenas habla. Creo que el desierto se ha comido sus palabras. Al principio él quería hablar todo el tiempo, creo que se sentía incómodo con el silencio, pero yo no podía. Había pasado demasiados años sin hablar y es difícil cambiar una rutina como ésa. Pero ahora sabe estar en silencio y escuchar todo lo que no tengo que decir, que es mucho. Apenas sé nada, sólo las palabras de madre, por eso es tan importante que las transcriba al papel.

Sentarse a escuchar a alguien que no tiene nada que decir, eso es el desierto. Shui comprende. Cuando habla, las palabras salen ásperas de su boca, como si estuvieran mezcladas con arena y le costara hacerlas salir por su garganta. Conozco esa sensación. Me dice:

—Hoy es mi cumpleaños, Ionah.

—¿Hoy?

—Hace cuarenta años que nací.

—Eso son muchos años.

—Me pregunto cuántas personas se acordarán de mí este día, cuántos me echarán de menos. Pero no es nada malo, ¿sabes? Durante muchos años, creí que jamás llegaría a cumplir cuarenta. Siempre pensé que me cazarían antes, como a tantos otros.

—Como a mi padre.

—Como a tu padre, sí. Pero ahora estoy aquí, en el desierto, contigo.

—¿Eso es malo?

Shui tampoco dice nada esta vez. Es el desierto quien nos ha enseñado a hablar así, con más silencios que palabras.

—Cuando yo era pequeño, al cumplir años, te hacían una tarta. ¿Sabes qué es una tarta?

—No.

—Es una... bueno, una comida muy rica, una que se hacía en

ocasiones especiales. Y ponían velas encima, tantas como años cumplías. Y tenías que soplarlas y pedir un deseo. Si lograbas apagarlas todas de un soplido, decían que el deseo se te concedía.

—¿Y qué deseo pedías tú?

—Era muy pequeño, no me acuerdo, supongo que pedía algún juguete o que me trajeran algún petardo grande, no lo sé.

—¿Y se cumplía el deseo?

—A veces sí.

—¿Esto es otro de esos cuentos que me cuentas para hacerme sentir mejor aunque sean mentira?

—No, Ionah. Lo que te estoy contando es verdad.

—Yo no puedo hacerte una tarta, Shui. Ni siquiera sé lo que es. Si tuviera algo, te lo daría.

—Me has dado algo que nadie ha podido darme nunca, Ionah. Me has dado perspectiva. Me has rescatado del desierto y me has dado todo el tiempo del mundo para pensar en lo que he hecho y en lo que quiero hacer. Créeme que es más de lo que tiene la mayoría. Me has hecho reducir mi vida a lo esencial. Ahora puedo conectar los puntos.

—¿Y eso para qué te sirve?

—¿Sabes que yo de pequeño era un niño obeso? ¿Sabes qué significa obeso, gordo?

—No.

—Comía más de lo que necesitaba para que... como dices tú... mis músculos no se consumieran. Mucho más. Comía tanto que la grasa se almacenaba en mi estómago, en mis muslos, en mis brazos, incluso en mis pies. Yo era mucho más grande. Era un niño enorme. Me movía lentamente, si corría un poco me costaba respirar, sudaba, en fin, todo eso.

—Ya.

—Mi madre me ponía a régimen. Me limitaba lo que podía comer, pero yo lo hacía a escondidas. En el colegio comía chocolatinas que sacaba de una máquina. Me inflaba a patatas fritas, me encantaban. Mi madre rezaba y rezaba para que yo perdiera peso, pero claro, yo no adelgazaba.

—Madre me explicó qué era rezar. Me dijo que muchos problemas vinieron por ahí.

—Mi madre decía que yo era incapaz de compartir la comida, y eso la ponía triste. Y mírame ahora, soy poco más que huesos y pellejo. Si ella pudiera verme ahora, estaría orgullosa.

—No lo entiendo.

—Déjame que te lo explique.

Shui me deja y se mete en el cobertizo. Sale en menos de un minuto.

—¿Qué día es tu cumpleaños, Ionah?

—No lo sé.

—¿No te lo dijo tu madre?

—No. Me enseñó a contar los días, pero no me dijo el día exacto en que nací, sólo el año. No debió de parecerle importante. O quizá pensó que sería un día triste.

—¿Por qué triste?

—No habría forma de que nadie me hiciera una tarta por mi cumpleaños.

—¿Te gustaría compartir el cumpleaños conmigo, Ionah?

—Vale. ¿Qué día es hoy?

—Veintisiete de marzo.

—De acuerdo. El veintisiete de marzo será nuestro cumpleaños.

Shui se mete la mano en el bolsillo y me tiende algo. Lo cojo. Es una esfera verde brillante recubierta con un plástico transparente anudado en los costados. Shui me enseña a desenvolverlo y me hace un gesto para que me lo meta en la boca. Sabe raro. Pegajoso. Extraño.

—Lo encontré en el fondo de mi mochila. Feliz cumpleaños, Ionah.

Y comienza a cantar una canción con palabras que no entiendo. Pero no importa, es hermoso. Hacía muchos años que no oía cantar, y Shui tiene mucha mejor voz que madre. Y todo está bien por un momento. Porque mi boca sabe a este nuevo sabor que Shui me ha dado. Y porque por primera vez en mi vida, es mi cumpleaños.

48

四十八

—Date prisa, madre. La herida se me cierra.
—Necesito un momento para recordar.
—De acuerdo.
—¿Sabes lo que es un piano, Ionah?
—Sí. Tú me lo contaste.
—Pero no sabes cómo suena.
—No puedo saberlo.
—Yo cursé la carrera de solfeo. Diez años tocando el piano. Cada grado que subía, debía practicar una hora más cada día, lo que significa que en mi último año tocaba el piano diez horas diarias. Mis dedos se habían vuelto tan ágiles que podía tocar con los ojos cerrados. Mi madre, tu abuela, estaba muy orgullosa. Cada vez que teníamos una visita en casa me hacía tocar para ellos, incluso cuando ya era tan mayor que me avergonzaba hacerlo. Me sentía a veces como un jarrón, algo que exhibir ante los demás. Mi madre sabía que yo lo odiaba, pero continuaba haciéndolo.

»Llegué a odiarlo tanto que cuando me fui de casa no volví a tocarlo.

»Luego las cosas cambiaron, ya lo sabes. No fue de la noche a la mañana, pero a todos nos llegó de improviso. No estábamos preparados. Dudo que si hubiéramos sabido con exactitud lo que nos esperaba nos hubiéramos podido preparar. El tiempo pasó. Conocí a tu padre y quedé embarazada de ti. Huimos y nos escondimos en distintos lugares, como si fuéramos ratas. Tu padre tuvo que marcharse durante un tiempo y yo me refugié en la última planta de un edificio en ruinas. Todos los muebles estaban desvencijados o rotos. Guardaba unas cuantas latas con comida y botellas con agua en un rincón. Tenía siempre las persianas bajadas y dormía en un viejo colchón en el suelo, como ahora. Pero en ese piso había algo que no me esperaba. La vida siempre te da algo que

no te esperas. En ese piso había un piano.

»Era un piano de pared viejo y descascarillado. Y nada más verlo sentí ganas de tocarlo, de retomar todas esas partituras que había guardado durante muchos años en mi cabeza. No podía tocar porque sabía que me descubrirían, que me llevarían lejos de tu padre y acaso me separarían de ti. Era demasiado peligroso, pero al mismo tiempo demasiado tentador.

»Pasé seis semanas mirando ese piano. Un día hubo una revuelta en las calles. Los grupos de resistencia se enfrentaban contra las fuerzas armadas y los disparos y las explosiones de las granadas resonaban contra las paredes del edificio. Yo los miraba correr por las calles a través de las persianas. Ahora pienso que fue muy arriesgado, pero en ese momento tenía tantas ganas de hacerlo que no sopesé bien los peligros. Abrí la tapa del piano y comencé a tocar la canción en la que llevaba pensando más de una semana, la canción que tocaría si se presentaba la oportunidad.

»Pero el piano no sonó. El sonido de mis dedos contra las teclas fue lo único que conseguí arrancarle. Lo abrí y vi que las cuerdas estaban cortadas. En esas semanas no se me ocurrió pensar que el piano podría no funcionar, porque el de casa, el que tanto llegué a odiar, siempre había funcionado. Y entonces comprendí que quizá ya no habría nadie que fabricase o reparase pianos, y que lo más probable era que nunca más pudiera tocar uno. Había pasado años negándome a tocar incluso para mí misma, con lo que me gustaba cuando empecé, y ahora que quería, ya no me era posible. Había perdido incluso eso. Y no sólo yo. Lo habíamos perdido todos.

»Fue la primera vez que pensé que la situación quizá no fuese recuperable. Un sentimiento que en cierta forma nunca me abandonó. Tu padre no opinaba igual, él era optimista, y ésa era una de las razones por las que yo le quería. Pero claro, para él era fácil.

»Él nunca supo tocar el piano.

49

四十九

—¿Puedo hacerte una pregunta, Shui?

—Claro.

—¿Sabes qué es un piano?

—Sí, lo sé.

—¿Sabes tocarlo?

—Sólo unas pocas notas, no una pieza entera.

—Su sonido...

—¿Sí?

—¿Cómo es?

—Es difícil de describir.

—¿Podrías intentarlo?

—No lo sé. ¿Cuál es tu sonido favorito en el desierto, Ionah?

Pienso en los sonidos. Sé que no son lo mismo que la música, pero pienso en ellos. Finalmente, hablo:

—El rumor que se extiende por el desierto cuando la arena se calienta por el sol.

—Ya...

Shui se queda pensativo y comienza a caminar. Mira hacia los lados y parece que busca algo, aunque tenemos tan pocas cosas que es difícil que se desordenen. Se queda mirando el pozo unos segundos y levanta la cabeza hacia las hojas de las palmeras.

Coge unos dátiles y los alinea en las lajas de piedra del borde del pozo. Al lado de los dátiles pone dos piedras de las que usamos para fijar el plástico del huerto cuando llegan las tormentas de arena. No sé por qué lo hace, pero estoy intrigado. Tengo pocas oportunidades de aprender cosas nuevas.

—Imagina que cada uno de estos dátiles es una tecla del piano, Ionah. Imagina que hay muchos dátiles. Ven, acércate.

Me acerco hasta Shui al borde del pozo.

—Cada dátil es una nota, cuando pulsas una tecla, la nota suena.

—Pero ¿cómo suena?

—Un piano tiene cientos de piezas. Cientos. Cuando pulsas un dátil, una tecla, ésta acciona un martillo que golpea una cuerda muy fina, que según cómo esté tensada, suena de una forma u otra. ¿Sabes lo que es una caja de resonancia?

—No.

—¿Sabes lo que es el eco?

—Sí.

—De acuerdo.

Shui coge el dátil. Lo eleva en lo alto y lo deja caer en la palma de mi mano.

—¿Has oído cómo suena? Déjame que lo repita.

Vuelve a dejarlo caer. Escucho el sonido. Un pequeño «plaf».

—¿Así suena un piano? ¿Un «plaf»?

—No, Ionah. Ese «plaf» es el martillo que se acciona cuando pulsas una tecla. Acércate al pozo.

Me inclino en el pozo con Shui. Coge un dátil en lo alto.

—Imagina ahora que el agua de abajo es la cuerda que golpea el martillo y que el pozo es la caja de resonancia, la que produce el eco.

Deja caer un dátil. Suena como un «plaf» sobre el agua, pero el sonido es distinto del de mi mano. Llega hasta nosotros repetido por las lajas de piedra. No es un sonido hermoso, pero sí interesante.

—Eso sería una nota. Ahora, un dátil más grande sería otra nota más grave.

—¿Grave?

—Más profundo. Déjame enseñarte.

Coge una piedra y la deja caer al agua. El sonido es distinto, mucho más fuerte que el dátil.

—Ésa sería otra nota. Imagina que tenemos una línea de dátiles y piedras. A la izquierda, huesos de dátiles. Según avanzamos hacia la derecha dátiles más grandes y más grandes, hasta que llegado un momento, tenemos piedras. Los dátiles más pequeños harán menos ruido, los dátiles más grandes harán más ruido, y las piedras harán mucho más ruido. Ahora trata de imaginar que lanzándolos al agua en determinado orden, los ruidos se unieran para crear un sonido nuevo.

—No entiendo.

Shui tira dos dátiles al agua, espera un momento, tira dos más, espera otro momento y tira otro más. Un momento después, tira la piedra. Meto la cabeza en el pozo para escuchar el sonido que sube mezclado. El eco de uno con el eco de otro y, al final, el eco grande

de la piedra.

No me gusta tirar cosas al pozo. Es nuestro pozo, de donde sacamos el agua. No sé qué les pasará a esos dátiles en el fondo, y eso me pone nervioso. Pero el sonido de esos ecos combinados se queda en mi cabeza por un instante. Trato de fijarlo allí como un recuerdo, como las palabras de madre.

—¿Es así como suena un piano?

—No, Ionah. Es un ejemplo horrible. Un piano es algo hermoso de escuchar, muy hermoso. Comparado, esto no es más que ruido.

—No está mal, pero no podemos tirar más cosas al pozo.

—Lo sé, Ionah. Perdona. No tiraré nada más.

No termino de comprender, pero es extraño el sonido de los dátiles y las piedras cayendo en el agua. Nunca lo había pensado. Quizá porque nunca pensé en tirar nada al pozo.

Shui no habla durante el resto del día. Se sienta al pie de la palmera y menea la cabeza. Comienzo a conocerle y sé que no está contento. Esa misma noche, mientras comemos dátiles y frutas del huerto, decido hablarle.

—Shui, ¿crees que alguna vez se volverá a fabricar un piano?

Levanta la vista y me mira un momento, extrañado.

—Me gusta pensar que sí.

No sé de dónde me sale la sonrisa, pero sonrío.

—Eres optimista, Shui. Como mi padre.

—Lo siento, Ionah. Me has dado mucho y me hubiera gustado enseñarte cómo suena un piano, pero debes comprender que el piano es quizá el instrumento más complejo que se ha creado. Tiene cientos de piezas perfectamente calibradas. Hubiese sido más fácil si me hubieras preguntado por, no sé... una flauta.

—¿Qué es una flauta?

—Un palo hueco con agujeros. Soplas por un lado y según los agujeros que tapes, suena de una forma u otra.

—¿Y sabrías explicarme cómo suena una flauta?

—Bueno, suena más o menos así.

Entonces Shui hace algo que no me espero. Junta los labios, infla los carrillos y comienza a soplar. Pero de su boca no sale sólo aire, sino también un sonido que nunca había oído, a veces más fino y a veces más grueso, no sé cómo describirlo.

Es lo más hermoso que he oído nunca.

—¿Qué es eso?

Shui deja de soplar.

—¿No sabes silbar?

—¿Silbar?

Entonces Shui sonríe y ya no parece triste.
—Quizá sí haya algo que yo te pueda enseñar, Ionah.

50

五十

No lo consigo. Soplo y soplo, pero no sale ningún sonido que alguna vez no haya salido. Soplo mientras saco agua del pozo o recolecto dátiles de la palmera. Junto los labios como Shui me ha dicho, con cuidado de que la lengua no tape la salida del aire de mi garganta. Soplo mientras pongo las trampas de los lagartos y mientras los recojo. Soplo mientras los destripo y les arranco la piel. Soplo mientras se asan al fuego.

Pero no sale. No sale nada.

Le digo a Shui que lo vuelva a hacer, porque llevo tanto tiempo soplando que me da por pensar que es un truco, que Shui nunca ha tenido un instrumento de música en su garganta, que se lo ha inventado. Madre me contó que había hombres que hacían cosas que parecían verdad, pero que no lo eran. Los llamaba magos. Me dijo que incluso había algunos que podían cortar a un hombre por la mitad, igual que yo corto un lagarto, pero sin que muriera de verdad. Luego lo volvían a unir como si no hubiera pasado nada. Pero era un truco. Si eso era verdad, y las palabras de madre son verdad, hacer que salga música de donde no hay un instrumento puede que no sea tan difícil. Quizá Shui sea un mago. Quizá me esté engañando.

—Silba, Shui.

Y Shui silba. Y la música sale. No lo comprendo.

—Debes ser paciente, Ionah.

—Lo intento, madre, lo intento.

—Pero ya no escribes.

—Me cuesta recordar las palabras mientras soplo.

—Las palabras son importantes. Son tuyas.

—Lo sé, madre. Es sólo que ahora tengo mi cabeza en otra cosa.

—¿Y si no consiguieras silbar nunca? ¿Dejarías de escribir las palabras?

—No. Eso nunca. Pero ahora comprendo que no me contaras cómo eran las cosas antes de cambiar durante tantos años, que mantuvieses el secreto.

—Lo hacía por tu bien.

—Ahora lo sé.

—¿Por qué lo sabes ahora?

—Porque ahora deseo tanto poder silbar que no puedo pensar en otra cosa.

Y soplo. Y vuelvo a soplar. Pero no sale más que aire.

51

五十一

Miro a Shui mientras duerme. Yo no puedo. Los dos estamos juntos en el raído colchón, pero él tiene los ojos cerrados y yo abiertos. Porque él y yo no somos iguales.

Él tiene los ojos rasgados y es bajito. Yo tengo los ojos ovalados y mido un palmo más. Él es de un lugar llamado China y yo nací en este desierto, encima de mil millones de granos de arena y unas cuantas rocas. Pero sobre todo nos diferenciamos porque él puede silbar y yo no.

Siento deseos de abrir su garganta con mi cuchillo y buscar con mis dedos ese instrumento del que me ha hablado.

—No lo hagas, Ionah.

—¿Por qué, madre?

—Si lo haces, Shui morirá, y si él muere no tendrás a nadie con quien hablar.

—Aún te tendré a ti.

—No es lo mismo.

—¿En qué se diferencia?

—Shui está vivo.

—Podías habérmelo contado, madre.

—No tuve tiempo de contarte todo. Había que elegir qué era lo importante.

—¿Y eso no te pareció importante?

—Menos que otras cosas que sí te conté.

—¿Es por esto que dijiste que debía desconfiar de Shui?

—No, Ionah, yo me refería a otra cosa.

—¿A qué?

—A que pudiera hacerte daño.

—El que él pueda silbar y yo no, me hace daño.

—Shui cree estar haciéndote un favor.

—¿Y si no aprendo a silbar nunca, madre? ¿Y si me quedo con

este sentimiento para siempre?

—Entonces comprenderás otra de las razones por las que todo cambió.

—¿Cuál?

—La envidia.

—Voy a abrirle, madre.

—De acuerdo.

—¿No vas a hacer nada?

—No hay mucho que yo pueda hacer.

Sacudo de mi cabeza las palabras de madre y empuño el cuchillo. Lo acerco a la garganta de Shui. Lo apoyo en su piel. Abre los ojos y se me queda mirando, pero no dice nada.

Tan sólo silba.

Y entonces comprendo que no lo haré, porque si no aprendo a silbar nunca y Shui muere, perderé ese maravilloso sonido para siempre. Comienzo a temblar. Shui deja de silbar y me mira.

—Lo conseguirás, Ionah.

—¿Y si no puedo, Shui?

—Si no lo consigues, silbaré para ti siempre que quieras.

—Pero no es lo mismo. Quiero saber qué se siente teniendo un instrumento de música en mi garganta.

—Ya lo tienes, Ionah. Siempre lo has tenido. Comenzarás a silbar en el momento en que dejes de desearlo con tanta fuerza.

—¿Y eso por qué?

—Porque el silbido es algo suave, que sale por sí mismo, no se puede forzar.

Shui se calla, pero no como si hubiera dejado de hablar, sino como si hubiera perdido la voz de repente. Yo no digo nada, claro. Yo nunca digo nada. Entonces habla para sí, una sola frase. Le pregunto qué ha dicho.

—Nada, Ionah, nada. Una tontería.

Le he escuchado, pero quería oírselo decir a él. Ha dicho: «Como el amor».

A mí no me parece una tontería. De hecho, me parece mucho más importante que aprender a silbar.

52

五十二

—Mi abuelo comerciaba con esto.

Shui sostiene en la palma de la mano el montón de las piedrecitas doradas que madre encontró en las altas rocas cuando ponía trampas para lagartos. El sol les arranca destellos que parecen reflejarse en los ojos de Shui igual que en los de madre. Las pasa de una mano a la otra cuidando de que no se caiga ninguna.

—Cuando era pequeño le veía pesar piedras como éstas, mucho más pequeñas, ínfimas, en una balanza que tenía sobre su escritorio. Tenía un cuaderno de piel muy grande donde anotaba el peso en cifras diminutas en su cuadro correspondiente. Yo siempre quería tocarlo, pero él nunca me dejaba. Decía que no era nuestro. Y lo guardaba en una bolsa a la que ponía una etiqueta.

—Madre siempre se negó a tirarlas.

—Porque sabía lo que valían.

—No valen para nada. Son sólo piedras.

—Son piedras raras, Ionah. La gente las usaba para hacer pulseras, anillos y collares. Pagaban mucho por ellas. Con lo que hay aquí podrías comprar comida durante toda una vida.

—Pero no hay nadie a quien podamos comprársela.

—Lo sé. Es una pena.

—A mí no me da pena.

—¿Sabes qué? A mí tampoco.

Shui se levanta y comienza a caminar hacia las altas dunas. Yo le sigo. Hace demasiado calor para caminar, pero eso no parece importarle. Cuando quiere hacer algo, nada parece importarle. Llegamos a las dunas y abre la palma de la mano. Las piedras brillan bajo el sol.

—¿Qué vas a hacer?

—Mi abuelo se moriría de nuevo si me viera hacer esto.

Coge una de las piedras, la guarda en la palma de su mano

derecha, echa el brazo hacia atrás y la lanza lo más lejos que puede. Brilla en el cielo un momento antes de caer y perderse en la arena.

Shui da un grito y puedo ver las venas hinchadas de su cuello. Me río porque me parece gracioso, aunque no creo que a su abuelo le hubiera hecho tanta gracia.

Me pone una piedra en la mano.

—¡Lánzala, Ionah!

La lanzo y grito igual que él. Me río. Me hace sentir bien.

—¡Muy bien, Ionah! ¡Muy bien!

Coge otra y la lanza. Vuelve a gritar. Veo el sudor en su frente y sé que no deberíamos pasar mucho tiempo bajo el sol, pero por un momento no me importa. Me da otra piedra y las lanzamos juntos, una tras otra, grito tras grito. Imagino que son aviones surcando el cielo antes de caer.

Como el de Shui. Como el de madre.

—¡Dame otra, dame!

Shui ríe conmigo. Creo que nunca me había sentido así. No sé bien qué pensar ni qué hacer. Lanza otra piedra y su reflejo desaparece para siempre.

Voy a lanzar la mía, pero Shui me agarra del brazo y me hace girar. Me encara con él y me asusto por un momento. No sé qué está pasando.

—¡Ahora silba, Ionah!

—¿Qué?

—¡Silba!

Junto los labios y soplo, y de ellos sale un sonido. Es débil, pero está ahí. Yo lo oigo y Shui también. Me sonríe.

—Has silbado, Ionah.

Es cierto. He silbado. He sentido el sonido salir por mi garganta hasta mis labios, acariciándolos. Si un piano es mejor que esto, no me lo puedo ni imaginar.

—He silbado.

—Lo has hecho.

—¿Ha sido por lanzar las piedras?

—No. Sí. Bueno, no lo sé.

Y se ríe. Yo también me río. Miro la última piedra en mi mano. Voy a lanzarla, pero Shui me detiene otra vez.

—No. Ésta guárdala.

Pero no lo hago. Abro la palma de Shui y pongo la piedra en ella. Shui me mira y no comprende.

—Es para ti. Por enseñarme a silbar.

Volvemos juntos al cobertizo bajo el ardiente sol del mediodía.

53

五十三

Silbo mientras escribo las palabras de madre. No es una melodía, sino un conjunto desordenado de notas que mi boca es capaz de emitir mientras pienso en otras cosas. No tiene mucho sentido, pero Shui dice que mejoraré. Ahora ya no me cuesta creerle.

Miro las páginas que ya he escrito con mi sangre. Miro la letra apretada, los trazos que madre me enseñó. No están mal para un niño que aprendió a escribir sobre la arena.

Shui me mira trabajar durante las largas horas. Se sienta a la sombra de la palmera y me observa sin decir nada. Me gusta que lo haga. Siento que me vigila, que me protege.

Asa los lagartos al fuego y me tiende uno para que coma.

—Con el tiempo uno llega a acostumbrarse.

—¿A qué?

—A esta carne gelatinosa. Ya casi no me acuerdo del sabor de la auténtica carne. O del arroz. O de las especias.

—¿Las echas de menos?

—No. Y eso es lo que me preocupa, que podamos de verdad reducir todo a lo esencial, a lo verdaderamente imprescindible, y sobrevivir.

—Ése es el objetivo, ¿no? Obtener lo necesario para sobrevivir.

—Sí, Ionah. Pero el objetivo no debe ser la mera supervivencia. El ser humano siempre ha luchado por progresar.

—¿Qué es progresar?

—Es una de las cosas que nos diferencian de los animales. Ellos se adaptan. Nosotros progresamos.

—¿Te refieres a que cambiamos todo para no tener que cambiar nosotros?

—En cierto modo.

—¿Y crees que eso es bueno?

—Lo sería si supiéramos cuándo detenernos.

—Pero nunca ha sido así. Madre me lo dijo. El hombre sigue y sigue hasta que no queda nada.

—Pero eso forma parte de nuestra naturaleza. ¿Qué harías tú si te pudiera dar más papel? Mucho más papel.

—Pero no puedes.

—Lo sé, pero trata de imaginar que sí puedo.

—Seguiría escribiendo las historias de madre. Las escribiría todas.

—De acuerdo. Pero imagina que ya las hubieras escrito todas y aún te quedara papel.

—Madre me contó muchas historias, Shui.

—Imagina una montaña de papel, un desierto de papel, sólo para ti.

—No sé qué haría.

—Piensa, Ionah.

Pienso. Me vienen palabras como susurros en el viento. Sacudo la cabeza. Shui trata de llevarme a alguna parte, pero no sé adónde. Madre también lo hacía, dejar que yo diese siempre el último paso en vez de decirlo ella todo. Antes me fastidiaba, pero ahora lo echo de menos.

—Comenzaría a escribir las mías.

Y Shui pone una mano en mi hombro y mastica su lagarto. Sonríe.

—¿Ves, Ionah? Eso es progreso.

—¿Y cómo sabría cuándo dejar de escribir? Es decir, si el papel nunca se acabara.

—El papel nunca se acaba, Ionah.

—Ni siquiera el desierto es infinito.

—Encontramos la forma de crear papel infinito hace mucho tiempo. Es difícil de explicar, pero lo conseguimos.

Trato de entender lo que eso supone, la posibilidad de no dejar de escribir nunca, pero contando mis propias historias. Y cuando ésas se acabasen, historias que no le han pasado aún a nadie, historias que no son verdad. Cuentos. Poder escribir siempre en esa montaña de papel que nunca se acaba.

—No lo entiendo Shui. ¿El progreso es tener más historias o más papel?

54

五十四

Sé que tenía que llegar, pero cuando sucede no estoy preparado. Durante un momento me siento huérfano de nuevo, perdiendo en un instante algo que me es tan necesario como las propias palabras de madre.

Cuando termino de escribir la historia en el borde inferior y me dispongo a preparar la siguiente página, descubro que es la última.

Durante un segundo siento que me tragan las arenas del desierto. Y me pregunto cómo he podido no darme cuenta, si estaba tan centrado en escribir las palabras como para pasar por alto algo tan crucial. Y si es así, qué otras cosas puedo haber pasado por alto. Qué he sacrificado para poner estas palabras por escrito.

—Sólo queda una página, madre.

—Eso parece, Ionah.

—¿Qué historia debo escribir ahora? Dime la más importante.

—No, Ionah. Ya no tienes que escribir más.

—Pero aún queda una hoja, madre.

—Esa hoja debe quedarse en blanco. Es importante.

—No comprendo. Dejar de escribir una página es como desperdiciar agua. Es algo que no nos podemos permitir.

—Debes comprender que la historia más importante siempre es la que no escribes. La que está por venir.

—Pero ya no puedes contarme historias nuevas.

—Tú eres la historia que está por venir, Ionah.

—¿Esa página es para mí?

—Exacto.

Acaricio la página y la vuelvo a ver como el primer día, como algo raro y escaso. Miro sus valles y sus dunas diminutas, sus esquinas chafadas por todo el camino que ha tenido que recorrer hasta mis manos. Mis dedos lo sienten como yo siento a Shui, lo más parecido que he tenido nunca a un amigo.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Tú ya lo sabes, Ionah.

—Si lo supiera no te lo preguntaría.

—Si no lo supieras, yo no podría contestarte.

Shui saca agua del pozo y la vierte en uno de los odres que deja en el cobertizo. Me acerco hasta él y le tiendo el fajo de papeles. Shui no los coge. Me pregunta:

—¿Has acabado?

—Sí.

—¿Estás satisfecho?

—Lo estoy. Me gustaría que leyeras las palabras de madre.

—Y a mí que leyeras los documentos.

—¿Por qué? No tienen nada que ver conmigo.

—En eso te equivocas.

Shui coge los papeles y los mira por ambos lados. Los levanta al sol y entorna los ojos. La tinta de sus palabras se funde con la sangre de las mías. Shui sonríe una vez más.

—¿Puedes ver ahora cómo nuestros destinos están unidos, Ionah?

55

五十五

Las palabras de Shui parecen garabatos. No tienen nada que ver con las que me enseñó madre en la arena. Parecen trazos sin sentido, líneas que se cruzan unas con otras sin orden ni concierto. Me gusta observarlas y tratar de entender qué quieren decir. Shui me ha explicado que sus letras no son iguales a las mías, que ellos usan caracteres. Me parece algo extraño y misterioso que puedan escribirse palabras que otros no puedan entender. Me pregunto si ésa es una de las razones por las que el mundo no consiguió ponerse de acuerdo antes de que todo cambiara. Shui dice que llevan haciéndolo así desde hace tres mil años. Una vez, recién muerta madre, traté de contar todas las estrellas del cielo, pero no llegué a más de mil doscientas antes de quedarme dormido. Me mareo de pensar que los chinos han estado usando palabras desde hace más años que estrellas he podido contar en el cielo, y me pregunto si no se les habrán acabado ya las historias que contar.

—¿Cómo escribirías «uno» si no pudieras usar tus letras ni tus números, Ionah?

Me quedo pensando. Cojo un palo y escribo una línea en la arena.

—Así es como nosotros lo escribimos, Ionah.

—¿Así?

—Bueno, nuestra línea es horizontal, no vertical. Y comenzamos a escribir el trazo por la izquierda.

—¿Por qué?

—Así es como me lo enseñó mi madre.

Comprendo a Shui. Comprendo que las palabras de su madre sean importantes para él.

—¿Y cómo escribirías «dos», Ionah?

Cojo el palo y escribo otra línea encima. Cuido de hacerlo de izquierda a derecha, aunque sepa que el resultado es el mismo.

—Eso es, Ionah. Los chinos tratamos de que las palabras se parezcan a lo que representan, ¿comprendes?

—Creo que sí. Pero eso no es escribir, es dibujar.

Shui se ríe. Yo también lo hago, porque lo paso bien con él mientras aprendo a escribir palabras chinas.

—En cierta forma tienes razón, pero tratamos de simplificarlo porque no todo el mundo dibuja igual de bien, y habría gente que no entendería tus dibujos, o los míos.

Dice «gente» de pasada, pero a mí es una palabra que me impresiona. Gente implica muchas personas, quizá tantas como haya en el mundo. Para mí imaginar «gente» es incluso más complicado que imaginar la lluvia, porque aunque unos se componen de gotas de agua y otros de personas, ahora sé que no todas las personas son iguales.

—Para escribir «tres» haríamos lo mismo, poner otro trazo encima, pero cuidando que el trazo del medio sea más corto que los de los extremos.

Miro a Shui escribir «tres» en la arena y es algo que tiene sentido.

—Entonces, ¿«cuatro» se escribe poniendo otra línea encima?

—No, Ionah. «Cuatro» se escribe así.

Y escribe una caja con dos trazos redondeados en su interior. Sabía que no podríamos haber seguido siempre apilando líneas encima de otras.

Shui dice que ese número trae mala suerte porque su pronunciación se parece mucho a la de la palabra «muerte».

—También pasa con el siete. Esto es difícil que lo comprendas, Ionah. Yo aún no lo comprendo del todo.

—Pero… ¿qué significa «suerte»?

Shui no sabe bien qué contestar. Baja la cabeza y sonríe al tiempo que sacude la cabeza.

—Suerte es lo que yo tuve cuando te encontré, Ionah.

Continúa explicándome el significado de las palabras hasta la noche, cuando las altas dunas se tragan el sol y ya no queda luz para ver qué escribe en la arena.

Nos acostamos en el colchón relleno de arena. Shui habla en la oscuridad.

—Mañana comenzaré a leerte el manuscrito.

—¿Ya no quedan letras chinas para que me cuentes?

—Claro que sí, Ionah. Pero el desierto es infinito, y me temo que tú y yo no.

56

五十六

Shui pasa horas descifrando para mí las palabras de su documento. Apenas puedo entender nada y tiene que detenerse constantemente para explicarme el significado de una palabra y después se ve obligado a explicarme algunas de las palabras con las que me lo ha explicado.

No nos movemos de la sombra debajo de la palmera, pero resulta agotador. Puedo ver las arrugas de su frente perladas de sudor y su impotencia para explicarme algunos términos. Sé que trata de abrirme su mundo con esas palabras, pero es un mundo desconocido para mí y yo también sufro al no poder entenderlo.

—Madre sabía que pasaría esto.

—Pero al final te contó sus historias.

—Porque se moría. No iba a tener otra oportunidad.

—¿Y cuántas oportunidades crees que tendré yo?

No sé qué contestar. No puedo saberlo, así que no digo nada.

—Sé que es difícil, Ionah, pero es importante.

—No comprendo por qué lo es.

—¿Entiendes que las palabras de tu madre son importantes para ti?

—Claro.

—Pues estas palabras serán importantes para mucha gente, porque contienen información valiosa. Basándose en esta información, mi pueblo actuará.

—¿De dónde han salido esas palabras?

—Las robamos.

—¿Las robaste tú?

—No. Yo sólo las transporto de un sitio a otro. Soy un correo. Es lo que hago.

—Pero yo no las comprendo, como tampoco comprendo casi nada de cómo es el mundo, ni el de ahora ni el de antes de cambiar.

—Lo sé, Ionah. Por eso eres tan importante para mí. Puede que seas la última persona inocente que quede en este mundo.

Lo dejamos por ese día. Recogemos dátiles, ponemos las trampas para los lagartos y recogemos agua del pozo. Cuando nos acostamos por la noche sus últimas palabras continúan dándome vueltas en la cabeza.

A la mañana siguiente vuelve a insistir y pasamos agotadoras horas sentados de nuevo a la sombra, con su manuscrito en la mano y mis palabras en el reverso. Trata de explicarme lo que es una ojiva, y tras un buen rato descubro que tiene algo que ver con las gigantescas y destructoras tormentas del desierto de las que me habló madre. Me habla de su posición en los mapas. En los mapas que nunca he visto. Me habla de ondas de expansión, de tiempo de recuperación y de índices de contaminación radioactiva.

Me cuenta que a veces es mejor morir que sobrevivir. Puedo entender eso. Al fin y al cabo, yo he estado ahí.

—¿Sabes cuál es la media de supervivencia de un correo, Ionah?

Le digo que no le comprendo.

—Cuántas misiones lleva a cabo un correo de media antes de morir.

Asiento.

—Cuatro. Cuatro misiones. ¿Sabes cuántas misiones he llevado yo a cabo, Ionah?

No digo nada.

—Once. Esta de ahora, trasladar estos documentos, sería la doce.

—Parecen muchas.

—Lo son. ¿Sabes cuál es la causa de muerte más usual entre los correos?

—No puedo saberlo.

—Suicidio. ¿Sabes lo que es?

—Sí. Es como adentrarse en el desierto sin agua, sabiendo que vas a morir.

—Exacto, Ionah. Pero no todo el mundo tiene un desierto que caminar. Muchos buscan formas más efectivas de hacerlo. Para nosotros el suicidio no es un fracaso, sino una forma de protesta silenciosa.

Shui comienza a tener dificultades para respirar. Abre la boca como si le faltara el aire y ha comenzado a sudar más profusamente. Hago como si no lo viera, porque creo que es lo que Shui haría.

—¿Sabes por qué son tan importantes estas palabras, Ionah? Porque estas palabras cuentan la verdad sobre el incidente de

Tianjín. Lo que nunca nos dijeron. Y después de aquello hemos hecho tantas cosas y hemos llegado tan lejos, que ya no sé si vamos a saber volver atrás.

—A como era todo antes de cambiar.

—Exacto, Ionah. Una vez me dijiste que yo encontraría la forma de volver porque tenía algo más poderoso que el miedo. ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo.

—¿Qué sabes del amor, Ionah?

—Sé que es algo que existe pero que no podemos tocar, como el miedo o el hambre.

—El amor es una fuerza, Ionah, pero no es la fuerza más poderosa. Si lo fuera, quizá todo habría sido diferente.

—¿Cuál es la fuerza más poderosa, entonces?

—El miedo. Tú decides a quién amar, pero no de quién o de qué tienes miedo. ¿Sabes? Sólo había un correo con más misiones que yo en activo. Fue el que me entregó estos papeles.

—¿Qué le pasó?

—No nos podíamos ver mucho, apenas nada. Sólo unos pocos días cuando enlazábamos nuestras misiones, cuando ella me entregaba los papeles que yo debía entregar a otro correo. Parecía poco, pero tenía que bastarme. Debía bastarme porque otros muchos no tenían ni siquiera eso. Otros muchos, la mayoría, no tenían nada. Lo habían perdido todo. Yo la quería.

Shui ya no puede hablar. Se le quiebra la voz y pasa unos minutos en silencio, dejando que su nuez suba y baje. Yo pienso en lo que me ha dicho, que es mucho más comprensible que los papeles que me ha leído. Le dejo tranquilo y no digo nada por ahora. Sé que tendré que preguntar aunque ya sé la respuesta. Preguntaré porque Shui necesita contestarla.

—¿Qué pasó con el correo, Shui?

Shui me mira y sonríe, pero no como suele sonreír. Sonríe como si llorara por dentro.

—Se suicidó cuando leyó estos papeles. Cuando comprendió que ya no podría volver atrás.

—¿Es por eso que tienes miedo de entregar estos papeles?

—Exacto, Ionah. Tengo miedo de llevar toda la vida aferrándome a algo equivocado.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya he hecho todo lo que podía.

—¿El qué?

—¿No te acuerdas? Te los di a ti.

57

五十七

Shui lee las historias de madre. Al principio me sentía raro al respecto, aunque madre me dijera que debía dejárselas leer. Era compartir algo mío, algo que ya no se podrá repetir. No me importa compartir los dátiles o el agua del pozo, pero esas historias me producen tristeza, como si las perdiera en cierto modo. Sé que no es así, pero no puedo remediarlo. Al fin y al cabo, las historias, como los cuentos, se han escrito para leerse.

Cuando termina de leer, me dice que le gustaría ver la tumba de madre. Yo le explico que es imposible, que el cuerpo de madre viaja por el desierto eterno, que es el trato que hizo por dejar a su hijo atrás.

—¿Dónde la enterraste?

—Detrás de las altas rocas.

—¿Donde los lagartos?

—Sí.

No sé por qué, pero Shui se sube a lo alto de la palmera y arranca una hoja puntiaguda. Caminamos hasta las altas rocas a pesar de que no tenemos que recoger trampas de lagartos. Le indico a Shui el lugar donde enterré a madre hace ya muchos años. Los dos nos quedamos mirándolo en silencio.

Shui pone la hoja de palmera sobre la arena. Dice:

—Me hubiera gustado ponerle flores.

—¿Eso hacíais?

—Sí.

—Eso me gusta. Ella vivió debajo de esa palmera.

—Tú también. Y ahora yo.

—Nosotros aún no estamos muertos.

—Aún.

— Pero tú no conociste a madre.

—No, pero conozco sus historias. Las historias que tú has escrito,

que es todo lo que se va a poder conocer de ella a partir de ahora.

Sus palabras me ponen triste, porque expresan en voz alta lo que pienso, que madre se fue y ahora sólo quedan de ella sus palabras en el papel. Han pasado años, pero es un sentimiento que no se va, como un hambre que no desaparece.

—¿No las escribiste para eso, Ionah? ¿Para que pudiéramos conocer a tu madre?

—¿Pudiéramos? ¿Quiénes?

—No puedo saberlo. Por ahora yo.

—¿Tu madre murió, Shui? ¿Pusiste flores en su tumba?

Ahora son mis palabras las que ponen triste a Shui. No me gusta verle así y me arrepiento de haberlas dicho.

—Mi madre desapareció, como tantos otros.

—¿No sabes si está muerta?

—Sé que lo está. Pero no tengo siquiera una tumba para ponerle flores.

—No te preocupes, podemos compartirla. Como nuestro cumpleaños.

—Gracias, Ionah.

Volvemos al cobertizo. Los dos parecemos tristes, pero creo que estamos más alegres que antes. O quizá no. No sé cómo explicarlo, pero a veces puedes estar mejor sin estar alegre. Me gusta estar mejor. Creo que a Shui también.

Justo cuando el sol se pone, cuando apenas queda luz para ver los contornos de su cara, me acerco y le pregunto.

—¿Qué pasó con aquel niño?

Shui parece confundido.

—¿Qué niño?

—El niño del cuento que te leía tu madre. El que cayó del cielo en el desierto, igual que tú.

—¿Te refieres al final del cuento?

—Sí.

Shui permanece un rato callado, recordando el cuento. Tras su silencio, lo que dice me confunde.

—No está claro.

—¿Cómo que no está claro?

—Al principio parece que muere, pero a la mañana siguiente no encuentran su cuerpo.

—Quizá lo enterraron.

—No. Creo que volvió a su estrella.

—La que tenía la rosa de cuatro espinas.

—Tienes una gran memoria, Ionah. Tu madre debía de saberlo

cuando te contó su historia.

Ya es noche cerrada. Los dos estamos tumbados en el colchón relleno de arena. El suave viento resuena en las paredes del cobertizo.

—¿Shui?

—¿Sí?

—He decidido que me gusta el final. Me gusta pensar que no morimos, sino que volvemos a nuestra estrella.

—Sí, a mí también me gusta.

—Pero nosotros no bajamos de una estrella.

—Es cierto.

—¿Shui?

—¿Sí?

—¿Crees que podemos fingir que no es así? ¿Que sí bajamos de una estrella?

—Claro que sí.

—Gracias, Shui.

58

五十八

Me despierto en mitad de la noche, pero Shui no está. Lo hace a menudo, así que no me sorprende y no me preocupo. Pero sí que lo hago cuando encuentro a madre sentada en el suelo con las piernas cruzadas al otro lado del pequeño cobertizo. Está igual que siempre, con su pelo rizado mal cortado a trasquilones y arrugas alrededor de sus ojos. No sonríe, pero no parece enfadada.

—Hola, madre.

—Hola, Ionah.

—Es bueno verte. Te echaba de menos.

—Has crecido mucho, Ionah. Estás hecho todo un hombre.

—Te hago caso, madre: cuido del pozo, reparo las trampas de lagartos y protejo el huerto.

—Lo sé. Sigues vivo.

—Incluso he escrito tus palabras para no olvidarlas.

—Lo hemos hablado, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero no es lo mismo. Ahora te estoy viendo. ¿Por qué? ¿Es esto un sueño? ¿Sigo durmiendo?

—A veces, cuando deseas ver algo con mucha intensidad, consigues verlo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que quizá yo sólo sea una sombra en la pared y tú te estés confundiendo. Quizá esté hablando desde dentro de ti, igual que siempre.

Miro hacia abajo y pienso un momento. No la quiero mirar mucho por si ella tiene razón y sólo es una sombra en la pared. Me gusta verla. Me duele un poco, pero me gusta.

—Continúas muerta, ¿verdad?

—La muerte es una travesía de la que nadie ha vuelto, Ionah.

—Bueno, casi lo prefiero. No soportaría que te murieras otra vez.

Madre no contesta, como hacía tantas veces. Ahora sé que no lo hacía porque estuviera demasiado ocupada en ocultar su tristeza para decir nada. Lo sé porque ahora yo también lo hago.

—¿Sabes dónde está Shui, madre?

—¿Cómo podría saberlo? Sólo sé que no está aquí.

—Claro.

—¿Piensas en Shui, Ionah?

—Bueno, no tengo mucho más que hacer.

—¿Sabes lo que quiere decirte?

—No. Intuyo que trata de hacerme entender algo, pero no consigo saber el qué.

—Eso es porque él aún tampoco lo sabe. Pero lo averiguará.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—Pronto es cuando ni él ni tú estéis preparados.

—¿Y qué pasará cuando lo descubra?

—Que Shui cambiará tu rumbo.

—¿Y si no quiero que mi rumbo cambie?

—Ni siquiera el eterno desierto decide hacia dónde sopla el viento, Ionah. ¿Crees que si yo hubiera podido evitarlo me habría ido de tu lado?

—¿Qué puedo hacer, entonces?

—Debes hacer un trato con el desierto, como yo.

—¿Qué trato?

—No morir en él.

—¿Y cómo lo haré? ¿Dónde quieres que muera si no?

—Shui te ayudará. Cuando comprenda. Para eso ha venido.

Me despierto. Está amaneciendo. Shui no está en el colchón a mi lado. Miro enfrente. Madre tampoco está. Sólo queda una sombra en la pared.

59

五十九

Shui aparece a lo lejos. Primero un punto negro en lo alto de las lejanas dunas, tan pequeño que parece que puedo cogerlo con mis dedos y traerlo hacia mí. En vez de eso miro mientras avanza dejando tras de sí un surco de huellas en la arena. Trae una cuerda en la mano que no sé de dónde puede haber sacado.

Por supuesto, cuando llega hasta mí descubro que no es una cuerda. Shui sostiene el cuerpo alargado de una serpiente apresándolo por la cabeza. Está pálido y suda.

Tira la serpiente muerta a mis pies. No me muevo.

Miro la serpiente. Hacía tiempo que no veía una así de cerca, desde aquella vez en que madre cazó una para que me fijara y las rehuyera.

—¿Te ha mordido?

Shui señala su pantorrilla, donde puedo ver con claridad los dos agujeros sobresalientes en la zona hinchada y enrojecida. Siento un vacío dentro de mí al verlo. Le llevo dentro del cobertizo y le tumbo en el colchón que aún conserva mi huella. Le hago beber agua del pozo.

—No dices nada, Ionah.

—No sé qué decir.

—Te he traído la serpiente para que pudieras verla, para que supieras qué es lo que me ha mordido.

—¿Te duele?

—Me palpita.

—Bueno, ahora te dolerá.

Hago dos cortes en cada mordedura en forma de cruz, tal como me enseñó madre. Shui aprieta los dientes, pero no emite ningún sonido. Succiono la herida y escupo la sangre. Veo cómo el desierto la absorbe y la guarda. Repito la operación cuatro veces. Entonces me siento al lado de Shui y le miro.

—¿Dónde ha sido?

—Me ahogaba, Ionah. Tenía que caminar. Tenía que engañarme fingiendo que huía de aquí.

—¿Dónde ha sido?

—Al principio sólo vi la cabeza que sobresalía sobre la arena. Pensé que era un lagarto, y me acerqué para ver mejor.

—¿Dónde fue, Shui?

—Sacó todo el cuerpo. Supongo que buscaba los primeros rayos de sol. Nos miramos el uno al otro. Mis ojos tan vacíos como los suyos. Ella no se movía, y yo tampoco.

—¡¿Dónde fue, Shui?!

—¿Sabes qué sentí por un momento? Sentí paz, Ionah. La serpiente es considerada por los chinos como un ente protector, un símbolo de la tierra en constante renovación. Pensé en eso mientras la miraba sacar y meter la lengua. No me moví, lo juro. Necesitaba saber...

—Dime dónde, Shui. Por favor.

Shui desvía la vista del techo del cobertizo y me mira. Está hinchado y enrojecido y suda, pero no parece preocupado.

—Más allá de las altas dunas, Ionah. Mucho más allá. Donde comienza la gran llanura.

Y entonces lo sé. Demasiado lejos. Demasiado tiempo para tener dentro el veneno. La serpiente te muerde. Tu corazón hace el resto.

Shui y yo lo sabemos. Ni él ni yo, ni siquiera el eterno desierto, decide hacia dónde sopla el viento.

—¿Por qué no corriste, Shui? ¿Por qué no saltaste hacia atrás alejándote de la serpiente?

Pregunto porque necesito que me lo explique. Porque sé que Shui es chino y eso a veces lo hace distinto a mí, pero no distinto para una serpiente.

—Necesitaba saberlo, Ionah. Necesitaba saber si ella me atacaría.

Sus ojos se ponen en blanco y se desmaya.

60

六十

La herida de Shui no mejora. La pantorrilla se le ha llenado de pequeñas ampollas parecidas a las que salen en las quemaduras por el sol. De ellas sale un líquido amarillento cuando las sajo con el cuchillo. Las lavo y le hago beber agua a pequeños sorbos aunque hace tiempo que no me lo pide. Trato de hacerle comer carne de lagarto y dátiles, pero él los rechaza.

—No tengo hambre.

—No comemos por hambre, Shui. Comemos para sobrevivir.

—A eso me refiero, Ionah.

Entonces cierra los ojos, pero yo sé que no duerme, que sólo quiere acabar la conversación.

—Sé que puedes oírme, Shui.

Abre los ojos y me mira.

—Mi nombre no es Shui, Ionah. Shui es un nombre de mujer.

—¿De qué mujer?

—De ella.

—Entonces, ¿cuál es tu nombre?

—Eso no importa. Quiero que sigas recordando el suyo.

—¿Por qué?

—Porque cuando yo no esté tú serás el único que lo recuerde, y eso será como si ella no hubiese muerto.

—¿Y quién se acordará de ti?

—Yo no quiero que me recuerde nadie.

Entonces, exhausto, se queda dormido. Esta vez de verdad.

Trato de entender por qué le dio a la serpiente la oportunidad de atacar. Quizá Shui piense que su destino estaba ya trazado. Pero pienso incluso más en por qué la mató después de que le mordiera. Creo que ni siquiera él mismo tiene claro si debe o no arrepentirse.

Le oigo farfullar en sueños, a veces en chino. Hace ya tiempo que no trato de comprender sus palabras inconexas. Las escucho

igual que la arena golpeando las paredes del cobertizo en una tormenta. Pero cuando distingo la palabra «Aashta» levanto mi cabeza adormilada por el sueño y abro los ojos. Y veo que Shui se ha despertado.

No me dice nada, pero ahora comprendo que ha estado hablando con madre.

Me pregunto cómo lo llamará ella.

Recuerdo los días que pasé cuidándole cuando lo encontré en el desierto. Entonces estaba deseando decirle hola y ahora lucho por no decirle adiós.

61

六十一

Los tres lo sabemos. Madre, Shui y yo. La herida de la pierna no hace más que empeorar y extenderse. Lo que empezó rojo pasó a morado y ahora está negro. Shui tiene mucha fiebre y delira y no tengo claro cuánto le queda. Cuando estoy fuera del cobertizo le insulto en voz alta. Le insulto y le odio porque va a dejarme solo otra vez.

Para mí tener algo, perderlo, recuperarlo y volverlo a perder es mucho peor que no haberlo tenido nunca.

Según pasan los días, comienzo a insultar a Shui a la cara. No sé si puede oírme o no, pero no me importa. Estoy demasiado enfadado para callarme nada. Debo aprovechar ahora que aún tengo a alguien a quien gritar.

Shui abre los ojos y me mira con la ropa empapada en sudor.

—No te enfades conmigo, Ionah.

—No puedo evitarlo.

—¿Tú y yo somos amigos, Ionah?

—No puedo saberlo. Nunca he tenido un amigo.

—¿Sabes qué se dice de los amigos?

—No.

—Que se lo pueden perdonar todo.

No sé si Shui y yo somos amigos porque no sé si le puedo perdonar. Pasé un tiempo incluso enfadado con madre cuando murió, y eso que ella no tuvo culpa de nada. Ella no se quedó quieta delante de una serpiente.

—No todos estamos llamados a ser supervivientes.

—Nunca te entiendo cuando hablas de esas cosas, Shui. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué usas esas palabras?

—No te preocupes. No quieren decir nada.

—Entonces, ¿por qué las dices? ¿Por qué no me hablas para que te entienda?

—Me pasa como a ti, Ionah. No puedo evitarlo.

—Pero sí pudiste evitar que la serpiente te mordiera, Shui. Pudiste evitarlo y no lo hiciste. Me pasa como con tus palabras, no lo comprendo.

—Lo sé, Ionah.

—Pero ¿tú lo comprendes? ¿Tú sabes por qué no saltaste hacia atrás cuando la viste?

—Creo que sí.

—Sabes que vas a morir, ¿verdad?

—Todos los correos saben que van a morir. Es por eso que cuando sobreviven, les cuesta admitirlo. Muchos se suicidan sólo por eso, para que lo que hacen tenga algún sentido. Porque sobrevivir es lo anormal, lo improbable.

—¡Pero todos morimos!

—Tú eres fuerte, Ionah. El desierto te ha hecho resistente, como un lagarto. Eres más fuerte de lo que yo nunca podría ser.

—Pero nadie es más fuerte que el desierto. Madre me lo enseñó.

Entonces recuerdo mis conversaciones con ella. Las palabras que me dijo acerca de Shui y lo que trataba de hacerme entender. Miro a Shui en silencio y él, como el eterno desierto, me devuelve la mirada.

—Has comprendido.

—Sí, Ionah. Pero he tenido que pagar un alto precio.

Trata de ponerse en pie, pero apenas puede sostenerse. Le ayudo poniendo su brazo sobre mis hombros.

—Vamos fuera.

—Fuera hace calor.

—Y viento. Necesito sentir algo de viento. Si no, creo que me desmayaré.

Salimos del cobertizo. Un viento caliente golpea nuestros rostros con cientos de granos de arena. Pero sé que no es culpa del desierto, porque ni siquiera el eterno desierto decide hacia dónde sopla el viento.

—Dame de beber, Ionah.

Saco agua del pozo y se la doy a Shui, que bebe a grandes sorbos. De pronto parece que el color ha vuelto a sus mejillas. Nos quedamos allí, respirando pesadamente.

—¿Sabes cómo hacer un trato con el desierto, Shui?

—No, Ionah. No lo sé. ¿Cómo lo hizo tu madre?

—Me dejó a mí atrás. Ella me dijo que tú sabrías qué hacer, que venías a cambiar mi rumbo.

—Tengo algo para ti, Ionah.

Shui me hace traer su mochila del cobertizo. Mete la mano dentro y saca una esfera de metal con una aguja dentro.

—Esto te ayudará a no perder tu rumbo, Ionah. Es una brújula. La N marca el norte. Tu destino es el este, mirando el sol salir.

—¿Qué destino?

—Alguien debe llevar los papeles con nuestras palabras, Ionah. Si no, se las tragará el desierto y nada habrá tenido sentido.

No sé si es por culpa del sol, pero las palabras de Shui me bailan delante de los ojos.

—Tendrás que caminar mucho, Ionah. Quizá demasiado. Pero sé que es lo que debes hacer.

—¿Y a quién debo entregárselas?

—No lo sé. No puedo saberlo.

—Entonces, ¿por qué dices saber lo que debo hacer? —Shui levanta la cara al viento, dejando que pequeños granos de arena se incrusten en los poros de su piel—. ¿Has hablado con madre?

Me mira y tarda en contestar, tal como hacía ella.

—Tu madre está muerta, Ionah.

—Lo sé, pero ¿has hablado con ella?

—¿Quieres morir en el desierto?

Trato de pensar en las palabras de madre sobre Shui y en si las he hablado con él alguna vez, o si las he podido decir en sueños, igual que hace Shui en sus desvaríos. Pero me quedo en silencio. No porque no sepa qué decir, sino porque tengo tantas palabras en mi cabeza que tengo miedo de dejarlas salir todas al mismo tiempo. Necesito pensar.

—¿Eres mi amigo, Ionah?

Preguntas, preguntas. Demasiadas preguntas que no sé responder.

—Soy tu amigo, Shui.

—Gracias. Necesitaba saberlo.

—¿Por qué?

—Porque si eres mi amigo, sé que sabrás perdonarme.

Shui inclina el cuerpo hacia atrás, sobre la pared del pozo, hasta que sus pies dejan de tocar el suelo. Cuando quiero reaccionar, ya sólo le veo las pantorrillas. Cae al pozo ahogando un grito que resuena sobre las lajas de piedra. Me inclino sobre el agujero hasta que oigo el ruido sordo de su cuerpo golpeando contra el agua.

62

六十二

Llamo a Shui una y otra vez, pero no contesta. Trato de divisar su cuerpo en el fondo, comprobar si se mueve, pero el sol apenas me deja ver nada. No sé si ha muerto en la caída o no me quiere contestar. Me miro las manos. Me tiemblan.

—Ionah.

No dejan de temblar. No puedo dejar de mirarlas.

—¡Ionah!

¿Y si no dejan de temblar nunca?

—¡¡IONAH!!

Madre grita desde dentro y tan fuerte que me hace reaccionar.

—No tienes tiempo que perder, Ionah.

—¿Qué?... ¿qué?

—Has perdido el pozo, Ionah.

—¿Y Shui?

—Olvida a Shui.

—Shui está abajo. Ha caído al pozo.

—Shui está muerto. Está muerto y no hay nada que puedas hacer por él.

—Pero Shui... se ha caído... se ha tirado...

—Escúchame, Ionah. Créeme, ya tendrás tiempo para pensar en ello. Ahora tienes trabajo que hacer.

—¿Qué tengo que hacer?

—Respira dos veces. Así. Otra vez. Muy bien. Ahora quiero que entres en el cobertizo y traigas cualquier cosa que sirva para recoger agua. Cualquier cosa.

Me adentro en el cobertizo y cojo los odres. Miro los pocos tarros que tenemos en las estanterías.

—Vacíalos.

—Pero ahí guardamos...

—Nada es más importante que el agua. Vacíalos.

Los vacío.

—Ve al pozo. Tienes poco tiempo antes de que el agua se contamine. Usa el cubo.

Saco agua del pozo con el cubo.

—Ahora, bebe.

—¿Y si el agua ya está contaminada?

—Entonces ya estás muerto. Bebe.

Bebo un trago largo de agua.

—Rellena de agua los odres y los botes. Hasta el borde. Todo lo que puedas.

—Ya está, madre.

—¿Ves algo más donde guardar agua?

—No.

—Busca en la mochila de Shui.

—Pero Shui…

—Shui está muerto. Busca en su mochila.

Abro su mochila y esparzo todas sus cosas por el suelo del cobertizo. Encuentro dos botellas de plástico. No necesito que madre me diga nada para que las rellene de agua. Mientras lo hago pienso en si Shui ya está muerto o se está ahogando ahora mismo. Me pregunto cuánto tarda alguien en ahogarse. Qué sentirá.

—¡Ionah!

—Perdona, madre.

—Bebe.

—Ya he bebido.

—Bebe más. Bebe tanto como puedas.

—¿Más?

—Más, Ionah. Vas a necesitar todo lo que tengas. Y mucho más.

63

六十三

Es un sentimiento extraño el hacer algo por última vez. Sentado en el tejadillo del cobertizo, con las manos apoyadas en los muslos, miro al frente y espero el amanecer. Yo me marcharé, pero seguirá habiendo amaneceres, y eso es algo que ni siquiera el eterno desierto podrá cambiar.

Hace mucho frío, pero ya no me importa, porque una pequeña parte de mí ya no está aquí.

En el suelo, al lado de la puerta, descansa la mochila de Shui preparada con todo lo que llevaré conmigo. Con cosas mías y cosas suyas, cosas que Shui ya no podrá utilizar porque está muerto en el fondo del pozo, contaminando el agua y obligándome a salir de este pequeño y perdido punto del desierto.

He cargado todos los envases con agua y la poca carne de lagarto seca que me quedaba. He guardado algunas frutas del huerto que pronto se pondrán blandas por el calor. He rellenado todos los huecos con los dátiles de la palmera. Después he cerrado la cremallera, pero el hermoso sonido que me embargó en su día ya no me ha hecho sentir nada.

Colgados de los laterales de la mochila están el toldillo, mi viejo cuchillo y la brújula que me dio Shui para marcar mi camino.

Pero eso no es todo lo que me ha dado Shui. Me tenía guardado algo más, algo que no supe reconocer a primera vista cuando volqué su mochila, algo que madre me explicó hace mucho tiempo y que sólo he sabido reconocer cuando he apretado el gatillo y un sonido aterrador ha parecido cubrir el desierto por un segundo. Una pistola. Acaricio su superficie, tan fría como mis pies, y de alguna forma me siento mejor. Quedan cinco balas. Me reservo la última en caso de que el desierto y yo no nos pongamos de acuerdo.

Veo los primeros indicios del amanecer y me bajo del tejadillo. Es hora de marchar.

64

六十四

Comienzo a escribir en la última página. No puedo pensar en lo que voy a poner, no cuando es mi propia historia la que estoy escribiendo. Es demasiado doloroso para prestar atención. Escribo con mi sangre, tal como escribí todo lo demás.

Cuento mi historia desde que puedo recordar. Cuento cómo madre me enseñó a pelear y cómo se consumió mientras yo aprendía a hacer trampas para lagartos. Cuento cómo me habló de la lluvia y de todas las demás cosas. De los pianos. De mi padre. Escribo sobre los gritos del desierto y cómo teníamos que protegernos en el cobertizo. Escribo sobre Shui y cómo le encontré en el desierto y le salvé de los buitres. Sobre cómo Shui me enseñó a silbar y me dio esperanza. Sobre cómo se ha tirado al pozo y me ha obligado a salir de aquí apostando mi vida a todo o nada. Escribo sobre las lágrimas que vertí cuando madre murió y sobre todas las veces que he querido llorar y no lo he hecho.

Tengo que reabrir mi herida cada pocas líneas, pero no me importa, porque la cicatriz que me quedará me hará no olvidar que un día conté mi propia historia, aquí, en el desierto.

Madre no me dice nada mientras escribo pero de alguna forma siento que está de acuerdo, que le gusta que lo haga. Escribo sin detenerme a pensar si será la última vez que escriba algo.

Cuando termino cojo la pequeña piedra dorada que le di a Shui por enseñarme a silbar y la pongo encima del papel para que no se lo lleve el viento.

65

六十五

Cojo uno de los carbones del fuego y me acerco hasta la puerta del cobertizo. Miro la inscripción que hice antes de recoger a Shui. Pone: «Ionah vivió aquí». Debajo escribo: «Ésta fue su casa».

66

六十六

Cuando me cuelgo la mochila al hombro y me preparo para marchar, madre se me aparece. Nunca la había visto así. Sonríe.

—¿Vienes conmigo, madre?

—Sabes que no, Ionah. Debemos separarnos aquí.

—¿Por qué?

—Porque aquí es donde nos conocimos.

Madre abre los brazos y parece contener el desierto.

—Tengo miedo, madre.

—Tener miedo es una parte importante de hacerse un hombre, Ionah.

—¿Y si no lo consigo?

—Al menos lo habrás intentado.

—¿Y si lo consigo?

—¿Qué te da más miedo? ¿Morir en el desierto o conseguir atravesarlo?

Pienso. Hace frío y pienso.

—Atravesarlo.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué hay después.

—Pero yo te lo conté. Y Shui también.

—Y ahora los dos estáis muertos.

—Los dos morimos para que tú tuvieras lo necesario para sobrevivir.

—Tengo una pistola, madre.

—La pistola de Shui.

—Sí.

—¿Te da miedo usarla?

—Sólo la última bala.

—Así que tienes un plan.

Siento la pistola en la mochila, contra mi espalda. Asiento.

—Lo tengo.

Madre no dice nada, como tantas veces. Sabe que no he acabado de hablar.

—No marcho hacia el oeste, madre.

—No me harás caso.

—No esta vez. Iré hacia el este, de donde vine.

—¿Por qué?

—Una paloma debe volver a su punto de partida.

—De acuerdo.

—¿No te enfadas?

—No. Te he educado para que tomes tus propias decisiones.

—¿Está bien, entonces?

—El tiempo lo dirá.

—Es un largo camino.

—Sí. Y debes hacerlo solo.

—Lo sé.

Me detengo y trato de ahogar un sollozo en mi garganta. Porque por un momento siento como si madre se estuviera muriendo otra vez.

—¿Te volveré a ver?

—Desde luego.

—¿Cuándo?

—Antes de que todo termine.

—Adiós, madre.

Madre se acerca y me da un beso en la mejilla. Siento el roce de sus labios y me estremezco.

—Adiós, Ionah. Mi pequeña paloma.

Me doy la vuelta y miro el cobertizo por última vez. Madre está en la puerta.

Comienzo a caminar y no miro hacia atrás.

67

六十七

Camino por la arena. Con la cabeza cubierta para que el sol no me abrase, pongo un paso delante del otro, una y otra vez, hasta que mis pies envueltos en piel de lagarto parecen arder. A pesar de eso, continúo.

Cuando he de atravesar una duna camino por su cresta, allí donde la arena es más compacta. Desde allí veo más y más dunas, un desierto sin fin.

Miro cómo oscila la flecha de la brújula de Shui. Ahora es mi brújula. Apunta siempre a mi izquierda, al norte. Yo voy al este, allí de donde vine. No tengo claro qué espero encontrar.

Me detengo y monto el toldillo para crearme una pequeña sombra. Doy un pequeño trago de agua y como un dátil. Trato de calmar mi respiración y reservar fuerzas.

Sé que si aguanto, llegará la noche. Siempre ha llegado.

68

六十八

Silbo. Silbo porque no tengo mucho más que hacer aparte de poner un pie delante del otro a través de todas las dunas del desierto. No silbo canciones porque no conozco ninguna, aunque sé que existen. Y, mientras deseo conocer canciones y a aquellos que las crearon, me dedico a silbar. Pienso que de mis labios sólo pueden salir los sonidos del desierto, porque sólo alguien que haya vivido aquí toda su vida puede conocerlos. Sólo alguien que esté dispuesto a morir en él.

Es una lástima que sea algo que nadie vaya a oír jamás.

69

六十九

Por las noches tengo tanto frío enterrado en la arena que a veces dudo de si voy a poder levantarme. A veces deseo no poder hacerlo y quedarme allí, tumbado e inerte. Pienso en el día que me espera, en el calor sobre mi cabeza cubierta y mis ojos hinchados por el reflejo del sol en los cristales de arena. Entonces hundo esos pensamientos en las dunas, donde nadie pueda encontrarlos. No me asusta morir, no me asusta no despertar y que mi cabeza sea picoteada por los buitres. Lo que no podría soportar es no intentarlo hasta mis últimas fuerzas. No sería el hijo de mi madre si fuese así.

Continuaré caminando. Lo haré. Caminaré hasta acabar toda la carne de lagarto, todas las frutas y todos los dátiles. Caminaré hasta quemar toda mi grasa y mis músculos.

Y entonces, y sólo entonces, moriré.

70

七十

Veo algo que brilla en la distancia. Aunque me tengo que desviar de mi recorrido no dudo en hacerlo, porque la última vez que lo hice encontré a Shui. Me acerco hasta allí y tengo que escarbar en la arena para desenterrarlo. Es un pequeño cilindro rojo desvaído por el sol. Está vacío. Tiene una pequeña abertura en uno de sus laterales y una línea blanca que lo cruza de lado a lado.

No sé qué es, no puedo saberlo. Madre nunca me habló de algo así.

Es algo que pertenece a como era todo antes de cambiar, al mundo en el que madre vivió, así que dudo si llevarlo conmigo. Lo vuelvo a enterrar tal como estaba y camino de vuelta hasta mi duna, porque de alguna forma ese pequeño cilindro viejo y oxidado podría marcar el camino que quizá otros deban recorrer.

Ese día, mientras camino, no dejo de pensar en qué pudo contener. Debía de ser algo muy importante, estoy seguro. No encuentro otra razón para llevarlo hasta allí.

71

七十一

En lo alto de una duna miro alrededor. No veo más que dunas en todas direcciones. No hay siquiera un matojo de hierba seca. Incluso las piedras se han ahogado en la arena. El cielo está azul, no hay rastro de nubes.

Camino en el corazón del desierto.

El viento empuja las crestas de las dunas, y ahora que las veo juntas me doy cuenta de que apuntan todas en la misma dirección, un millar de líneas paralelas. El desierto siempre te marca un camino, aunque quizá no sea el que tú quieras recorrer.

Durante un momento me siento confuso y ya no sé de qué duna he venido y hacia qué duna debo ir. Saco la brújula y me oriento hacia el este. Pero las dunas no apuntan al este, así que he de ir de duna en duna para seguir mi dirección. No existe un camino recto para ir a ninguna parte.

72

七十二

Puedes pasar tanto tiempo soñando con algo que cuando lo ves, simplemente no estás preparado. Es lo que me pasa a mí. Me siento vacío y mareado. Tanto, que cuando está frente a mis ojos, pienso durante mucho tiempo que el calor está jugando conmigo.

Delante de mí, tan cerca que puedo tocarlo con sólo extender los dedos, está el avión de madre. Ella me lo contó y aquí está. Madre no mentía. Y si esto es verdad, todo lo que me ha contado, sus historias, también tienen que ser verdad. No ha sido enterrado por las dunas. El desierto lo ha respetado para que yo no tuviera que caminar, sin saberlo, por encima del avión que trajo a mi madre a este desierto.

No sé si es más grande o más pequeño que como lo había imaginado. Puede que la diferencia radique en que yo lo imaginé nuevo y este avión está consumido por el desierto. Aun así, es hermoso. Un pequeño pedazo de realidad. Porque esto pasó, no es sólo una historia en un papel.

Por un momento pienso si ése podría no ser el avión de madre, si quizá pueda ser otro avión que haya caído en el desierto. Si podría ser el avión de Shui. Al desierto le gusta jugar a estas cosas. Lo rodeo dejando que mis dedos acaricien su superficie rugosa, los desconchones de la pintura. Toco las hélices tan quietas, tan tristes.

Cuando llego al morro del avión, confirmo que es el avión de madre. Aunque descolorido por el tiempo, puedo adivinar el dibujo de una paloma. Debajo, en trazos torpes, madre había escrito:

IONAH

73

七十三

Tengo miedo de no saber cómo debo sentirme. Tengo dentro del estómago una sensación muy rara y de pronto me siento muy triste. La tristeza me hace olvidar el calor y las plantas abrasadas de mis pies. Todo eso ya no parece importante, porque los trazos de madre y su avión están ahí. Y ahora también yo, su hijo. Lo único que ha dejado atrás. El único que la recuerda.

74

七十四

Permanecen sentados en los asientos. Algunos de ellos con el cinturón atado, como si al aterrizar hubieran decidido quedarse allí y no moverse. Supongo que es lo que hicieron. Es difícil decidir qué hacer cuando estás muerto. Sus esqueletos apenas están recubiertos por jirones de piel. Los miro con curiosidad, pero no siento nada al verlos. Madre me contó que murieron millones y millones de personas. Éstos son sólo unos pocos. Otra prueba más de que madre contaba la verdad. Quizá eran sus amigos. Quizá madre lloró cuando descubrió que habían muerto. Quizá lloró por ellos, cuando aún lloraba, antes de darse cuenta de que llegado un punto, era algo que no se podía permitir.

Cuando todo se va, los huesos quedan. Para recordar. Los huesos son las cicatrices que otros han dejado para que tengamos cuidado. Los huesos sostienen los músculos que sostienen los órganos vitales. Sin ellos, caeríamos al suelo, tan sólo un cúmulo de carne, sangre y vísceras. Quizá todo al final tenga un sentido, aunque yo no pueda adivinar para quién.

Paso la noche dentro del avión. Es mejor que estar enterrado en la arena. Cualquier cosa que rompa la dinámica es buena, aunque sea dormir rodeado de huesos. Como las últimas frutas del huerto, ya marrones y blandas. Me acerco una botella a la boca y, como siempre, alejo la tentación de seguir bebiendo. Cuando oscurece y me tiendo entre dos asientos a dormir, la luz de la luna se cuela por los agujeros de las paredes e ilumina los esqueletos. Por un momento parece que sus mandíbulas van a comenzar a hablar y contarme sus historias, como hizo madre antes de morir.

Si aún fuese un niño, tendría miedo. Pero sé que no pueden hacerme nada. Que ellos murieron y yo moriré algún día, pero no hoy.

75

七十五

No me puedo permitir estar mucho más tiempo en el avión. Registro todos sus recovecos pero no encuentro agua ni comida. Sí que encuentro otras cosas. Una fotografía, la primera que veo. Sólo son dos mujeres que sonríen, pero no sé por qué. Visten ropas de colores y collares en el cuello. Dos mujeres que aún no sabían lo que se les venía encima. Supongo que por eso sonreían.

Detrás de ellas veo árboles verdes, tan altos como una palmera. Muchos árboles. Debían de estar en ese lugar llamado parque, donde la gente paseaba, que es andar sin propósito. Por un momento estoy allí con ellas, aunque no las conozca ni sepa siquiera cuáles son sus esqueletos en los asientos. Descubro que una foto es una pequeña ventana a otro lugar. Como una historia. La dejo donde está, me parece mal llevármela.

Pero encuentro algo más que me desconcierta. En una de las bolsas encuentro un pequeño cilindro rojo con líneas blancas. Está cerrado, y lleno. Lo sopeso en mi mano. Leo las letras en el lateral, pero no me dicen nada. Al principio me asusto pensando que es el mismo cilindro que encontré en el desierto hará unos días, pero éste está nuevo. Estos cilindros eran importantes antes de que todo cambiara. Tenían que serlo. Pienso en dejarlo allí como el que encontré en el desierto, pero recuerdo el destino del que habló Shui y la posibilidad de encontrar algo dos veces. Lo acabo embutiendo en mi mochila. Es pesado y sé que no debería hacerlo, sobre todo, porque no sé qué es ni para qué sirve; pero lo hago igual.

Me gusta mirarlo. Me gusta su tacto. Me gustaría preguntarle a madre cuál es su utilidad y para qué lo trajeron hasta el desierto, pero madre se quedó en el cobertizo. Me gustaría preguntarle a Shui, pero está en el fondo del pozo. Tampoco puedo preguntarle a los que viajaban en el avión porque llevan años muertos. Entonces me doy cuenta de que si cometo un error, no va a haber nadie para

decirme en qué fallé.

76

七十六

Salgo del interior del avión mucho antes de que amanezca. Igual que hacía en el cobertizo, subo al tejado y me siento allí con las piernas cruzadas y las manos en las pantorrillas. Las dunas que veo desde allí no son las mismas que he visto toda mi vida. También puedo ver la estructura de la cola del avión, su esqueleto. El desierto trata a todos y a todo por igual.

Vuelvo a mirar la brújula apuntar al norte. Me coloco hacia el este y espero. Cuando la oscuridad de la noche deja paso al mínimo rastro de claridad del día, sé que es hora de alejarme. Aún hace frío.

Me digo que no miraré atrás. Mirar atrás es como llorar, algo que no me puedo permitir, porque si miro atrás no podré ver el infinito desierto que tengo por delante. Me hubiera gustado encontrar agua y comida, pero sobre todo una foto de madre. Desde que no me habla siento que su imagen se me está desdibujando en la cabeza. Si pudiera mirar una fotografía no me pasaría. Además, me habría gustado ver a madre de joven, antes de que el desierto la transformara en alguien preparado para sobrevivir.

Cuando el sol sale tras las dunas miro atrás y veo el avión brillar. Los rayos golpean su superficie y marcan su posición en el desierto. Es hermoso, y por un momento me detengo a observarlo. Pero no necesito la voz de madre en mi cabeza diciéndome que debo continuar. Me basta con pensar en el agua que me queda.

77

七十七

Camino por las crestas de las dunas hasta que siento mi cabeza tan caliente que mi cerebro comienza a hervir. Entonces me detengo, monto el toldillo que me proporciona una pequeña sombra y me siento debajo a esperar que la arena deje de arder. Las horas pasan. Como algo de carne de lagarto reseca y doy pequeños tragos de mi botella, dejando que el agua inunde mis encías antes de hacerla pasar garganta abajo. Resisto la tentación de seguir bebiendo.

Pienso. Sé que no debería hacerlo y trato de evitarlo, pero no siempre puedo. Pienso en el punto de no retorno, esa línea imaginaria que indica que, si das un paso más, ya no hay vuelta atrás. Yo, por supuesto, no tengo uno porque no tengo ningún sitio al que volver. Después de que Shui se tirara al pozo, toda el agua sin contaminar que queda la cargo a la espalda. Pero ¿cómo se reconoce el punto de no retorno en el eterno desierto? No es necesario, el desierto te lo hace saber. A mí me envía un buitre.

Un buitre solitario. Desciende hasta donde estoy y se planta en la arena, a unos seis metros de mi toldillo. Me mira con sus ojos negros y brillantes y no se mueve. Yo tampoco me muevo. Los dos dependeremos de las fuerzas que nos quedan para sobrevivir. Por eso no me atacará ahora, cuando aún puedo combatir. Tan sólo me mira y se pregunta cuándo sucumbiré. Quiere estar lo más cerca posible cuando eso suceda.

Me muevo lentamente y meto la mano en mi mochila. La mochila de Shui. El buitre no se mueve porque no sabe con qué le estoy apuntando. Enfilo la punta del cañón hacia su pecho, allí donde las plumas son más claras. Disparo y el brazo se me vuela hacia atrás. La pistola cae de mi mano. El buitre sale despedido. Recojo la pistola y la sacudo. Está tan caliente que puede competir con la arena del desierto. La guardo en la mochila de nuevo.

Salgo del toldillo hasta la arena y me acerco al buitre. Lo sajo con el cuchillo y comienzo a beber su sangre antes de que se vuelva espesa y se reseque. Me cuesta hacerla pasar garganta abajo, pero continúo. Cuando acabo, siento mis tripas llenas. Paso el resto del día arrancándole las plumas y haciendo tiras con su carne fibrosa para ponerla a secar.

No me da ninguna pena.

Me quedan cuatro balas.

78

七十八

Los lagartos sobreviven. Pasan el día ocultos a la sombra y cazan pequeños insectos de noche. Lamen el rocío que el desierto deposita en las piedras. Lo han hecho así durante millones de años, por eso el desierto los tolera. Las serpientes también sobreviven. Pasan las horas de más calor enterradas en la arena, sólo con su nariz fuera. Comen pequeños animales y son capaces de beber el agua condensada producida por las diferencias de calor entre la noche y el día. Cuando lo creen necesario, dejan atrás su piel.

Ellos han decidido plegarse al desierto. Han organizado su vida en amaneceres y anocheceres, en frío y calor. Todos los que viven en él deben hacerlo. Porque si desafías a su arena, a sus tormentas, a sus dunas, el desierto te destrozará, te quemará y te ahogará.

Si quiero sobrevivir, debo ser un lagarto y una serpiente. Porque ellos sobreviven y yo también he de hacerlo. Para sobrevivir, debo enterrar mi cuerpo en la arena para protegerlo. Debo permanecer a la sombra en las horas de más calor y caminar cuando la temperatura me lo permita. Debo acercarme a las rocas al anochecer y lamer las minúsculas gotas de rocío. Sobrevivir es posible, si sólo quieres sobrevivir. Pero tengo miedo de tener éxito y convertirme en un lagarto y una serpiente. Porque los lagartos y las serpientes no saben contar historias. Porque no han visto lo que yo y no piensan si preferirían ser otra cosa. Ellos pueden evitar pensar, y yo no. Yo no soy un lagarto ni una serpiente. Yo no tengo otra piel que dejar atrás.

79

七十九

Creo que lo peor es no saber cuándo acabará, hasta dónde me veré obligado a estirar las fuerzas que me quedan. Si supiera que atravesadas mil dunas llegaría a mi destino, tengo la sensación de que sería capaz de hacerlo, que podría contarlas una a una. Pero no lo sé, y que hoy me encuentre fuerte no quiere decir que mañana sea igual.

Me recuerdo asegurando las lajas de piedra en el pozo. Hacía calor ahí abajo, era estrecho. Tocaba una laja y trataba de moverla. Si lo hacía, golpeaba con el martillo hasta que la encajaba con las demás. Era la tarea más dura, pero podía llevarla a cabo porque sabía que las lajas no eran infinitas.

El pozo me proporcionaba agua para beber y regar el huerto, hasta que llegó Shui y me obligó a enfrentarme a estas dunas sin fin. Aún continúo enfadado con él, pero eso es bueno. Significa que todavía me quedan fuerzas para permanecer enfadado. Significa que aún sigo aquí.

Pienso en los papeles que me dio y en cómo escribí en ellos las historias de madre. Me resultaba difícil escribir, pero sabía que los papeles acabarían llenándose con las palabras que guardaba en mi cabeza. Quizá si hubiera tenido un papel infinito como el desierto, tal como Shui me contó, no me habría atrevido a empezar. Pero sabía que tenía un fin.

Porque madre sabía cuándo llegaría el final, por eso me contó sus historias. Shui sabía cuánto le quedaba, por eso se tiró al pozo.

Incluso las dunas se terminarán. Lo sé porque madre me lo contó. Pero no sé qué habrá después, y eso me asusta. Quizá no sea exactamente eso. Quizá lo que más me aterra es que mis fuerzas se acaben cuando me separen unas pocas dunas de mi destino. Porque si supiera que va a ser así, me tumbaría en la arena y usaría la última bala, la mía. Dejaría mi cuerpo a los buitres. Pero no lo sé, y

continúo caminando. Un pie detrás de otro. Duna tras duna, día tras día.

80

八十

Guardo la botella vacía en la mochila. Ya sólo me queda una. Compruebo mi provisión de comida. La carne de buitre está algo mohosa y los pocos dátiles que quedan están más que blandos. Recuerdo el peso de la mochila cuando cargué con ella al salir del cobertizo, cómo se me clavaba en los hombros. Ahora es ligera, una vez que la he ido vaciando de agua y comida. Es un buen indicador de hasta dónde podré llegar.

Ahora miro al cielo en busca de buitres, pero no con miedo. Sé que si uno se acerca lo suficiente para que pueda apuntar, podré estirar mis fuerzas un poco más. Pero no hay nada. Ni buitres ni nubes. No sé si es que ya no se atreven a acercarse o es que ni siquiera ellos están tan locos como para adentrarse hasta aquí.

Comienzo a tener sensaciones extrañas. Incluso hay momentos en los que a pleno sol ya no siento calor. Tengo la sensación de salir de mi cuerpo, de que me estoy fundiendo poco a poco con el desierto. He empezado a oler cosas nuevas, cosas que nunca había olido hasta hora. Sentado bajo el toldillo, en la pequeña sombra, mis pies siguen avanzando por las dunas y mi cabeza puede mirar por encima de ellas. Sé que no es real, que es fruto del agotamiento. Mi cuerpo ya ha quemado la grasa y comienza a consumir los músculos. Siento que me precipito por el agujero que tengo en el estómago, que puedo volverme hacia dentro de mí y convertirme en un grano de arena más.

Pienso en Shui cuando le recogí del desierto y me pregunto si sentiría lo mismo que estoy sintiendo yo ahora. Porque si es así, significa que no me queda mucho para llegar al final.

El final es aquel sitio donde caes.

81

八十一

De pronto me detengo. Levanto la cabeza y siento los rayos de sol atravesar mi piel requemada. Huelo algo en el aire, algo extraño. Nunca había olido algo así, tan intenso. Si estuviera en el cobertizo, me subiría al tejadillo para tratar de olerlo mejor, pero no lo estoy. El olor viene en golpes de viento, y por un instante parece inundarlo todo, como hace la arena del desierto. Un momento después, ha desaparecido.

Me recuerda a algo, pero aún no sé a qué. Continúo caminando a la espera de volverlo a oler y, mientras, trato de identificar el olor en mi cabeza, asociarlo a alguno de mis recuerdos. Me faltan muchas cosas por aprender, pero reconozco el sentimiento, la excitación de algo nuevo.

Paso muchas horas pensando en ello, tratando de identificar ese olor. Lo recuerdo en mitad de la noche, con el cuerpo enterrado en la arena para evitar el frío. Me despierto tan rápido que por un momento creo que lo he soñado, pero ya sé dónde he olido algo parecido: en el fondo del pozo.

82

八十二

Cuando se me acaba el agua y la comida, sonrío. Sonrío porque es lo único que me queda. Sonrío porque al final tienes que sonreír. Porque el final es aquel sitio donde caes.

Morir puede ser un proceso lento, un viaje. Me pregunto en qué momento sucumbiré y veré de nuevo a madre. Quizá ya está a mi lado y no dice nada. Madre siempre ha sido de pocas palabras.

—¿Madre?

No contesta.

—¿Madre?

No contesta.

Me gusta que no conteste, porque quiere decir que quizá aún no es el final, que quizá me quedan fuerzas para caminar otra duna.

No daré un paso menos de los que sea capaz.

83

八十三

Llegado a este punto, pienso que cada paso será el último. Cada vez que adelanto un pie y hundo la planta en la arena, siento que no tendré fuerza para adelantar el otro pie. Pero mis pies ya no son míos, se mueven por sí solos. Trato de no pensar en ello, de convertirme en un lagarto, porque sé que en el momento que empiece a hacerme preguntas mis pies se detendrán, y no quiero que eso pase.

La fuerza es misteriosa. Está dentro de ti, pero no es tuya, no la puedes controlar como quien controla el agua que queda en la botella. Me doy cuenta de esto cuando veo un arbusto a lo lejos. Un arbusto verde pálido, seco pero vivo. Y entonces sé que llegaré hasta él, por lejos que esté.

Porque hasta ese arbusto, soy yo el que mueve mis pies.

84

八十四

Recorro con mis dedos sus ramas quebradizas. Es como yo, fibroso, delgado, seco. Algunas ramas se desmenuzan al tocarlas y caen a la arena. Estoy al lado de ese arbusto y siento que de alguna forma debe significar algo, pero no sé el qué, así que me quedo ahí de pie sin saber qué hacer. Trato de sonreír, pero no puedo. Mis labios agrietados por el sol escuecen al tratar de forzarlos. Pienso en sacar la brújula para comprobar dónde está el este, pero no lo hago. Porque ya no tiene demasiado sentido morir un poco más acá o un poco más allá.

Y entonces, viene el viento y me trae de nuevo ese olor. Y oigo algo. Levanto la cabeza y trato de concentrarme como hice antes. Conozco los sonidos del desierto. Las ramas de palmera mecidas por el viento, las tormentas de arena aproximándose y el lento movimiento de las dunas. Pero esto es nuevo, no es un sonido del desierto. Tampoco es como el avión de Shui que escuché aquella noche en el tejadillo del cobertizo. En la siguiente brisa trato de localizar el origen y comienzo a caminar hasta allí. Sé que no es el este, pero no me importa.

Cuando llega la noche me vuelvo a enterrar en la arena y me duermo con ese ruido y ese olor. Estoy nervioso, y sé que eso es bueno, porque los muertos no se ponen ya nerviosos.

85

八十五

Dejo atrás otra duna, y ahí está. Tanta agua. Tan azul. Tan hermoso que apenas puedo pensar nada, mis pensamientos ahogados por esas dunas de agua que corren una tras de otra para morir en la arena. Miro el borde del desierto con el mar, empapado, incapaz de absorber tanta agua como recibe. Jamás soñé con ver algo así. Jamás pude concebir que esto existiera de verdad.

Porque nunca había visto otra cosa que no fuera desierto. Y ahora mi mundo se divide en dos: Por una parte el eterno desierto, por otra parte el mar eterno. Y yo, justo en el borde.

El mar tiene tanta fuerza que el calor del desierto desaparece. Nunca imaginé que pudiera haber algo que lo derrotara. Trato de entender lo que significará esto para mí. Tanta agua. Nunca más volveré a tener sed.

Bajo la duna de arena dejando atrás algunos arbustos. Ya no parecen tan quebradizos como desierto adentro. Camino hasta el borde y siento cómo la arena se vuelve más compacta según está más cerca del agua. Lo pienso un momento y meto los pies. Está fresca. Incluso al sol del mediodía, está fresca. Me hace cosquillas entre los dedos y sonrío, pero no por las cosquillas ni porque sea lo único que me quede. Sonrío porque he llegado hasta aquí, y nunca creí que lo haría. Nunca creí que el desierto me lo permitiera.

Pienso en lo cerca que he estado de no conseguirlo, en todo el tiempo que he pasado creyendo que el final estaba sólo a un paso. Si el mar hubiera estado a un día más de distancia, habría sumado mi muerte a la muerte de madre y a la muerte de Shui. Las palabras de madre y los documentos de Shui habrían sido tragados por la arena y toda nuestra historia habría dejado de existir. Pero quizá el mar ha pasado años avanzando hasta aquí, comiendo granos de arena hasta el límite de mi resistencia, para que me fuera posible llegar. Para que las palabras de madre no se perdieran.

El agua desaparece de mis pies y vuelve al mar, y entonces puedo ver de cerca la arena mojada. Es la lucha del mar con el desierto. Me pregunto cuántos de nosotros quedamos para ver esa lucha.

Introduzco las manos en el agua y la llevo hasta mis labios. Comienzo a beber a grandes sorbos, dejando que resbale garganta abajo. Siento arcadas y tengo que escupirla. No comprendo. Lo vuelvo a intentar con más fuerza. Empujo el agua hacia abajo. Necesito el agua. Unos segundos después la vomito y veo cómo se mezcla con el agua de la orilla. Me siento y dejo que se empapen mis piernas.

El desierto siempre gana. Nada puede con el desierto, ni siquiera el mar. Aunque no haya podido absorber toda el agua, ha dejado que el agua absorba su sal. No puedo beber. He recorrido todo el desierto hasta llegar al mar y no puedo beber su agua. Contengo durante un segundo todo el aire de mis pulmones y entonces grito tan fuerte y tanto tiempo como puedo.

Después me desmayo.

86

八十六

Me despierto cuando el agua cubre mi cara y no puedo respirar. Trato de levantarme, pero siento cómo el mar me arrastra hacia dentro. Estoy débil, así que no puedo hacer muchos esfuerzos. Hundo mis pies en la arena anegada y trato de caminar hacia la orilla, pero las dunas del mar me lo impiden.

La arena está ahí, a pocos pasos, pero me parece demasiado lejos. Me viene a la cabeza Shui y cómo murió ahogado en el fondo del pozo. Pero yo no soy él. No he vivido toda mi vida en la arena para morir en el mar. Saco fuerza para caminar hasta la orilla. Allí me tumbo y trato de no dormirme, porque el mar me atraparía otra vez. Soy débil y pequeño, como el cebo que poníamos a los lagartos para que cayeran en las trampas. Pero aún puedo decidir dónde morir.

Algo se agita a mi lado. Lo miro. Creo que es un pez, madre me habló de ellos. Igual que yo no puedo respirar dentro del agua, él no puede hacerlo fuera. Lo cojo por la cola y se agita. Trato de mantener su boca lejos, igual que haría con un lagarto. Golpeo su cabeza contra una piedra hasta que deja de agitarse. Saco el cuchillo de la mochila, lo destripo y le saco la piel. Cojo su carne sin cocinar, la introduzco en mi boca y la mastico. Me duele la mandíbula, pero lo ignoro. El dolor es algo que ahora no me puedo permitir. La carne no es como la del lagarto. La empujo hacia abajo y espero que mi estómago no la rechace. No lo hace. Continúo hasta acabar el pez.

Comienza a oscurecer y hace frío. Estoy empapado. No tengo mucho tiempo. Debo encontrar una forma de calentarme, y pronto. Trato de pensar qué haría madre. Moverse. No se quedaría quieta en la playa esperando que la solución llegara hasta ella. Siento el espíritu de supervivencia latiendo dentro de mí. El mismo que me trajo hasta esta playa a través del desierto. Siento las palabras de

madre, aunque ella no esté conmigo.

No me hace falta. Tengo todo lo que me enseñó.

Me encamino hacia las dunas cercanas, buscando arbustos secos por el sol. Los apilo en mis brazos. Me doy prisa, noto que a cada momento mi piel está más fría y me cuesta más mover los músculos. Encuentro un par de peces más y los cojo. Cuando tengo suficientes ramas de arbustos, camino hasta la mochila. Saco el palo y lo apoyo en un pequeño puñado de ramas. Comienzo a hacerlo girar con las palmas de mis manos, de arriba abajo, tal como me enseñó madre siendo un niño. El movimiento es doloroso, y siento que me fallan las fuerzas, pero de alguna forma también me ayuda a mantenerme caliente.

Ahora mismo todo se reduce a eso. O consigo encender una llama y calentarme o mañana no podré levantarme y moriré. Vivir o morir, no hay más. Continúo girando el palo y alejo todo de mí, trato de reducir todo al palo y a las ramas. Comienzo a ver volutas de humo ascendiendo. Continúo hasta ver una pequeña llama. Entonces pongo más ramas encima y trato de que prendan también. Hago un agujero en la arena para proteger la llama del viento y lo meto todo dentro. Empiezo a calentarme. Destripo los dos peces restantes y pongo su carne encima de la llama. Es más delicada que la de lagarto, tarda menos en chamuscarse. La mastico. Sabe bien. Llena mi estómago y me hace sentir un poco mejor.

Cuando me seco hago un hoyo en la arena y me meto dentro, pero cuido de que el fuego no se apague. Una vez encendido hay que cuidarlo.

Duermo y espero despertar mañana.

87

八十七

El desierto y el mar son muy fuertes. El agua avanza y retrocede sobre la arena noche y día sin descanso. El mar es más ágil, sus dunas se mueven más rápido, pero el desierto resiste. El sol le ayuda. La arena mojada se vuelve a secar, a veces tan rápido que puedes verlo en unos pocos segundos. Yo sólo puedo mirar esta lucha que estaba antes de que madre y yo llegáramos a este desierto y que continuará después de que nos hayamos ido. Si pienso demasiado en esto me siento todavía más pequeño.

En esta lucha algunos peces quedan atrapados. Pasa cada vez que el agua retrocede y algún pez queda varado en la arena y no puede volver al mar. Entonces yo cojo ese pez, lo cocino y me lo como. No tengo agua, pero esos peces ayudan a calmar mi sed. Si no fuese así, ya habría sucumbido.

En las noches, cuando me entierro en la arena y me duermo escuchando las dunas del mar, pienso que el desierto caza esos peces para mí. Que al igual que nos dejó a madre y a mí sacar agua de él para sobrevivir, me da estos peces para que no perezca, para que pueda seguir admirando su lucha. Creo que al desierto le gusta tenerme por aquí, pero eso no quiere decir que esté dispuesto a ponérmelo fácil. Él sólo tolera a los más resistentes.

Ya no estoy seguro de querer ser uno de ellos.

Sé que no podré continuar siempre sin beber. Miro el mar y siento deseos de caminar dentro y dejar que me arrastre. Sentirme rodeado de agua, aunque no pueda beberla. El mar es una pistola a la que nunca se le acaban las balas.

Miro la brújula de Shui. El este apunta al mar. No puedo seguir avanzando por ahí. Pero tampoco me puedo quedar aquí. Dentro de poco tendré que tomar una decisión. Pero no sé cuál.

88

八十八

Me levanto en mitad de la noche. La luz de la luna se refleja en la cresta de las dunas de agua. El rumor del mar se extiende tierra adentro. No comprendo por qué me he despertado, pero me siento completamente alerta. Recorro la línea de la playa, buscando algún tipo de amenaza. Y ahí está. En la orilla. Una extraña mezcla entre pez y lagarto.

Saco la pistola de la mochila y me levanto. Me acerco hasta allí con cuidado, tratando de que la arena se quede con el ruido de mis pisadas. El animal se mueve muy lento. Sus patas son aplanadas. Miro el surco que ha dejado. Proviene del mar, pero no se ahoga en la tierra. Tiene una coraza en la espalda y la cabeza pequeña y ovalada. Se gira hacia mí muy lentamente. Levanto la pistola hacia él.

Me mira. Tiene los ojos grandes y negros, húmedos. Se mantiene inmóvil, parece que me observa. Si disparara tendría comida para mucho tiempo. Es un animal grande y parece blando debajo de su coraza. Podría ser mi posibilidad para sobrevivir.

Pero no disparo. Me quedo quieto y clavo mis ojos en los suyos. Abre ligeramente la boca y la vuelve a cerrar, pero no habla. No sé si va a atacarme, pero no me importa. Llevo tanto tiempo solo que el mirar a otro ser vivo me reconforta en cierta manera. Siento que este animal también pasa mucho tiempo solo. No sé cuánto tiempo permanecemos allí, pero cuando me quiero dar cuenta el sol ha comenzado a salir. Lo sé porque se refleja en los ojos negros de ese animal.

—¿Cómo te llamas?

Le pregunto, aunque sé que no va a responderme. Porque hablar a alguien, aunque éste sea un animal, siempre es mejor que hablar solo. Siento mi lengua torpe, hinchada por la sed. Él se limita a mirarme y a dejar que los primeros rayos del sol se reflejen en sus

ojos.

—¿De dónde vienes?...

—¿Hay algo más allá?...

—¿Sabes dónde puedo encontrar agua sin sal?...

—¿Has tenido miedo alguna vez?

Podría pasar el día preguntando sin obtener respuesta, pero sé que debo parar. Tengo miedo de que en algún punto me conteste y sea algo que no quiera escuchar. Ya no podría aguantar más.

Llegado a un punto el animal se da la vuelta y comienza a caminar hacia el mar con pasos torpes, arrastrando sus patas. Cuando el agua le cubre, se sumerge y sigue avanzando.

Ese animal puede vivir dentro y fuera del agua. Ese animal ha vencido al desierto y al mar. Ese animal ha sobrevivido.

Ojalá alguien pudiera decir de mí lo mismo.

89

八十九

Paso el resto del día pensando en el animal, en dónde estará ya. Sus patas aplanadas no son buenas para caminar, pero parecen adecuadas para impulsarse en el agua. Refresco mis pies en el borde del mar, pero no me atrevo a meterme más por miedo a ser arrastrado. El sol calienta demasiado, como siempre ha hecho.

Madre sabía interpretar las señales del desierto, por eso sobrevivió tantos años. Me instruyó, pero yo nunca supe hacerlo tan bien como ella. Trato de imaginar qué haría ella ahora, cómo interpretaría estas señales. El desierto me mandó un buitre para indicarme el punto de no retorno, esa línea sobre la que no hay vuelta atrás. Yo me comí ese buitre y gasté la primera de mis cinco balas.

Y ahora ese extraño animal, con sus patas aplanadas y su coraza en la espalda. Sus ojos negros y húmedos y la forma en que me miraba. Una mirada pacífica, tanto que no pude usar la pistola. Un animal que puede vivir en el agua y en la arena, tan distinto de mí.

Ese animal no me lo ha mandado el desierto. Ese animal me lo ha mandado el mar. Salió del mar, entró en la arena y volvió al mar. Me dice lo que debo hacer. Yo vine del desierto al mar, me introduje en él, pero no volví al desierto, me quedé en la línea que separa uno de otro, esperando. Sin posibilidad real de supervivencia. Y entonces el mar me mandó ese animal para que me mostrase el camino, para que me indicase que debía volver al desierto, que es mi sitio. Pero ¿a encontrar qué? No puedo preguntárselo al desierto, ni al mar, ni a madre. Tan sólo puedo permanecer atento y tratar de captar las señales.

90

九十

Me preparo.

Recorro la playa buscando peces para comer y para el viaje. Trato de no comer mucho ahora. Al fin y al cabo, no camino demasiado, así que no quemo mis músculos. Necesito poner a secar todos los peces que pueda. Si no, la carne se estropearía al poco tiempo. Ojalá pudiera beber agua.

Descubro que la carne cruda de los peces calma mi sed más que la cocinada. Sabe peor, pero no me importa. Tan sólo me importa aplacar de alguna forma esta sed que me acabará haciendo enloquecer.

Mañana abandonaré la playa, pero aún me queda algo por hacer. No debería, pero lo voy a hacer igual. Porque si no lo hago sobreviviré como un lagarto, sin sentimientos. La vida no sólo se trata de hacer lo correcto. La vida no sólo se trata de sobrevivir.

Camino hacia el agua y dejo que cubra mis pies por los tobillos. En ese momento estoy en el mar y en el desierto a la vez, un campo de batalla sin fin. Siento la arena bajo mis pies. Continúo caminando cada vez con más esfuerzo. El agua cubre mis testículos y siento cómo se encogen. Ignoro la advertencia y sigo. Nunca he estado fuera del desierto y puede que ésta sea mi única oportunidad. Tan sólo arriesgando todo puedes conseguirlo todo. Doy otros cinco pasos hasta que mi cabeza es lo único que sobresale. Estoy de puntillas. Siento el mar tirando de mí hacia dentro. Éste es el punto de no retorno. Doy otro paso y me desprendo.

Comienzo a flotar.

Siento el estómago muy pequeño dentro de mí. El agua sostiene todo mi cuerpo. Debería tener miedo pero no es así, todo parece estar bien. No recuerdo la última vez que sentí que todo estaba donde debía estar. La cabeza se me hunde en el agua, pero descubro

que si muevo las manos y los pies al mismo tiempo logro sacarla a flote lo suficiente para respirar. Llegado un momento, dejo de moverlos para hundirme completamente, para estar dentro del mar. Para ser, por un momento, aquel animal que salió del mar y volvió a entrar en él.

Pero me canso pronto. Mis músculos están débiles y allí me cuesta más moverme. Me doy la vuelta y miro la playa. No sé cómo se ha ido tan lejos. Trato de caminar hacia allí, pero mis pies no tocan la arena del fondo. Mi cabeza se hunde y me es difícil sacarla fuera del agua. Me inclino hacia delante, hasta que casi mi nariz toca el agua, y comienzo a mover los brazos y las piernas, pero no parecen estar acercándome hacia allí. Entonces ocurre, entro en pánico.

Una duna de mar me golpea por detrás y me empuja hacia abajo. De pronto ya no me queda aire en los pulmones y siento que me van a estallar. Me viene un destello de Shui en el fondo del pozo. Me viene un destello de madre recorriendo el desierto. Me viene un destello de mi pequeño cobertizo, tan lejos de aquí. La cabeza sobresale un instante, pero apenas tengo tiempo de coger aire. Otra duna me golpea por detrás y ya no sé si el aire está por arriba o por abajo. Muevo los brazos y las piernas sin control y siento que eso es todo, que ahí se acaba. El desierto llegó a tolerarme, pero no el mar. Quizá sea porque madre no hizo ningún trato con él. Aunque mi cuerpo sigue luchando mi cabeza piensa que ya no tendré que sufrir más, que es mejor así. Que moriré rodeado de agua, como siempre he soñado.

Y entonces otra duna me golpea y mis pies tocan la arena del fondo. Yergo el cuerpo y mi cabeza sobresale. Hago pie. El mar me ha traído hasta aquí. Camino hacia la arena y cuando llego allí me tumbo, dejando que las pequeñas dunas laman mis pies. Paso unos minutos tratando de acompasar mi respiración, de decirle a mi cuerpo y a mi cabeza que ya estoy fuera, que tengo todo el aire que puedo respirar. Eso es de lo poco que siempre me ha dado el desierto. Permanezco bajo el sol y dejo que seque mis ropas. El anochecer aún no ha llegado. El agua se va de mi piel y de mi pelo y vuelve al mar. El agua y la arena siempre encuentran su sitio.

Pienso en lo que ha ocurrido y no sé cómo me siento. Quizá es posible sentirse alegre y triste al mismo tiempo.

91

九十一

El círculo del sol sale por encima de la línea del agua. Sus rayos se reflejan en las lejanas dunas y saltan pequeñas chispas de luz. Levanto mi mochila con todo el pescado seco que he tenido tiempo de preparar. Con las botellas vacías del agua que ya me bebí. Con la brújula que ya no podrá marcar mi camino. La pongo en mi espalda y comienzo a caminar por la playa hasta que a las pocas horas me encuentro una pared de piedra. El sol comienza a calentar fuerte. Dentro de poco tendré que refugiarme bajo mi toldillo.

No puedo escalar, así que comienzo a remontar las dunas plagadas de rocas desierto adentro. Cada nuevo paso que doy me aterra. Sé que dentro de poco perderé el viento que viene del mar y mengua el calor. Pero no puedo hacer otra cosa, así que continúo.

No camino hacia el oeste. Eso sería volver a andar lo andado. No puedo continuar hacia el este, así que trazo una diagonal entre el norte y el oeste. Me alejo del mar, de los peces y del agua que no puedo beber.

Monto el toldillo. Me arrodillo debajo de la pequeña sombra y me siento sobre mis empeines hundidos en la arena. Pienso en los pasos que di desde que abandoné el cobertizo y en los que tendré que dar para llegar a alguna parte. Un paso es igual a otro paso de igual forma que una duna es igual a otra duna. Pero las dunas son incontables y mis pasos se acabarán pronto. Tanto como tarde en consumir mis músculos. Tanto como tarde la sed en volverme loco.

92

九十二

Madre me dijo que el desierto sabía que yo era listo porque no había caído en sus trampas. Había sabido cuidarme de sus buitres y esquivado sus serpientes. Me refugio bajo el toldo cuando el sol golpea más fuerte y me entierro en la arena cuando el frío acompaña a la noche. Soy más listo que los niños que conoció madre antes de que todo cambiara. Pero ya no soy un niño. Eso lo sé.

Los niños crecen hasta convertirse en hombres. Los hombres crecen hasta destruirse a sí mismos.

Madre me explicó en qué consiste el punto de ruptura. Cogió una rama por los extremos.

—Todo se rompe si se aplica suficiente fuerza durante suficiente tiempo.

Comenzó a combarla poco a poco.

—Nada es irrompible. Nada.

Continuó combando la rama, muy lentamente y sin detenerse mientras hablaba.

—Pero todo es engañoso, Ionah. Porque hay algunas cosas que parecen muy frágiles pero tienen un punto de ruptura muy alto. Pueden soportar mucha presión durante mucho tiempo.

Y siguió doblando la rama, tanto que parecía que sus manos iban a llegar a tocarse. Yo miraba fijo, esperando el momento en que la oyera quebrarse.

—Nosotros somos ramas, Ionah.

Escuché el chasquido.

—Sólo hay una forma de averiguar el punto de ruptura de algo, Ionah. Y es rompiéndolo.

Y ahora, recordando aquella conversación en la que no dije una sola palabra, me pregunto si el desierto está tratando de averiguar mi punto de ruptura. Porque me siento como una rama a punto de

quebrarse. Y no me da miedo esto, sino que pueda ocurrir que yo no tenga punto de ruptura y continúe doblándome por siempre.

No todos los niños crecen hasta convertirse en hombres, ni todos los hombres envejecen hasta llegar a ancianos. Madre no lo hizo. Y aquí, sentado en esta pequeña sombra, sin agua, comienzo a desear que yo tampoco.

93

九十三

El primer buitre aparece en el cielo. Mira mis pasos sobre las dunas y cómo me refugio en el toldillo. Me estudia para saber cuándo caeré y abalanzarse sobre mí. Él y el resto de los buitres que vendrán dentro de poco. Pero los buitres no conocen mi plan. Acaricio la pistola dentro de la mochila y me siento mejor. Esperaré a que bajen. Con un poco de suerte me llevaré a alguno por delante. Porque mi plan no sólo les incluye a ellos.

A veces me doy la vuelta y trato de captar el olor del mar, pero el desierto me lo niega. No me importa, estoy más allá de eso. Como los peces que sequé al sol. Apenas los puedo hacer bajar por mi garganta reseca. Me tengo que ayudar con los dedos, pero tampoco me importa.

Caminar es repetir los mismos movimientos una y otra vez, la misma rutina. Buscar la cresta de la duna, subir, bajar. Montar y desmontar el toldillo. Enterrarse y desenterrarse en la arena. Todas las veces que puedas antes de caer. Estoy demasiado cansado para pensar en nada. Mi cerebro hierve. Lo siento palpitar en mi cráneo.

Veo una duna y me digo que después de ésa, me desplomaré. Me concentro en la cresta, en poner un pie detrás de otro. Cuando la acabo, miro la siguiente duna y me digo que después de ésa me desplomaré. Sólo una más. La última.

Sigo combando la rama y esperando a oír el crujido.

94

九十四

Quedan dos peces. La carne está blanda y huele mal. Es lo único que me queda, pero no me puedo permitir enfermar ahora. Los dejo caer en la arena y espero que algún insecto los aproveche. No me rindo. Tan sólo estoy acelerando mi destino.

No sé qué pasará con las palabras de madre cuando yo ya no esté. Supongo que quedarán dentro de mi mochila, la mochila de Shui, enterradas en la arena del desierto. Las palabras de madre y los informes de Shui. Quizá alguien los encuentre alguna vez, como yo encontré aquel cilindro rojo o como encontré a Shui antes de que se lo comieran los buitres. Odio pensar que todo su esfuerzo quede en nada, porque si estos papeles se pierden en el desierto quizá ya nadie pueda contar cómo fueron las cosas antes de que todo cambiara. Quizá ya no quede nadie que recuerde cómo sonaba un piano. Pero no lo siento, porque madre me enseñó a no sentirme culpable y a no tener lástima de mí mismo.

Decido que cuando muera lo haré sobre mi mochila para proteger con mi cuerpo esos folios de los buitres y otros animales. Así seré útil una última vez.

95

九十五

Y ahí están otra vez, volando en círculos a mi alrededor. Desde ahí me ven pequeño. Débil. Inofensivo. Esperan que caiga al suelo para lanzarse sobre mí y comenzar a arrancarme la carne con sus afilados picos. No les culpo. Ellos y yo formamos parte de la cadena alimentaria. Unas veces eres depredador y otras eres comida. Pero hay que saber distinguir cuándo. Y yo aún no soy comida.

Saco la pistola de la mochila. La levanto hacia el cielo y espero a que uno de los buitres se cruce con el cañón. Lo mantengo en alto aunque me resulta pesado, porque sé que, según resulte, puede que no quede mucho más. El primer buitre se enfila y disparo. Saltan las plumas y cae detrás de una duna lejana.

Me quedan tres balas.

Los buitres dejan de volar en círculos y se desperdigan, pero yo muevo la pistola en busca de alguno. Disparo de nuevo, pero no acierto.

Dos balas.

Me quedo quieto y espero mi momento bajo el sol. Inmóvil como una roca. Paciente como una roca.

Disparo otra vez y acierto de nuevo. Creo que sólo le he atravesado un ala, porque de alguna forma continúa volando y se aleja.

Una bala.

Contengo las ganas de seguir disparando. Los veo descender sobre el cuerpo de su compañero y comenzar a alimentarse de él y me pregunto si habrán comprobado siquiera si estaba muerto. Todo puede cambiar en un momento. Hasta hace unos momentos era un depredador y ahora es comida.

Los buitres no atacan porque no saben que no dispararé contra ellos. Han sido testigos de mi demostración de fuerza y pasará un tiempo hasta que el hambre les haga acercarse de nuevo. Cuando

eso pase, llevaré a cabo la última parte de mi plan.

Vuelvo a guardar la pistola en la mochila sabiendo que sólo la sacaré una vez más. Continúo caminando.

96

九十六

Llego a la cima de la duna y me detengo. Miro al frente y no veo más que dunas. No siento los dedos de los pies, envueltos en los jirones de piel de lagarto ya desgastada por el uso. Son sólo dos tizones al final de mis piernas. Desde hace horas ya no logro enfocar la vista. El desierto ha secado mi corazón. Lo sé porque lo siento crujir a cada paso.

—Hasta aquí.

Estoy contento porque sé que no he dado un paso menos de los que podía dar. He consumido mis grasas y mis músculos en el intento. Nunca soñé llegar tan lejos.

—¿Madre?

No contesta.

—¿Madre?

No dice nada.

Saco la pistola de la mochila por última vez. Dejo que mis piernas se derrumben y me tumbo sobre la mochila en la arena. Apoyo el cañón en el centro de mi pecho, justo sobre mis extenuados latidos. Me pregunto si me dolerá, si moriré en el acto o tardaré algunos minutos. Me digo que llevo muriendo toda mi vida. Relajo mis ojos desenfocados y trato de llorar por mí, pero mis lágrimas se han secado.

—¿Madre?

No contesta.

Ahora no me importa decirlo. Tengo miedo. Es una sensación en mi estómago y mi pecho, justo debajo del cañón. Tengo miedo de todas las cosas que ya no veré y de la gente que no podré conocer. Miedo de haber vivido para nada. Miedo de haber vivido para nadie.

—¿Madre?

Sigue sin contestarme. Y comienzo a llorar. Supongo que para

algunas cosas siempre nos reservamos lágrimas. Caen por mis mejillas y las saboreo, saladas como agua de mar.

—¿Madre?

No contesta. Hablo entre lágrimas.

—¿Mamá?

—Dime, Ionah.

—He llegado muy lejos.

—Estoy orgullosa de ti.

—¿De verdad?

—De verdad, Ionah.

—Quizá debí ir hacia el oeste. Debí hacerte caso.

—Está bien así.

—Estoy llorando, mamá.

—Yo también lloro, Ionah.

—¿Por qué?

—Porque mi hijo se muere.

—¿Te veré?

—Aún no hemos acabado, hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que todavía me queda una promesa por cumplir.

—¿Qué promesa?

Pero no contesta. Espero pero no contesta. Ella solía hacer estas cosas. Aprieto el cañón contra mi pecho y me dispongo a disparar. De pronto escucho un gran ruido en el cielo y comienzo a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. Abro los ojos y veo el cielo lleno de nubes grises.

Está lloviendo.

Gotas cayendo del cielo por miles, por millones. Empapan mi pelo y mi piel. Se escurren entre mis dedos sin que me importe. Abro la boca y las gotas comienzan a resbalar garganta abajo. Pasados unos segundos, consigo dar un pequeño trago. Cuando he dado unos pocos, me incorporo y cojo la mochila. Saco las botellas de agua vacías y las planto en la arena sin los tapones. Miro cómo van llenándose gota a gota. Oigo ruidos en el cielo, pero ahora sé que forman parte de la lluvia y no me asustan. Siento que ya no tendré miedo nunca más.

Me tumbo con la boca abierta y me río, pero es una risa buena, tan buena como el agua que el desierto llora sobre mí. Porque ésta es la señal de que todo comienza a cambiar de nuevo.

97

九十七

Siento el peso de las botellas a medio llenar en mi mochila mientras camino por la cresta de las dunas. No recuerdo con claridad cómo ocurrió todo, si madre de verdad estuvo allí o fue la sed la que provocó mis desvaríos. Me gusta pensar que fue verdad, que hablé con ella, que estuvo ahí para cumplir su promesa. Pero no puedo saberlo con seguridad.

Tan sólo sé que llovió, y yo nunca había visto llover. Me pregunto cómo ocurrirá el cambio del que me habló madre. Si la gente comenzará a entenderse y si tendremos historias para llenar todo el papel del que me habló Shui. Yo ya lo siento dentro de mí, a cada paso. No me queda comida y sé que me restan pocas fuerzas, pero encaro las dunas una a una.

Inhalo aire cada dos pasos. Un pie delante del otro, asegurando la línea más dura de la duna. Ahora no miro la dirección, camino hacia delante, porque es el único lugar al que puedo dirigirme. He visto el avión donde vino madre. He visto el mar.

He visto la lluvia. Por todo esto, me puedo considerar afortunado. Siento que me quedan más pasos en los pies que dunas.

Estuve a punto de apretar el gatillo, pero no lo hice. Eso es lo que cuenta ahora.

98

九十八

Las dunas son ahora menos pronunciadas. Ya no necesito caminar por la cresta más dura, mis pies apenas se hunden en la arena. Espero llegar pronto a donde sea que vaya. El agua está comenzando a acabarse de nuevo. La raciono y freno otra vez el impulso de seguir bebiendo, pero no podré hacerla durar mucho más, y cuando la acabe no estoy seguro de que madre sea capaz de conseguir que el desierto llore por mí otra vez.

Cuando lo veo a lo lejos no sé lo que es, porque nunca he visto algo así. Me acerco hasta allí sin preocuparme de desviarme porque no tengo un rumbo que seguir. Lo miro y lo toco. Es un cubo. Un cubo de piedra gris, dura y uniforme. Lisa y suave. Uno de sus lados está cubierto de pequeñas piedras incrustadas. Blancas, marrones, grises y negras. Trato de entenderlo. A dos metros a la derecha hay otro igual. A dos metros a la izquierda también. A los cuatro metros en ambas direcciones. Seis metros. Ocho. Doce. Una línea compuesta por cubos de piedra incrustada. No sé qué significa, pero significa algo. Como la palmera que madre encontró y le indicó el pozo. Como el arbusto que encontré yo y me indicó el mar.

Es un indicio, una pista. Porque nadie pondría una línea de cubos de piedra así para no poner nada detrás.

Así que la dejo atrás y continúo avanzando, porque es lo que debo hacer.

99

九十九

Ya apenas quedan dunas. El desierto parece haberse convertido en una alfombra de arena donde puedo elegir libremente mi dirección sin encontrar obstáculos en mi camino. A veces me dan mareos por no haber comido, pero prefiero eso a la sed. Comparado con la sed, incluso la muerte parece una buena opción.

Hay pequeños matojos de hierba desperdigados. Si hay hierba, hay agua, ya sea en forma subterránea o por humedad. Y si hay agua quiere decir que de alguna forma el desierto se está acabando para pasar a ser otra cosa. No siempre hay una línea de separación como la del desierto y el mar. A veces la transición puede durar mucho tiempo, tanto como el que tarda un niño en hacerse un hombre.

Es el tiempo que me ha costado llegar hasta aquí.

La noche llega y yo trato de continuar caminando, pero tengo que enterrarme en la arena. No hay apenas luna y casi no puedo ver, pero cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, distingo algo, muy lejos. Parece un cobertizo, pero es mucho más grande, más alto, y hay otro no muy alejado, encima de una duna. Pero no es una duna del desierto porque el desierto nunca crea una sola. Sé que si me desentierro y trato de caminar hasta allí el frío atenazará mis músculos y me hará caer antes de llegar. Debo ser paciente y dormir, guardar fuerzas. Lo intento, pero paso la noche en vela esperando los primeros rastros de claridad para empezar a caminar.

Quiero ver en qué se convierte el desierto. Quiero cumplir la promesa que hice de no morir en él.

100

一百

Antes de llegar hasta allí atravieso dos filas más de cubos. Ahora, más de cerca, puedo ver que estaban protegiendo las torres. El suelo está cubierto de pequeñas piedras como las que cubren un lado de los cubos. Miro alrededor, pero no hay arena. Supongo que es aquí donde se acaba el desierto.

Me acerco a una de las torres. Es alta y está construida de esa piedra gris, dura y uniforme. Tiene un tejado sujeto por columnas alargadas desde donde se puede mirar en la distancia, pero no sé cómo llegar ahí. Miro la otra torre a lo lejos. Tiene montículos de tierra alrededor donde crecen pequeños matojos de hierba. Parece llevar ahí mucho tiempo, desde antes de que todo cambiara. Doy la vuelta a la primera torre buscando asideros para poder escalar hasta la cima, pero no hay nada. Ni siquiera subiendo los montículos de tierra podría llegar hasta ahí. Encuentro una puerta de metal. Su pintura roja está arañada por el tiempo y el viento, pero no puedo abrirla. Una cadena con un cerrojo la traba. Madre me dijo que hacían eso para que nadie pudiera entrar a robar. Supongo que por eso no quieren que entre.

Busco una roca de tamaño mediano que pueda manejar con una de mis manos. Tengo tanta hambre y me siento tan débil que apenas puedo llevarla hasta la puerta. Golpeo el cerrojo una y otra vez, pero no consigo nada. Lo vuelvo a intentar hasta que me lastimo la mano, y entonces lo dejo.

Camino de una torre a otra buscando algo más, pero sólo veo piedras y pequeños matojos de hierba. Doy otro trago a mi última botella. Sólo le quedan tres dedos de agua en el fondo. Tendrá que ser suficiente hasta que encuentre algo con lo que abrir la puerta.

Trato de calmarme. Estoy nervioso y cuando estoy nervioso no pienso con claridad. Tiene que haber una forma de abrir la puerta igual que había una forma para que los lagartos cayeran en las

trampas. Tengo que demostrar que soy listo, tengo que ganarme el derecho a entrar, porque nadie nunca me ha regalado nada y eso no va a cambiar ahora.

Me gustaría que hubiera alguien dentro con quien hablar. El deseo de hablar es tan fuerte como el deseo de agua o comida. Pero sé que si hubiese alguien ya hubiera intentado que me marchase o me habría abierto la puerta.

—Piensa, Ionah.

Me lo digo en voz alta para que me parezca que me lo está diciendo otra persona. No me importa que sea mentira porque puedo comportarme como si fuera verdad. Pienso. Miro alrededor y trato de calmarme.

¿Cuánto más podré aguantar? Mañana, quizá pasado. No más. Ni siquiera tengo claro cómo he logrado llegar hasta aquí. Me doy cuenta de que en unas horas se hará de noche y comenzará a hacer frío. Pero ya no puedo enterrarme en la arena del desierto para protegerme. Ya no hay arena porque esto no es el desierto. Quizá me queda menos tiempo del que yo pensaba. Estaba tan ocupado pensando en abrir la puerta que no planeé cómo pasar la noche. De pronto me quedan sólo unas pocas horas.

Piensa, Ionah, piensa. Esto ya no es el desierto y las pruebas son distintas. Ni siquiera el final será igual si fallas, porque aquí no hay buitres. No se atreven a acercarse. Tal vez haya llegado el momento de utilizar la última bala.

Me levanto y me dirijo a la torre. Saco la pistola de la mochila y apoyo el cañón en el cerrojo. Pienso en qué ocurrirá si no consigo abrirlo. Ésta es la bala con mi nombre y si mi plan falla no tendré forma de acabar con todo. No puedo siquiera imaginarme cómo sería el dejarme morir aquí, tumbado sobre estas pequeñas piedras. Trato de sacar esas imágenes de mi cabeza.

Aprieto el gatillo. Un estruendo parece extenderse por entre las torres. Miro el cerrojo caído en el suelo. El retroceso de la pistola me ha hecho daño en el hombro. Apoyo la mano en el tirador de la puerta y la atraigo hacia mí.

Se abre.

Miro hacia dentro. Camino un par de pasos y cierro la puerta a mi espalda.

101

一百一

Está oscuro. En las paredes hay unas pequeñas luces dentro de un cubo de plástico, pero no alumbran mucho. Espero a que mis ojos se acostumbren y entonces puedo distinguir los contornos lo suficiente para no chocar con nada.

—¡¿Hola?!

Espero contestación, pero tan sólo me llega mi propia voz rebotada en las paredes.

—¡¿Hola?!

Nadie responde. No sé si eso es bueno o malo. Bajo los tres escalones de metal que me llevan hasta el piso. Está frío. Apoyo la mano en la pared y encuentro un botón. Dudo si pulsarlo o no, pero pienso que si hubieran querido que nadie lo tocara, no lo habrían puesto a la altura de la mano. Lo pulso y se encienden luces, una en el techo de esa habitación y otras en el pasillo que se abre delante de mí y que ahora puedo ver. Sé lo que es esa luz atrapada dentro de una pequeña cúpula de cristal. Es una bombilla. Madre me habló de ellas, de cómo dominaron el fuego para que les alumbrara cuando ellos quisieran con sólo apretar un botón. La miro y trato de distinguir el movimiento de la llama, pero sólo veo luz. No lo había imaginado así, pero está bien. Me permite ver y eso es lo que importa.

El cuarto está vacío salvo por una chaqueta colgada por un gancho y un rifle apoyado en la pared. Me pongo la chaqueta porque tengo frío. Tiene una cremallera, como la mochila de Shui que aún cargo a mi espalda. Me pregunto si debo coger el rifle, pero no sé cómo funciona, así que lo dejo, aunque ya no me queden balas en la pistola.

Me encamino al pasillo bajo las luces de las bombillas que alumbran mi camino. De pronto me detengo. No veo el final del pasillo. Muy lejos hay un recodo y no sé adónde me lleva, pero no

tengo más opciones. No voy a retroceder después de haber llegado hasta aquí.

No tengo miedo, pero sí estoy excitado. La excitación es como un miedo bueno, un miedo que mantiene todos tus sentidos alerta pero no paraliza tus músculos. Comienzo a caminar y me sobresalto, pero al instante comprendo que lo que escucho son mis propios pasos rebotados. La pared derecha está recubierta por tubos de plástico y metal que se pierden al fondo. Hay manchas negras, húmedas y viscosas recorriendo las juntas de la piedra gris y lisa. Me limpio los dedos en la chaqueta y continúo.

A los pocos minutos siento que me desoriento. Si no fuera por los tubos de la pared, no sabría si voy o vengo. Siento que no hay mucho aire aquí, aunque quizá se deba a mi sed o a mi hambre. Miro la bombilla del techo, parece un sol diminuto. Cuando aparto la vista, pequeñas chispas danzan delante de mis ojos. No sé si mirar una bombilla es tan malo como mirar el sol del desierto, pero disfruto de esas chispas hasta que se desvanecen.

Me detengo y trato de aguzar el oído. Lo escucho, y a los pocos segundos lo escucho otra vez. Reconozco el sonido porque lo he escuchado antes, en el pozo, cerca del cobertizo. Es el sonido que el agua hacía al caer del cubo al fondo del pozo. Lo escucho lejano, pero la misma fuerza que lleva hacia delante el ruido de mis pisadas me trae el sonido de las gotas de agua cayendo. No como la lluvia, sino una a una. Continúo caminando entre el sonido de las gotas, pero me detengo cada poco para volver a escuchar. Cada vez estoy más cerca.

Por un acceso en la pared llego a un cuarto. Es una pequeña estancia con una superficie plástica redondeada a la altura de mi cintura. Es amarillenta y está sucia, pero es suave y lisa. De un tubo de metal salen una a una las gotas de agua que rebotan en la superficie. Hundo mi boca en el extremo del tubo y trato de chupar, pero apenas logro que salgan unas pocas gotas. Esto acrecienta mi sed que de pronto se hace insoportable. Golpeo el tubo para tratar de sacar más agua, pero no logro nada. En mi furia muevo los resortes laterales de metal, y cuando giro uno de ellos, comienza a manar agua del tubo y a perderse por el agujero del fondo. No a pequeñas gotas, sino en un río. Sin pensarlo hundo mi boca en el tubo, pero no soy capaz de tragar tanta agua a la vez, y ésta se desborda por las comisuras de mis labios. No reprimo el impulso de dejar de tragar y continúo bebiendo y bebiendo sin control. Al principio el agua no aplaca mi sed porque va garganta abajo muy deprisa, pero pronto recorre mis encías y mi lengua reseca y no

puedo evitar gemir de placer mientras continúo tragando. Cuando estoy hastiado y ya no puedo beber más veo el agua perderse por el agujero del fondo y me asusto, porque para mí eso es como dejar que el agua caiga en la arena donde ya no la podré recuperar. Vuelvo a mover los resortes laterales y el agua deja de manar.

Entonces me quedo quieto y trato de respirar. Abro la chaqueta y veo mi estómago hinchado por toda el agua que he bebido. Jamás lo había visto así porque jamás había bebido y bebido sin parar. Debería sentirme bien pero no es así. Me siento pesado y tengo náuseas.

Me pongo de rodillas y comienzo a vomitar. No estoy acostumbrado y mi cuerpo no admite tanta agua. Las arcadas me suben garganta arriba y expulso el agua por mi boca en dolorosas oleadas. Cada espasmo me contrae el pecho y es como un puñetazo. Cuando vomito toda el agua me derrumbo en el suelo. Ya no me quedan fuerzas para seguir andando. Paso allí un rato sin moverme, tan sólo esperando que mi cabeza deje de latir y mi estómago se asiente. Cuando esto ocurre, me levanto de nuevo y muevo los resortes de metal para que caiga agua otra vez. Doy unos pocos sorbos y reprimo el impulso de continuar bebiendo. Lleno las botellas de la mochila de agua y me vuelvo a tumbar.

Coloco la mochila bajo mi cabeza y me aferro el cuerpo con los brazos. El suelo está frío, pero sé que si no me muevo, pronto calentaré la superficie donde reposa mi cuerpo. Al poco, caigo dormido, exhausto y dolorido por los espasmos.

102

一百二

Cuando despierto paso unos segundos sin saber dónde me encuentro. Las bombillas están apagadas y sólo puedo ver los contornos del túnel por la débil luz que emiten las cajas de plástico situadas cada pocos metros. No tengo claro si es de noche o de día. Me siento muy débil, apenas puedo ponerme en pie. Mi cuerpo ha aguantado hasta aquí a base de voluntad, pero ahora se ha derrumbado. Tengo que encontrar comida, y pronto. Puede que mañana no tenga siquiera fuerzas para buscarla.

Me levanto y apoyo la mano en los tubos para orientarme. Comienzo a caminar. Llevo un rato poniendo un pie delante del otro, tratando de no pensar en nada, cuando me doy cuenta del silencio. Ya no escucho el agua cayendo gota a gota del tubo de metal. Empiezo a tener la sensación de que si dejara de pisar, el ruido rebotado de mis pisadas continuaría hacia delante en el pasillo. Si me concentro puedo escuchar algo más, un rumor lejano que parece colarse a través de las grietas de las paredes. Pero quizá lo estoy imaginando y el sonido esté dentro de mi cabeza, como lo estaba la voz de madre.

Me digo esto para no pensar que apenas me quedan fuerzas para caminar. Trato de concentrarme en mi cabeza y no en mis piernas porque en mi cabeza aún no estoy vencido.

Siento que algo se aproxima por el suelo. Es un animal pequeño, del tamaño de un lagarto. Salto a un lado para evitarlo y lo veo correr hacia delante. Tiene una larga cola y el cuerpo cubierto de pelo. No ha hecho intento de atacarme, pero no me debo confiar.

Me topo con una puerta de metal. Tiene óxido en los bordes y parece pesada. En el centro hay una rueda incrustada, también de metal. Trato de empujar y tirar, pero la puerta no se abre. Todas las puertas llevan a alguna parte. Intento mover la rueda en una dirección, pero no cede. Luego en la otra, y logro desplazarla unos

centímetros. La rueda está oxidada y eso me impide moverla con facilidad. Me siento débil y tengo que descansar unos minutos entre un intento y otro. Me arden los brazos y los hombros. Trato de engañarme y me digo que hay comida detrás de esa puerta. Dátiles, peces, carne de lagarto.

Fuerzo la rueda.

Hay agua fresca y en abundancia, mucha más de la que tengo en mi mochila. Tanta que podré bañarme en ella como en el mar y beber al mismo tiempo.

Fuerzo.

Un colchón de arena para descansar al refugio del viento y el frío. Con una gruesa manta encima.

Fuerzo.

Ropa que pueda usar. Camisas con botones y pantalones con cremallera como la de la mochila de Shui. Zapatos que protegerán la planta de mis pies de este suelo tan frío.

Fuerzo.

Alguien con quien hablar.

Fuerzo hasta que siento que mis dedos se van a quebrar y la fuerza se me escapa por las fosas de la nariz. Y la puerta se abre.

Apoyo las manos en mis rodillas y trato de recuperar la respiración. Un par de minutos después, adelanto un pie y entro. Me aseguro de no cerrar la puerta, porque sé que sería incapaz de abrirla de nuevo.

Hay una habitación, pero apenas veo nada. Palpo la pared en busca de un botón como en la habitación de entrada. Lo encuentro y lo pulso. Una bombilla se enciende en lo alto de la habitación y puedo ver una mesa. No es como la que construyó madre para el cobertizo. Es grande, gruesa, y tiene muchas sillas alrededor. Cuento ocho sillas. Me siento un momento en una de ellas para descansar. Es cómoda, me gusta.

En las paredes hay algunas estanterías con cajas cerradas. En un lateral hay otra puerta, pero ésta no tiene una rueda, sólo una pequeña plancha de metal en un lado. Me levanto, la empujo y entro en una estancia pequeña que parece llena de estanterías. Trato de encontrar el botón que enciende la luz, pero se me resiste. Me pongo algo nervioso. Mis ojos se han acostumbrado de nuevo a la oscuridad, así que cuando lo pulso, me deslumbro.

Las estanterías están repletas de cilindros de metal etiquetados con papel. Cojo uno de ellos y leo las letras. No entiendo la mayoría, pero debajo de algunas, mucho más pequeñas, están las que yo comprendo. Leo. Judías con ternera. No sé qué es judías con

ternera. Pero creo que es comida.

Creo que es comida.

Me detengo un momento a pensar. Saco el cuchillo de la mochila y apoyo la punta en un extremo de la lata. Me apoyo en él y lo hundo. Lo vuelvo a hundir al lado. Continúo hasta que he separado la tapa metálica de la lata y puedo abrir el interior. Meto dos dedos y saco un emplasto. Me lo meto en la boca con cuidado. No sé a qué sabe, pero reconozco comida cuando la mastico. Pienso en cuando bebí tanta agua que acabé vomitando y creo que ahora podría pasarme igual si como rápido y sin control. Madre me enseñó a comer despacio y a masticar muchas veces. Pero eso era cuando había muy poca comida.

Levanto la vista hacia las latas. Hacia todas esas latas.

Vuelvo a meter los dedos y saco comida otra vez. Me la meto en la boca y comienzo a masticar. Sabe raro, pero sabe bien. Es un sabor fuerte, más fuerte que las cosas que he comido hasta ahora. Continúo comiendo, poco a poco, masticando, hasta acabar la lata.

Me fuerzo a no comer otra ahora. Cojo una de la estantería, la primera que alcanza mi mano, pero no la abro. Me siento en la silla y pongo la lata en la mesa. Busco palabras que pueda entender y las leo en voz alta.

—Maíz.

Éste va a ser un buen sitio.

103

一百三

Pierdo la noción del tiempo. Aquí dentro, sin sol, no puedo calcular las horas. No me importa, porque ahora mi vida se divide en latas.

Como una lata. La asiento en mi estómago y espero a digerirla. Siento cómo pasa a través de mis intestinos y mi cuerpo la convierte en energía. No gasto nada, sólo recupero.

Guisantes.

Atún.

Espárragos.

Magro de cerdo.

Sardinas.

Judías con ternera.

Tomate triturado.

Pulpo.

Alubias.

Mejillones.

Peras en dulce.

Remolacha.

Albóndigas.

Pimientos rojos.

Aceitunas.

Pepinillos.

Raviolis con tomate.

Leche condensada.

Anchoas.

Pollo con arroz.

Tocino.

Piña en almíbar.

Hay tantas latas que a veces me detengo porque no sé qué comer. No puedo decidirme entre una y otra. Todos son sabores

nuevos y mi boca, habituada a comer siempre lo mismo, no sabe qué pensar.

Al principio no hago nada más que estar sentado. De vez en cuando me tumbo en el suelo con la mochila bajo mi cabeza y escucho cómo suenan mis tripas mientras digieren la comida. Hay mucha en el cuarto de las estanterías. He visto cajas enteras con la misma lata repetida una y otra vez. Supongo que la gente que había aquí pensaba quedarse mucho tiempo y cuando se fueron no pudieron cargar con la comida. Mientras estoy tumbado me pregunto por qué se habrán ido.

Me meto albóndigas enteras en la boca hasta que se acaban y entonces bebo de la lata el jugo, con pequeños guisantes y trozos de otras cosas que no sé identificar porque no tienen pegatinas. Guardo una lata en el bolsillo de mi abrigo. Pepinillos en vinagre. Me gusta sentir que tengo comida cerca.

Bebo agua de las botellas que llené en el tubo de metal del pasillo para pasar toda la comida por la garganta. Poco a poco me encuentro mejor. Más fuerte.

Me quedo adormecido en el suelo, pero me despierto al cabo de un rato con el estómago hinchado. Siento espasmos como cuando las piernas apenas pueden sostenerme de cansancio. Tengo una necesidad urgente de defecar. No sé dónde hacerlo. Aquí no hay arena que absorba la humedad y, si lo hago en el suelo, apestará. Recorro el estrecho pasillo que sale de un lateral de la sala y abro la puerta del fondo buscando alejarme todo lo posible de la mesa donde como las latas.

Un retrete, el lugar donde la gente defecaba antes de que todo cambiase. Lo he reconocido por las historias de madre. Me asomo y veo el pequeño pozo de su interior con el fondo lleno de agua. Y no puedo evitar compararlo con el del cobertizo delimitado por las lajas de piedra. La necesidad apenas me permite permanecer derecho, pero en ningún momento pienso en contaminar el agua con mis excrementos. Sería lo más sencillo, pero no puedo, es superior a mí. Dependo de ella para sobrevivir y, si en algún momento deja de manar de los tubos de metal, ahora sé que todavía queda un poco en ese pequeño pozo. Un nuevo espasmo me recorre el cuerpo. Me apoyo en una esquina de la estancia, me bajo los pantalones y me acuclillo en el suelo. Los excrementos salen con mucha fuerza. Nada que ver con el esfuerzo que tenía que hacer para que cayera una pequeña bola en la arena del desierto. Esto es líquido y sólido al tiempo y lo siento caer al suelo. Cuando termino me quedo en esa posición, exhausto. Tengo que ayudarme de la

pared para poderme levantar. Entonces me doy cuenta de que no tengo tampoco arena para limpiarme. Me siento sucio y cansado.

Pero todo esto se me olvida en un instante cuando veo una figura mirándome a los ojos. Me levanto de un salto y a punto estoy de pisar mis excrementos. Levanto los puños como madre me enseñó siendo un niño y me preparo para pelear. Él también se prepara. Y los dos nos quedamos así, tanto tiempo que cuando me doy cuenta de lo que ocurre, me siento triste, como si toda mi niñez se hubiera desvanecido en un momento.

Estoy delante de un espejo.

104

一百四

—¿Qué es un espejo, madre?

Estábamos sentados en lo alto de una duna, mirando cómo se ponía el sol. Ese día madre se había levantado con ganas de hablar y hacer cosas, y debía aprovecharlo. Creo que ya empezaba a sentir dentro de ella que algo no marchaba bien.

Recuerdo que yo aún era algo más bajo que ella.

Madre me explicó que la superficie de un espejo estaba tan pulida que reflejaba la imagen y así podíamos ver la forma de nuestros ojos ovalados, de nuestras cejas arqueadas, nuestra nariz respingona y nuestros labios resecos por el sol. Había espejos colgados en las paredes de los baños y espejos grandes hasta los pies en los dormitorios para ver cómo les quedaba la ropa. Había incluso espejos muy pequeños que la gente llevaba consigo.

—¿Para no olvidarse de cómo eran?

Madre me dijo que había una diferencia entre lo que tú eras y lo que reflejaba un espejo, porque el espejo sólo podía reflejar la parte de fuera, y lo más importante de uno mismo está dentro. No puedes saber cómo eres mirándote a un espejo.

—¿Cómo soy yo, madre?

Madre se acercó hasta mí y me miró, tan cerca que nuestras narices se rozaron. El sol se escondía tras las lejanas dunas y pronto tendríamos que emprender el camino de vuelta al cobertizo.

—Ni siquiera yo puedo contestarte a eso, Ionah.

Aquello me desconcertó, porque si ella, que me había parido, no sabía cómo era yo, no sabía quién podría saberlo.

Nosotros no teníamos un espejo. Ni siquiera uno pequeño de los que la gente llevaba consigo.

—¿Qué ves cuando me miras, madre?

Entonces sonrió. Y lo recuerdo porque sólo sonrió una vez más antes de partir.

—Veo frente a mí al niño más valiente del mundo.

105

一百五

Y ahora, delante de este espejo, me pregunto cuánto queda del niño que madre vio aquel día. Ahora sé que mis ojos son verdes con el centro marrón, como los de madre. Pero los míos están inyectados en sangre, heridos por el sol del desierto. Tengo la nariz fina y algo torcida, los labios agrietados. Los dientes amarillos, algunos montados encima de otros. La barba larga, áspera, cubre mis mejillas con puntos rojos, restos de antiguos granos secados por el viento.

No soy como pensaba. Ahora, mirándome a un espejo, comprendo las palabras de madre. Tengo miedo de que ella y yo viésemos a personas distintas, de la misma forma que la imagen de mí mismo en mi cabeza no concuerda con la que me devuelve el espejo. Porque si es así, quiere decir que nadie me ha conocido nunca, ni siquiera yo.

La rabia me asciende por el cuerpo. Aprieto mis dientes torcidos y veo en el espejo cómo mis ojos de loco abarcan toda mi cara. Mi nariz se arruga. Cojo una lata de pepinillos en vinagre y la lanzo contra el espejo. Cientos de pedazos salen volando y se hacen miles al chocar contra el suelo. Muchos de ellos se mezclan con mis excrementos.

Miro el espejo astillado y no me siento mejor. Madre me enseñó a no romper nada, porque nunca sabes qué te puede hacer falta en un futuro. Recojo la lata de pepinillos abollada, camino hasta la sala de la mesa y me siento.

Abro la lata y me como uno de esos pepinillos. Mi cara se arruga y no puedo evitar pensar cómo se vería en el espejo.

106

一百六

Paso los días siguientes comiendo y tratando de dormir. A veces me siento tan cansado que apenas puedo levantarme. Tengo las piernas aún entumecidas de caminar por las dunas. Aquí dentro hace frío, un frío que se te mete en el cuerpo poco a poco y que apenas me puedo sacar. No tengo sol del mediodía aquí dentro, ese calor tan opresivo que te hace olvidar el frío que pasaste la noche anterior enterrado en la arena.

Nunca había pasado tanto tiempo sin ver el sol. Me pone triste. Pienso en retroceder y volver a la explanada de piedras. Pero tengo miedo de querer tocar la arena y alejarme un poco más de aquí. Del agua. De las latas de comida.

Supongo que así empieza todo. Consigues algunas cosas y tienes miedo de perderlas, y el miedo te resta coraje.

Cuando me siento con fuerza suficiente decido adentrarme más en los túneles. He contado los escalones en mi cabeza y sé que estoy bajo tierra, debajo de la explanada de piedras y quizá más allá. En la mochila meto unas cuantas latas además de rellenar mis botellas de agua. Me abrocho la chaqueta que encontré y que todavía no me he llegado a quitar y comienzo a recorrer los pasillos que se abren desde la sala de la mesa y las sillas.

Encuentro lo que deben de ser los dormitorios. Muchas salas iguales pero todas distintas, llenas de estructuras metálicas que sostienen colchones con mantas y almohadas. Las paredes tienen desconchones y las piezas rectangulares del suelo están quebradas. Al lado de las estructuras hay pequeñas mesas llenas de cosas familiares: tazas, botes vacíos, papeles llenos de caracteres que no comprendo. Por primera vez me doy cuenta de que aquí también vivió gente, y pienso de inmediato en mi cobertizo en mitad del desierto. Hay ropa encima de las mantas, en el suelo y colgadas en diminutas habitaciones en las paredes.

Se fueron de aquí dejando sus cosas, su agua, su comida y las prendas que utilizaban. No sé por qué lo hicieron, pero parece que tenían prisa. Me tumbo en una de las camas y me siento raro, como si supiera que alguien estuviera ocupando mi cobertizo. Pero pienso que me gustaría que le sirviera a alguien más para protegerse de una tormenta. Así no se habría perdido todo.

En las paredes hay pegados papeles escritos, pero no veo ninguna foto. Me pruebo su ropa, todo aquello de lo que me habló madre cuando yo era apenas un niño que tendría que aprender a valerse solo. Los calcetines para los pies, los pantalones para las piernas, las camisas para el torso. Todo me viene un poco grande, supongo que aún estoy demasiado delgado. Me siento un poco pesado con todo eso encima, pero poco a poco la sensación de frío desaparece, así que me la dejo puesta. Veo un gorro para la cabeza, pero al ponérmelo siento como si mi cabeza estuviera presa y tengo que quitármelo.

En los días siguientes trato de dormir en las camas, pero son demasiado cómodas. Acabo poniendo el colchón en el suelo y me deshago de la almohada. Abro uno de ellos y veo piezas de metal enroscado que ceden bajo mi peso. No es como si estuviera relleno de arena.

Cada nueva cosa que me encuentro me hace pensar. Las miro y las estudio preguntándome para qué podían servir. He pasado toda mi vida sin apenas nada y ahora, en estos pasillos bajo la explanada de piedras, veo tantos nuevos artefactos que recuerdo cómo me sentía cuando madre me contaba cómo eran las cosas antes de que todo cambiara. A veces tengo que cerrar los ojos e imaginarme que estoy otra vez en mi cobertizo para no apabullarme ante tanta información. Porque cada rasguño en la pared tiene una historia y todo lo que veo fue inventado por alguien, una persona que lo diseñó para un propósito que a veces se me escapa. Pero a veces encuentro otras cosas que me desconciertan y me hacen olvidar por un momento dónde está el este, ahora que no tengo sol que me oriente.

Los tubos son una de esas cosas. Tan altos como uno de los edificios que nunca he visto, uno al lado del otro, esperando que ocurra algo.

Encuentro una puerta de metal con una rueda en el medio como la del final del pasillo. Pero ahora he comido latas suficientes y he bebido agua, así que tengo fuerza en mis brazos para hacerla girar. Y cuando se abre y me adentro un par de pasos, durante un instante, pierdo mi posición en el espacio y tengo que agarrarme a

algo para no caer. Delante de mí hay un pasillo metálico suspendido en el aire por barras de metal. Miro hacia abajo y puedo ver el vacío bajo mis pies por los agujeros de la rejilla. Camino por ese pasillo agarrado al pasamanos con pasos cortos e inseguros. El final está tan lejos que no se ve dónde acaba el pasillo y alrededor está la sala más grande que haya visto nunca, tanto que parece que cabría un desierto en miniatura. A los dos lados del pasillo de metal hay tubos puntiagudos, tan altos que apenas puedo vislumbrar la base en la oscuridad de la sala. Son negros y su parte superior está pintada en rojo. A los lados salen aletas largas y su superficie está llena de letras e inscripciones, unas pequeñas como las letras de un papel y otras tan grandes como una persona, tanto que no podría leerlas de cerca. No sé qué son, pero creo que este lugar es su casa, que los guardaban aquí, lejos de todo, para que nadie pudiera encontrarlos. Creo que las personas que vivían aquí los cuidaban. Pero no pensaron que nadie pudiera venir del desierto hasta aquí, y no les culpo, porque yo tampoco lo hubiera pensado.

Comienzo a contar mirando a ambos lados. Dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce... paso así un tiempo, contando como madre me enseñó en la arena, hasta que llegado un momento me faltan números. Y entonces recuerdo cuando le pregunté si se podrían contar los granos de arena del desierto y ella me dijo que no, que hay tantos que se te acaban los números. Creo que ahora me ocurre algo parecido, aunque sé que no hay nada tan grande como el eterno desierto. Pero no puedo hacer mucho más, no tengo las herramientas ni sé usarlas. Me pregunto si éstos son todos los que hay o en otro lugar, muy lejos de aquí, hay más enterrados bajo otra extensión de tierra.

Después de los tubos, todo lo demás parece muy pequeño, incluido yo. Encuentro las habitaciones donde pasaban su tiempo los hombres que vivieron aquí. La sala de ejercicios está vacía, pero las paredes están plagadas de dibujos de un hombre levantando pesos en distintas posiciones. Ese hombre no tiene cara, sus rasgos están resumidos en unas pocas líneas. Parece que a él no le cuesta levantar esos pesos. Paso mucho tiempo mirando esos dibujos, a veces mientras como de una de las latas. Entonces me pregunto por el aspecto de la gente que hacía esos mismos ejercicios. No he encontrado ninguna foto en los dormitorios ni en las pequeñas mesas al lado de las camas, pero creo que sé la razón. Cuando te dicen que debes marcharte de algún lugar, coges aquello que es importante para ti y dejas el resto. A veces una foto que te ayude a recordar a alguien puede ser mucho más importante que la comida

y el agua, porque la comida y el agua sólo te permiten sobrevivir. Si yo tuviera una foto de madre, jamás la perdería. Pero no la tengo y me tengo que valer de mis recuerdos, que es algo que nadie nunca me podrá quitar.

Me pongo en todas las posiciones del hombre de la pared y uso latas como si fueran pesos. Al poco tiempo me agoto y tengo que parar. Ellos hacían estos ejercicios para mantenerse fuertes, pero yo no lo necesito. Soy fuerte por dentro, lo sé, y lo sé porque he llegado hasta aquí, al lugar del que ellos tuvieron que huir.

Por las noches tengo frío. Traigo varias mantas y me cubro con ellas en el colchón del suelo. Me duermo mientras espero que mis dedos dejen de temblar, pero a veces pienso que no es el frío lo que me hace temblar, es la incertidumbre. En el desierto tenía muchas preguntas y muy pocas respuestas, pero esto es nuevo, está lleno de respuestas para las que no sé qué preguntar. Aún duermo con alguna de las latas en la mano. Saber que no volveré a tener hambre es al final lo único que me hace conciliar el sueño. Me gustaría que las latas guardaran algo más que comida y, al abrir alguna, me encontrara una voz, incluso una conversación con alguien. Eso sería bueno, mejor incluso que las judías con ternera o la piña en almíbar. Pero no puede ser, porque esas latas no contienen más que aquello que etiquetan. Poco después descubro que las latas que contienen las voces son más grandes y tienen botones.

No siempre me aventuro lejos. De alguna forma todos aquellos corredores y estancias poco iluminadas me transmiten más desasosiego que los gritos del desierto. Puedo ver las tormentas de arena acercándose a kilómetros de distancia y prepararme para ello, pero aquí tengo la sensación de que algo va a aparecer en cada rincón oscuro, así que prefiero quedarme cerca del cuarto de las latas, sentado en las sillas con los codos apoyados en la mesa.

A veces silbo. Siento como el sonido se aleja de mí y recorre los pasillos como un eco repetido una y otra vez. Por unos momentos, creo que estoy dentro de la caja de resonancia de la que me habló Shui.

La habitación de las voces está lejos, mucho más allá de los tubos de metal. Cuando acaba la pasarela que cruza la estancia por el aire se abre otro pasillo, tan estrecho y largo como el de la entrada. Está iluminado por esas pequeñas luces encerradas en cajas de plástico y su pared derecha también está surcada de tubos. Pasados unos cientos de metros se abren a los lados otras estancias, aunque ninguna tan grande como la de los tubos. La primera es un pequeño cuarto con otro tubo lleno de agua. Aunque sé que no me

hace falta, vuelvo a llenar el agua consumida de las botellas que siempre llevo conmigo.

La estancia que contiene las voces es la segunda a la derecha.

107

一百七

Es verde. Las paredes están cubiertas de un metal verde del suelo al techo. Sé que es metal porque está frío y por cómo suena cuando lo golpeo con mis nudillos. Es un sonido hueco y metálico. No es un verde brillante como una aceituna de las latas, sino desgastado, como si el viento del desierto se hubiera llevado la primera capa de verde y hubiera dejado esa de un verde más gastado. Hay cientos, diría miles, de pequeñas cúpulas de cristal que forman dibujos. Líneas que se atraviesan y se cruzan unas con otras. Bajo alguna de esas líneas hay palabras escritas, algunas en las letras que Shui me enseñó y otras que no sé reconocer.

En el centro de la habitación hay una mesa, pero no es una mesa como la de la sala contigua a las latas, sino una mesa del metal verde desgastado de las paredes, llena de botones de todos los colores y de la que sobresale un palo de metal acabado en una esfera que no sé reconocer. La superficie es inclinada, tanto que si colocara en ella una de las latas que cargo en la mochila, acabaría en el suelo. Frente a la mesa, una silla rojo intenso con unos apliques para poner los brazos. Me siento en ella y cede unos centímetros a mi peso dejando escapar un sonido leve. Es muy cómoda.

Al principio no toco nada porque sé que los botones están hechos para hacer funcionar cosas y me dedico a mirarlos. Pero hay un tiempo máximo que puedo refrenar el impulso, así que acabo apretando un botón. Cuando lo hago se ilumina desde dentro y me quedo mirándolo asombrado. Es un botón verde, así que la luz de dentro también lo es. Imagino un sol verde tan pequeño como una de las uñas de mis dedos. Allí atrapado, igual que yo estoy atrapado ahora en esos pasillos y como antes lo estuve en el eterno desierto. Lo pulso de nuevo y lo veo apagarse, pero entonces es como si hubiera perdido algo, así que lo vuelvo a pulsar y se ilumina de

nuevo.

Pienso en la persona que conocía el funcionamiento de todos los botones y en el tiempo que tardó en aprenderlo. Se sentaría aquí, en esta silla tan cómoda y pulsaría los botones y ocurrirían cosas y él se sentiría bien porque estaría haciendo algo, no como yo, que sólo pulso botones al azar y veo los soles de colores encenderse y apagarse a mi voluntad. Algunas combinaciones de botones hacen que se enciendan algunas de las pequeñas cúpulas de cristal de las paredes, a veces sólo un punto, a veces una línea entera. Esto me entretiene y me hace seguir jugando, aunque sé que hace ya mucho que no soy un niño. Mientras veo encenderse las luces pienso que todavía tengo juegos atrasados.

Entonces Shui me habla.

No es como la voz de madre que sé que sólo existe dentro de mi cabeza. Esta voz es real y viene de algún lugar fuera de mí. Miro a lo alto y localizo el origen en una caja negra cercana al techo.

Tengo miedo de hablar. Creo que he pasado demasiado tiempo en silencio.

—¿Shui?

La voz, que continuaba hablando, se detiene. Pasan dos segundos eternos hasta que continúa otra vez. No me habla en mi idioma sino en el suyo, en el que hablaba cuando le recogí en el desierto.

—¿Shui? ¿Puedes oírme?

Me habla, pero no le entiendo. Dentro de mí comienza a crecer la rabia.

—¡Shui! ¡Soy yo, Ionah! ¡No te comprendo!

Y entonces habla más fuerte, pero sigo sin comprender por qué no me habla en mi idioma, el único que conozco. Parece alterado, igual que yo. Los dos gritamos pero no parece que consigamos nada. Le digo mi nombre una y otra vez, pero Shui no parece recordarlo. Hasta:

—¿Ionah?

—¡Sí, Ionah! ¡Shui! ¡Soy Ionah, tu amigo! ¡Ionah!

—Ionah.

Lo repite muchas veces, y yo también. Parece ser lo único en lo que nos ponemos de acuerdo. Tras unos minutos así, escucho un chasquido que sale de la caja y la voz no se escucha más.

Shui se ha marchado otra vez y me he vuelto a quedar solo.

108

一百八

Permanezco allí y espero a que Shui vuelva a hablar. Bebo el agua de mis botellas, como las latas que cargo en la mochila y espero sentado en la cómoda silla roja, pero según pasa el tiempo comienzo a sentir que no ocurrirá, así que vuelvo a la sala de las latas. Mientras camino por encima de la pasarela de metal y miro los tubos con sus puntas pintadas en rojo, pienso en la razón por la que Shui ha decidido hablarme ahora y no antes. Y creo que sé cuál es.

Se ha puesto en contacto conmigo para saber si le perdoné por haberse tirado al pozo. Tiene que ser eso.

No me gusta saber que estoy tan lejos de la caja de las voces. Tumbado en el colchón, en el suelo, cuando estoy a punto de dormirme, la voz de Shui despierta en mi cabeza por un segundo. Entonces me levanto en completo estado de alerta y pienso que aunque Shui hubiera hablado, la caja estaría demasiado lejos para que yo escuchara la voz desde mi sala. Cuando estoy despierto, sentado en una silla y con los codos apoyados en la mesa, trato de aguzar el oído para captar la voz, pero nunca escucho nada.

Es una dolorosa forma de llenar mis horas.

Así que vuelvo a atravesar la pasarela de metal y camino hasta la sala de las voces. Acerco la silla roja a una de las paredes metálicas llenas de cúpulas de cristal y me encaramo hasta la caja. Con la ayuda de un palo de metal hago palanca y poco a poco la voy sacando fuera. Unas cuerdas de plástico la atan a la pared, pero eso no me detiene. Doy un tirón tan fuerte que caigo de la silla al suelo, pero la caja está en mi regazo. Esa noche pongo la caja en la mesa y duermo plácido como un lagarto al sol. Me vuelvo a despertar otra vez alerta, miro la caja y me pregunto si habrá hablado mientras dormía. Espero otra vez. Pero comprendo que no ha dicho nada, que es sólo mi deseo de que hable. Antes esperaba

hablar con personas y ahora espero hablar con cajas.

109

一百九

Llevo tantos días aquí dentro sin ver el sol que siento que el frío se ha adherido a mi piel, como una fina capa de arena que no logro desprenderme. No consigo entrar en calor por muchas mantas que apile sobre mí en el colchón.

Tengo que salir.

Lleno la mochila con las botellas de agua y todas las latas de comida que me caben. Camino por el pasillo de piedra lisa y gris con los cables ahora a la izquierda y tengo la misma sensación al alejarme de la sala de las latas que la que tuve al alejarme del pozo. Mi zona de seguridad se ha vuelto muy pequeña. Antes tenía todo el desierto para mí y ahora mi vida se ha reducido a unas pocas salas y pasillos. Pero tengo agua y comida en abundancia, algo de lo que nunca había disfrutado antes.

Llego a la primera sala que encontré y veo el rifle apoyado en la pared. Subo los escalones hasta la puerta de entrada y empujo. Pensaba que el sol deslumbraría mis ojos habituados a la oscuridad, pero no es así. Es de noche. No sé por qué pensé que sería de día, pero lo he creído con tanta intensidad que, durante un instante, he pensado que alguien o algo había robado el sol, y en ese segundo me he sentido tan solo que he creído que me iba a quebrar por dentro.

Pongo los pies fuera, saco la brújula de la mochila y busco el este. Hace frío, pero llevo pantalones, una chaqueta y unas botas. Apoyo la espalda en la pared, me dejo resbalar hasta el suelo y espero. Es lo que mejor sé hacer.

Primero aparece un aura de luz y después el disco del sol asoma en el horizonte. Entonces sonrío y digo:

—Ahí estás...

Espero a que salga por completo y los primeros rayos que escapan de la noche acarician mi cara. Paso allí tanto tiempo como

puedo soportar. Bebo agua de la botella y como una lata de tomate triturado. Cuando el calor aumenta me quito la chaqueta, los pantalones y las botas. Permanezco desnudo, dejando que el sol me arranque el frío y se adhiera a mis huesos, para que cuando tenga que entrar de nuevo pueda llevar algo de él conmigo.

Por un rato me siento mejor, y creo que es porque ya no tengo frío, pero me equivoco. Es por haberme reencontrado con un viejo amigo.

110

一百一十

No todas las latas me gustan por igual. Al principio como de todas para probar el sabor de aquellos alimentos que nunca conocí. Pero una vez saciada el hambre comienzo a sentir más placer cuando como unos alimentos que otros. Mi preferido es la leche condensada. No necesito masticarla, y su sabor es tan intenso que llena mi boca y siento cómo me sube hasta las sienes. Me gusta dejarla en mis encías y esperar a que se deshaga. Clavo mi cuchillo en la tapa de metal y lo giro para agrandar el agujero. Entonces me siento en la silla, poso mis labios, lo inclino y sorbo. Lo hago con los ojos cerrados, concentrándome en el sabor y en todo lo que me transmite.

Sé que no debo comer sólo un tipo de alimento, y por eso me fuerzo a comer otras latas, comida que tenga que masticar, que nutra mis músculos y se convierta en grasa que me proteja del frío y de los golpes. Y lo hago, pero si no tuviera en cuenta esto, sólo comería latas de leche condensada.

Tumbado en el colchón pienso en ir fuera, cuando salga el sol, y tomar allí una lata de leche condensada, dejando que mi cuerpo se caliente poco a poco. Paso toda la noche pensando en ello y cuando me levanto lo deseo como una urgencia física, como beber cuando tengo mucha sed. Me pongo los pantalones y las botas y camino hasta la sala de las latas. Busco en las estanterías y en las cajas del suelo abiertas, pero no encuentro ninguna. Me pongo nervioso. Vacío cada balda y reviso todas las cajas lata a lata, aunque sé que las cajas siempre contienen el mismo tipo de lata, una y otra vez. Cuando termino, frenético, repito la búsqueda.

No queda leche condensada.

Me toco la frente. Hace frío, pero estoy sudando. No queda leche condensada. Si hubiera sabido que la que me tomé era la última lata la habría hecho durar más tiempo, o la hubiera reservado para

una ocasión especial. La habría guardado en mi mochila y atesorado con el resto de mis cosas. Mi cuchillo. Mi brújula. Los papeles de madre. El cilindro rojo que encontré en el desierto. Mi lata de leche condensada.

Ahora ya no podré tomarla mientras el sol calienta mis huesos. Me fuerzo a respirar más despacio, a calmarme. Cojo una lata cualquiera y comienzo a caminar hacia fuera. A mitad de pasillo me doy cuenta de que he olvidado la mochila que siempre llevo conmigo, pero no doy la vuelta. Continúo hasta los escalones y los subo para abrir la puerta.

Los primeros rayos de sol ya aparecen en el horizonte. Me siento en el suelo y me subo la cremallera de la chaqueta. Miro la lata que he traído. Guisantes. La abro y miro todas esas esferas verdes amontonadas unas encimas de otras, esperando que yo las coma. Las dejo en el suelo a mi lado.

Pienso en lo que significa tener algo y perderlo. Yo, que toda mi vida he sobrevivido con apenas nada en las más duras condiciones, que he enterrado a mi madre en la arena del desierto y he matado y comido un buitre para sobrevivir, ahora tengo un sentimiento de pérdida por una lata de comida. Es un sentimiento similar a cuando perdí a madre, y me detesto por sentirme así. Porque madre me cuidó y me enseñó a sobrevivir y aguantó su hambre hasta que yo dejé de sentir pena por los lagartos, arriesgando su propia vida. Y me niego a sentirme igual por una estúpida lata de leche condensada. Me gustaría tener otra más para verter su contenido en el suelo de piedras y así demostrar a madre que no me importa. Demostrármelo a mí.

Pero recuerdo su sabor y sé que nunca más podré probarlo. No puedo evitar sentir algo aunque no quiera sentirlo.

No queda leche condensada, y me doy cuenta de que si he acabado con el primer tipo de latas, con el tiempo iré acabando con todas. Y dejaré para el final un montón de latas de aceitunas, la comida que más detesto. No sé cuándo ocurrirá, pero llegará el día. Las latas se acabarán, y entonces no sé qué haré. Todo tiene un fin. Incluido mi tiempo aquí.

Cojo la lata de guisantes y comienzo a comerlos uno a uno, sin descanso, hasta que se acaban.

111

一百一十一

Desde el día en que lo rompí evito mi imagen en el espejo. Cuando lancé el bote de pepinillos y los trozos saltaron por todas partes pensé que eso acabaría con el problema, pero no fue así, porque puedes romper el espejo pero no la imagen que viste en él.

En el desierto tuve lo necesario para sobrevivir, pero apenas poco más. Madre, que se había visto en un espejo miles de veces antes de que todo cambiara, aprendió a vivir sin él. Y eso quiere decir que yo, que soy parte suya, también podré.

Algunos trozos son tan pequeños que apenas puedo verme. Sólo un ojo o un trozo de boca. Tengo que rebuscar entre todos ellos para encontrar uno lo suficientemente grande para poder reflejarme. Tengo cuidado con sus bordes afilados. Lo levanto hasta ponerlo delante de mi cara. Cierro los ojos. Sé que la imagen está ahí, aunque yo no la mire.

Abro los ojos y me miro, tan distinto de cómo yo me siento desde el otro lado. Sólo han pasado unos cuantos días desde que me vi por primera vez y rompí el espejo, pero me veo distinto. Pienso en las condiciones en las que volví del desierto, muerto de sed, hambriento, apenas cuerdo por el sol y la arena. Recuerdo mis ojos hundidos y enrojecidos por el sol. Ahora me encuentro mejor, he comido y bebido en abundancia, he dormido abrigado por mantas y he escuchado la voz de Shui.

Me veo moviendo los labios. Grito y observo cómo mi boca se abre y muestra mis dientes. Pongo muecas, giro el cuello para verme de perfil y trato de acostumbrarme a lo que veo, porque ése soy yo. Apoyo el trozo de espejo en una lata en la mesa. Saco el cuchillo de la mochila y comienzo a recortar los largos mechones de pelo que me cuelgan de la nuca por la espalda, el largo flequillo que tantas veces no me deja ver, ahora que hay tantas cosas en las que fijarse. Recorto mi barba hasta que apenas puedo cogérmela. Voy

depositando el pelo en el suelo hasta que forma una pequeña duna

Observo el resultado. Acerco mi cara al espejo y espero a que ocurra algo. Poco a poco comienza a emerger, según mi mirada se acostumbra, el niño que madre me describió en el desierto hace tantos años. Me digo:

—Hola, Ionah.

Sonrío, porque, en cierto modo, ya no me doy miedo.

112

一百一十二

Me levanto en mitad de la noche en completo estado de alerta. Miro la caja de las voces, aunque sé que Shui no ha dicho nada. Me quedo quieto y trato de ver con mis oídos. Es un rumor sordo, lejano, de fuera de estos pasillos. Me pregunto si es otra vez un sonido que existe sólo dentro de mi cabeza, que sólo yo puedo oír.

—¿Lo has oído, madre?

Pero madre no contesta.

Y yo ya no sé si me estoy volviendo loco.

113

一百一十三

Madre me enseñó cómo pelear, cómo levantar los brazos, mover los pies y esperar el momento, y cuando éste llegara, golpear con todas mis fuerzas y sin piedad. Buscó la manera para que no sintiera pena de los lagartos. Me dijo que cuando el sol golpeaba fuerte mi nuca debía protegerme bajo un toldillo. Me explicó que debía excavar en la arena para proteger mi cuerpo del frío de la noche.

Me enseñó a sobrevivir a toda costa, incluso a la mía propia.

Pero no me preparó para lo que vendría después. Porque nadie te puede preparar para sobrevivir a ti mismo. Pasé tantos años pensando en salir, tan ansioso por encontrar algo nuevo, que me ha costado mucho darme cuenta de que en realidad estoy en el mismo sitio. Tengo latas de comida, agua y ropa de abrigo. Tengo todo lo que necesito para cumplir la regla de madre, para sobrevivir. Pero lo más profundo del desierto lo he traído conmigo. No salí del desierto para sobrevivir, salí para no morir solo.

Atravieso la pasarela de metal con mi mochila a la espalda. Recorro el pasillo hacia la mesa y la sala de las latas y los encuentro sentados. Dos hombres y una mujer. Y, antes de que levanten la mirada hacia mí y recojan sus rifles de la mesa, pienso que nunca me había encontrado en ningún lugar con tanta gente.

114

一百一十四

Me apuntan con sus rifles y comienzan a gritar, pero no les comprendo. Me limito a quedarme quieto para mostrarles que no voy a hacer nada, que no soy un peligro para ellos. Si apartaran la vista un segundo y me moviera con rapidez, podría derribar a uno, con suerte a dos. Pero no podría moverme más rápido que sus balas. Padre no pudo.

Les miro tranquilo mientras me gritan. Son como Shui. Miro a la mujer con detenimiento. Aparte de mi madre, es la primera vez que veo a una y me causa curiosidad. Ella es la primera que deja de gritarme y se me queda mirando en silencio. Sin dejar de apuntarme con el arma, se acerca y me estudia. Me dice algo, despacio, pero no la entiendo. Al final baja el arma, aunque sus dos compañeros no la imitan.

Quizá espero que me ocurra como con Shui, que comiencen a probar idiomas hasta que den con el mío, pero no es así. Hablan entre ellos, ya más calmados, y hacen ademanes en mi dirección. Aunque no podamos hablar, tenerles cerca me hace sentir emociones, y sé que eso es bueno. No todo se expresa con palabras, el desierto también me enseñó eso.

Cruzo sus ojos con los míos y me dispongo a decir algo. Noto cómo se concentra para escuchar mis palabras.

—¿Shui?

Ella niega con la cabeza y sonríe. Golpea su pecho con el dedo.

—Jie.

Repito el nombre dentro de mi cabeza. Jie. Ella continúa mirándome. Se vuelve a tocar el pecho y repite su nombre. A continuación golpea el mío. Retrocedo un instante asustado, pero comprendo. Toco mi pecho y digo mi nombre.

—Ionah.

Y ella se gira a sus compañeros y les hace ademanes para que

bajen las armas. No parecen muy seguros y me señalan la espalda, mi mochila. Comprendiendo su recelo, me quito la mochila y se vuelven a poner nerviosos. Vuelven a apuntarme con las armas, pero no la mujer. Ella parece haber entendido que no voy a hacerles nada.

Meto la mano en la mochila y rebusco en su interior. Ellos están tensos hasta que lo encuentro y lo saco con el brazo extendido, ofreciéndoselo. En mi mano está el cilindro rojo que encontré en el avión de madre. Se lo tiendo como un símbolo, darles algo que es importante para mí, algo que he cargado por el desierto en mi mochila. Entonces uno de ellos se ríe y con grandes aspavientos se acerca y lo coge. Lo mira curioso. Pasados unos segundos, manipula la tapa y abre un agujero. Lo inclina hacia su boca y da un trago. Al momento lo escupe y comienza a reír. Se lo tiende a su compañero, que también bebe y escupe. Jie les hace callar. El líquido oscuro queda en el suelo.

Durante un momento, no sé qué pensar. Me quedo en blanco y siento el mismo vértigo que si tuviera mucha hambre. Entonces un dedo en el pecho me hace reaccionar. Es Jie. Me mira y dice:

—Ionah.

115

一百一十五

Ellos no comen directamente de las latas como yo. Ellos las abren, vierten su contenido en recipientes de metal y los ponen al fuego. Mezclan unos alimentos con otros, y parece que saben lo que están haciendo. El olor que invade la estancia me hace sentir enfermo de deseo, aunque no tenga hambre porque he comido hace poco.

Permanezco sentado a la mesa, esperando. No tengo prisa y me gusta verles moverse delante del fuego, remover la comida y ver las volutas de humo que suben hasta el techo. No tengo nada más que hacer. Jie está sentada frente a mí, pero no decimos nada, no sabríamos qué palabras cruzar. Nos conformamos con estar allí sentados, esperando a que algo pase.

Ahora sé que no fue la voz de Shui la que escuché en la caja de las voces, que debieron de ser ellos. Por eso han venido aquí, para averiguar quién había entrado y cuál era su propósito. Y me han encontrado a mí y no saben bien cómo comportarse, igual que yo con ellos. Somos extraños los unos para los otros. También tuve esa misma sensación con Shui al principio, y al final, justo al final, nos hicimos amigos. Pero creo que con ellos no será igual, porque Shui estuvo conmigo y el desierto le cambió, olvidó sus planes y creó otros nuevos, unos planes que me incluían aunque yo no quisiese.

Sé que debo darles los papeles, pero tengo miedo de cómo reaccionarán cuando los vean, porque Shui me dijo que aquellas palabras explicaban el incidente de Tianjín, lo que nunca les contaron. Era algo importante, y a nadie le gusta que le dejen de contar cosas importantes. A mí no me gustó. Y no sé si sabrán encajarlo.

Me ponen delante un gran recipiente de comida. Lo miro. Tiene muchos colores y está caliente. Me tienden un tenedor y me indican que coma. Ellos usan dos palos de madera con una enorme destreza,

pero no me veo capaz de intentarlo. Huele demasiado bien. Introduzco la comida en mi boca y la saboreo. Tiene muchos sabores al mismo tiempo y mi lengua se siente extraña. Es grandioso. Me meto más comida y mastico y me siento bien y creo que podría seguir comiendo aunque hiciera ya mucho que no tuviera hambre, sólo por el placer de comer. Ellos me señalan y se ríen, pero no me importa, porque tengo la boca llena de comida y tengo gente a mi alrededor. Y eso es algo que no había tenido hasta ahora.

Ellos también se sientan a la mesa y comen. Hablan y discuten cosas. Yo les miro tratando de entender sus intenciones, pero no descubro apenas nada. Parece que están habituados a discutir mucho. Jie también come, pero más despacio, y me mira de reojo, me estudia como yo a veces estudiaba a los lagartos para entender cómo eran y la forma en que habían logrado sobrevivir.

116

一百一十六

Al principio no me dejan solo. Uno de ellos se encarga de acompañarme allí donde vaya, siempre con el rifle cargado al hombro. No me gusta, pero lo entiendo. Aún no han tenido tiempo de comprender que si hubiera querido hacer algo, ya lo habría hecho. No confían en mí. Está bien, al principio Shui no confió en mí. Al principio, madre no confió en Shui.

Los hombres se llaman Chen y Hao. Cuando ven que mi colchón está en el suelo, se ríen. Me hacen señas para que lo suba de nuevo a la cama, pero yo les indico que está bien, que así es como yo lo quiero. No puedo explicarles que he dormido toda mi vida en un colchón relleno de arena en el suelo del cobertizo. No podemos compartir palabras.

Cocinan la comida y me dan una ración. Cada día descubro un sabor nuevo, una textura. Me siento como si hubiera descubierto las latas de comida otra vez. Tratan de enseñarme a usar sus palos de madera, pero desisten tras algunos intentos. Yo como más despacio que ellos, que tragan y tragan la comida con los labios siempre muy cerca del recipiente, pero no me importa, porque así puedo saborear más esa nueva y deliciosa comida. Jie nunca se ríe. Me mira a veces divertida, conteniendo una sonrisa, pero no se comporta como sus compañeros. Siempre se acuesta más tarde que los demás, cuando cree que todos estamos ya dormidos. Siempre con el rifle cerca.

Parece algo solitaria y eso me llama la atención, cómo alguien puede ser solitario con más gente alrededor. Yo he sido un solitario, pero no he tenido más remedio.

Continúo manteniendo mi mochila cerca, y sigo guardando en ella las botellas de agua y un par de latas, aunque no bebo ni como de ellas. Me hace sentir más tranquilo cargar con lo necesario, aunque no piense irme a ninguna parte. En el fondo, guardados, están los papeles con las palabras de Shui y las palabras de madre,

esperando que haga algo con ellos. Mientras, como, duermo y espero la señal que me marque el camino correcto. Pero esto no es un camino en el desierto y ninguna brújula puede indicarme qué hacer.

117

一百一十七

Tú no buscas una señal. Una señal te encuentra. Igual que las tormentas del desierto llegan hasta ti y no puedes hacer nada por evitarlas. Pero no todas las señales son grandes y dolorosas, algunas son suaves como la piel desnuda.

Chen y Hao ya se han cansado de seguirme. Tras un período de prueba que les ha debido parecer suficiente, ahora emplean su tiempo jugando a un juego de piezas en la mesa de la sala de las latas. Siempre están concentrados, como si el resultado fuera importante para ellos. Al principio me dedico a mirarlos y tratar de entender las reglas del juego, pero acabo desistiendo. Es muy complejo y creo que les hace sentir incómodos que me quede mirándolos, así que me alejo. Dejo vagar mis pies por los pasillos grises con tubos a los lados, escucho cómo resuenan mis pasos. No marchan a ninguna parte y no tengo prisa.

Oigo delante de mí el sonido del agua. Me acerco intrigado hasta allí, tratando de adivinar qué puede ser. Me asomo a la puerta y la veo. Es Jie, frotando su piel desnuda bajo el agua que cae del techo. Es agua caliente y hay humo como si estuvieran cocinando. Me fijo en su cuerpo, tan distinto al mío. En sus piernas cortas y fuertes, sus pechos pequeños y erguidos, sus brazos morenos hasta el codo y en cómo el pelo mojado se le pega en la nuca. Siento un pequeño vaivén interior, pero trato de controlarlo. Permanezco quieto como los lagartos al sol. Trato de fijar en mi mente todos los detalles, cada sutil depresión de las dunas de su piel. Entonces se gira y me ve.

No se aparta. Mantiene sus ojos en los míos y por un momento los dos permanecemos allí, quietos y en silencio mientras el agua continúa cayendo sobre su piel y después al suelo. Ella no parece incómoda por mi presencia como sus compañeros, pero llegado un momento entiendo que debo marcharme. No se mueve cuando bajo

la mirada y me marcho de allí, con todas esas imágenes danzando dentro de mi cabeza.

Pero un detalle prima sobre todos los demás: las terribles cicatrices que surcan su espalda. La señal que me estaba buscando.

Esa noche, tras la cena, mientras Hao y Chen recogen los recipientes y se preparan para otra partida, me acerco a Jie. Meto la mano en mi mochila y saco los papeles con los informes de Shui y las palabras de madre. Se los tiendo sin decir nada, y ella los coge. Me marcho a mi colchón y me envuelvo en las mantas. Me duermo pensando en su cuerpo desnudo.

118

一百一十八

Jíe, Chen y Hao pasan los siguientes días en la sala de las voces. Han cogido la caja que yo solté de la pared metálica y la han vuelto a poner allí. Ahora ocupan las horas hablando con la caja, que les comunica con alguien que está mucho más allá, aunque no podamos verlo. La actitud de Chen y Hao hacia mí ha vuelto a cambiar de nuevo y ahora vuelven a seguirme sin olvidarse nunca sus rifles al hombro. Ya no piensan que sea ese alguien apacible y dócil que conocían. Porque ahora saben que guardaba un secreto conmigo y piensan que puedo guardar más. Cuando intento salir al exterior para sentir el sol en mi piel me lo impiden mientras hacen ademanes y me gritan. Cuando me empeño me apuntan con sus rifles, así que me veo obligado a volver sobre mis pasos y sentarme a la mesa a la espera de la siguiente comida. Tienen miedo de que escape. Parecen no haberse dado cuenta aún de que éste es el lugar al que escapé.

Jie, en cambio, parece tenerme cierto aprecio. Quizá porque la he visto desnuda, o porque sabe que podría haberme guardado los papeles y no lo he hecho. Le di los informes de Shui porque me recuerda a él, porque ha pasado por lo mismo y tiene cicatrices para no olvidarlo nunca. Le di las palabras de madre porque es la única mujer que he conocido además de ella. Pero no dejo de pensar que, igual que yo no puedo descifrar las palabras de Shui, Jie tampoco puede descifrar las de madre. No conoce todo lo que madre sufrió para transmitírmelas y lo que yo he tenido que sufrir para traerlas hasta aquí.

Esta noche no hay cena para mí. Hao viene con tres recipientes de comida que pone delante de Jie, de Chen y de su propia silla. Yo espero en silencio a que él se levante a por otro, pero se sienta y comienza a comer. Hao también. Jie permanece sentada delante de su humeante recipiente sin moverse, igual que yo. No sé la razón de

que ocurra esto pero, por mucho que disfrute su comida, puedo aguantar sin ella. Puedo aguantar sin casi de todo.

Me levanto a coger una lata y Chen trata de detenerme poniéndome una mano en el hombro y empujando hacia abajo. Sé lo que significa, no quieren que coma. Pero no estoy dispuesto a pasar hambre mientras haya comida a pocos metros de mí. No después de lo que he sufrido. Trato de levantarme otra vez y Chen vuelve a empujarme, pero esta vez estoy preparado y sé lo que he de hacer. Me muevo rápido y golpeo fuerte, tanto que cuando los demás se quieren dar cuenta, todo ha acabado. Chen está en el suelo, sangrando por los dos golpes que le he dado antes de que pudiera reaccionar. No esperaban que pudiera moverme tan rápido. Quiero hacerles entender que estoy aquí, con ellos, pero que no me conocen ni son mis dueños.

Recojo una lata de piña en almíbar de la cocina y la pongo en la mesa. Me siento y me quedo quieto mientras Hao recoge a Chen. Jie no se ha movido en ningún momento. Miro en silencio a Chen mientras Hao le sienta de nuevo a la mesa y le limpia la sangre con un trapo. Chen me mira y yo le mantengo la mirada.

Jie comienza a comer con apetito, como si todo estuviera bien y no hubiera pasado nada. Tras un par de bocados, alarga la mano y coge mi lata. La pone delante de Chen y se le queda mirando sin decir nada. Chen alarga su recipiente de comida hacia mí.

Antes peleaba por mi comida con el desierto y ahora peleo por mi comida con otras personas. No sé si a esto también lo llaman progreso.

Empiezo a comer. Nadie dice nada hasta que terminamos.

119

一百一十九

Paso la noche tumbado en mi colchón en el suelo. Tengo sed pero no bebo de la botella que guardo siempre llena en la mochila a mis pies. El agua no va a dejar de manar del tubo de metal, pero lo hago por respeto a aquellos que hemos pasado sed alguna vez.

No puedo dormir. Estoy duro ahí abajo. No me quito de la cabeza la imagen de Jie, el agua recorriendo las cicatrices de su espalda. Su cuerpo prieto y musculado y las dunas de su piel. Comienzo a frotarme y recuerdo aquel día en que madre me enseñó a tocarme y lo que me dijo. Y ahora entiendo que ella tenía razón, como siempre. Después de todo lo que ha ocurrido, aún me quedan razones para querer estar vivo.

Me giro y veo a Jie en el marco de la puerta. Hace frío pero permanece de pie, desnuda, con sus pies sosteniendo el mundo. Me mira en silencio porque comprende que en algunos momentos no debe decirse nada. Comienza a caminar despacio hasta mi cama, levanta las mantas y se mete dentro. Puedo oler la última cena en su aliento mientras acerca sus labios, tan suaves y cálidos que me cuesta pensar que pertenezcan a la misma piel, y los posa en los míos. Entonces es ella la que empieza a frotarme ahí abajo. Mis manos inexpertas encuentran sus manos y recorren el camino hasta ella.

Ella sabe hacer y hace. Yo no sé hacer y me dejo. Y los dos nos ponemos de acuerdo bajo las mantas sin decir nada. Por un momento parece que me va a hacer daño, pero confío en Jie, porque he visto sus cicatrices y ahora ella ha visto las mías. Y nos dedicamos a frotar cicatriz con cicatriz, combándonos poco a poco hasta que, al final, cuando ocurre, descubro al fin cuál es mi punto de ruptura.

Jie permanece aferrada a mí y me envuelve con sus brazos fuertes y duros. Nunca había tocado durante tanto tiempo a nadie y

me doy cuenta de que es algo que echaba de menos aunque no lo conociera, una dirección que le faltaba a mi brújula. Creo que está dormida, pero de pronto dice algo, tan suave y tan bajo que apenas puedo oírlo. Dice:

—Ionah.

Y lo repite otra vez, todavía más bajo si cabe. Y yo sonrío, aunque no sea gracioso.

—Ionah.

Ionah. Ése soy yo. Madre me puso ese nombre. Significa «paloma».

Tal vez el lugar al que debes regresar no sea siempre un lugar.

120

一百二十

Cuando despierto, Jie no está conmigo. Encuentro a Chen y Hao en la sala de las latas, con la mirada baja y sin decir nada, esperando. Recorro todas las salas buscando a Jie y la encuentro muy lejos, en la sala de las voces. Habla al extremo del tubo de metal y escucha las respuestas que salen de la caja. Me quedo escuchando. Aunque no entiendo una palabra, me concentro en el tono que usa con la caja, tan diferente del que usa con Hao y Chen, tan diferente del que usa conmigo. Jie tiene muchos tonos y sabe cuándo usarlos. Lo sabe porque ha hablado con mucha gente en su vida de muchas cosas, no como yo.

Cuando termina de hablar aprieta un botón y todos esos pequeños soles encerrados en jaulas de plástico dejan de brillar. Se da la vuelta y me encuentra en la puerta. Me mira neutra como ella sabe hacerlo, y sólo en sus ojos encuentro restos de algo más. Ella también recuerda la pasada noche, lo que hicimos, lo que ella me hizo y lo que yo aprendí a hacerle a ella. Ella lo recuerda y yo nunca podré olvidarlo.

Me coge la mano y me hace seguirla hasta la sala de las camas. Me siento bien caminando con su mano cogiendo la mía, no siento que esté tirando de mí. Una vez allí, me suelta y comienza a meter todas sus cosas en una mochila verde y áspera. Mete toda su ropa y sus papeles y los míos, los que contienen las palabras de madre y los informes de Shui. La veo guardarlos con cuidado en un bolsillo exterior y sé que ella sabe que esos papeles son importantes, aunque para ella y para mí no signifiquen lo mismo. Cuando tiene todo guardado tira fuerte de las correas asegurándolo todo.

Jie se va a ir.

Coge otra vez mi mano y me lleva hasta mi habitación. Empieza a guardar todas mis cosas en mi mochila, la mochila de Shui. Mi cuchillo, la brújula y la ropa que he estado usando desde que llegué

aquí, incluso empuja dentro los jirones de ropa que traje desde el cobertizo. Cierra la cremallera, la levanta y me la tiende. Sonríe.

Me voy con Jie.

Nos encontramos con Chen y Hao en la sala de las latas y veo que también tienen mochilas a sus pies. Parecen listos para marcharse. Chen tiene aún reciente la herida de la cara y evita cruzar su mirada con la mía, pero parece que todo está bien, porque obedece a Jie. Ella parece estar acostumbrada a que le obedezcan. Jie dice algo en voz alta y Hao y Chen se levantan y comienzan a caminar delante de nosotros cargando sus mochilas a la espalda.

Recorremos el pasillo con tubos en la pared, ahora a la izquierda, hasta llegar a la pequeña sala antes de la puerta que da al exterior. Hao abre la puerta y un resplandor nos inunda. Mis ojos no pueden abarcarlo todo y me giro un momento hasta que se acostumbran. Jie pulsa un botón y las luces de dentro se apagan. Ya no nos hacen falta. Subimos los tres escalones y salimos fuera.

Me hago mayor, y voy aprendiendo cosas. Y si algo he aprendido en este tiempo que me ha tocado es que la vida siempre te sorprende. Da igual lo que pienses o tengas planeado, la vida siempre te mostrará algo más grande, inimaginable. Ahora lo sé, porque he vivido. Y creo que todos los soldados que me miran y sujetan sus rifles, en el fondo, también lo saben.

Cuento ocho aviones. Grandes, mucho más que el pequeño avión en el que madre llegó. Sostenidos por enormes ruedas de goma. Casi un centenar de soldados chinos, ahora lo sé, me miran fijamente. Creo que nunca habían visto a alguien como yo, alguien que hubiera sobrevivido al desierto. Se dirigen hacia nuestro grupo y nos hacen un pasillo. Puedo ver sus ojos rasgados, sus manos de uñas sucias sujetando las mochilas y sus gorras con insignias que desconozco. Todos visten igual. Todos parecen un poco asustados. Todos lo parecemos.

Jie habla unas palabras con el que parece ser el jefe. Me señala y les miro. Cuando termina, me hace una seña para que le siga. Junto con Chen y Hao, caminamos por el terraplén hasta el avión más pequeño. Quizá sea el avión en el que llegaron hasta aquí y haya estado esperando todo el tiempo. Chen abre la puerta lateral, que se convierte en una pequeña escalera para que podamos subir. El fuerte calor hace innecesaria nuestra ropa de abrigo, pero ellos no se la quitan y yo tampoco, aunque mi corta experiencia me ha demostrado que la ropa de un lugar puede no servirte en otro y comienzo a intuir que la gente de un lugar puede no servirte en otro.

Chen me quita la mochila y la sube con las demás, apoyándolas en un costado y asegurándolas con una cuerda. Intento mantener mi mochila conmigo, pero Chen insiste y acabo cediendo. Aun así no la pierdo de vista, porque dentro llevo las botellas de agua y algunas latas. Me hacen sentarme en una silla acolchada como la de la sala de las voces, pero ésta tiene a su izquierda una pequeña ventana. Me ponen un cinturón sobre los hombros y la cintura. Jie se acerca a mí y asiente y, aunque no sé bien por qué, yo asiento también. Me sonríe y camina hasta la parte delantera del avión. Veo su silueta desaparecer tras una tela. Chen la sigue y Hao se sienta al otro lado del avión, junto a otra pequeña ventana. Observo por un hueco de la tela cómo Chen comienza a apretar botones y siento una pequeña corriente recorrer el avión. No me preocupo porque sé que así eran las cosas antes de que todo cambiara, que la gente se sentaba en aviones que temblaban y que la llevaban de un sitio a otro, aunque no tenga idea de adónde me va a llevar a mí. Miro cómo los soldados entran en el interior de las torres y desaparecen. El sonido de sus botas contra las piedras del suelo se pierde y parece que un enorme pozo se los hubiera comido.

Comenzamos a movernos. El temblor aumenta y por un momento parece que el avión va a hacerse pedazos. Pero miro a Hao y él no parece preocupado, así que yo tampoco debo preocuparme. El avión va más y más deprisa hasta que de pronto nos metemos en el aire. Lo sé porque el estómago se me da la vuelta y es una sensación parecida a cuando estaba en el mar. Miro por la ventanilla cómo las torres se hacen más y más pequeñas y sé que yo he estado ahí abajo, que he bebido agua y he comido latas, y ahí dormí con Jie después de darle los papeles de madre y de Shui, lo más importante que tenía.

Veo la sombra del avión recorrer las dunas tan deprisa que apenas puedo creerlo. Bajo nosotros, pequeños, vuelan los buitres.

Y antes de meternos en las nubes puedo ver el eterno desierto de un solo vistazo. Entonces me doy cuenta de lo pequeño que ha sido mi mundo, y de que ahora mi vida es sólo mía. No de mi madre, ni del desierto, sino mía. Y que a partir de ahora yo, y sólo yo, decidiré hacia dónde sopla el viento.

Miro a lo lejos e imagino un punto negro, tan pequeño que en él no se distinguen ni el cobertizo ni las palmeras ni el pozo. Y aunque no pueda verlo, recuerdo el papel que dejé sobre la mesa sujeto por una pequeña y pesada piedra dorada, y las palabras que escribí en él antes de irme para siempre:

Arena. Arena hasta donde alcanza la vista. Arena en todas direcciones. Y, en medio de esa nada que es todo arena un pequeño pozo, dos palmeras, un escueto huerto y un cobertizo. Y yo en el tejado, tratando de imaginar la lluvia.

Yo viví allí. Ésa fue mi casa.

Agradecimientos

A la familia y amigos que siempre me acompañáis y me cuidáis. A Osman Vega, mi primer editor. A Miguel y Chemi, que me ayudasteis a sacarlo. A Ramón Pajares y Laura Gómez Rondón, mis primeros correctores. A Herminio Gas, por la ayuda técnica. A Laura Cora, que me regaló su diseño. A Vladimir Bataller y Lucía Miret, por las fotos.

A Antonia Kerrigan, que se metió conmigo en este desierto.